



LEYENDAS NACIONALES

---

EL

# REY HAMBRIENTO

CRÓNICAS DE CASTILLA

POR

Don Manuel Fernandez y Gonzalez

*Es propiedad*

*de*



*Fernando Montero*

MADRID.

URBANO MANINI, EDITOR



LA VINDICACIÓN NACIONAL

# REY LAARRRIENTO

ADMINISTRACIÓN

---

Esta obra es propiedad de  
D. Urbano Manini, y nadie sin  
su consentimiento podrá reim-  
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

---

## CAPITULO I

---

En que se ven entrar como á traicion en una noble casa, dos desconocidos de aspecto completamente noble.

Iban por la Tendillas de Búrgos, á punto que la campana mayor de la catedral, dejaba oír el toque de cubre-fuego, dos personas.

De estas dos personas la una era alta y recia.

La otra de mediana estatura.

No era muy oscura la noche, aunque no hacia luna y por los birretes y los mantos que llevaban estos dos hombres, y por las espadas que bajo los mantos asomaban, se conocia que era gente noble.

Iban muy deprisa.

El más alto y más recio, delante.

El de ménos estatura y más cenceño, detrás.

Marchaban deprisa; el primero de una manera firme y desembarazada, el segundo como con fatiga.

Dieron la vuelta de las Carnicerías, se metieron por una callejuela, y á poco llegaron á una pequeña plaza, en uno de cuyos lados se alzaba una alta y fuerte casa de piedra, que más que casa parecía castillo.

En un ángulo de esta casa donde empezaba una callejuela tenebrosa, se alzaba una torrecilla redonda que sobre los techos de la casa se alzaba, dejando ver, recortándose en el cielo, su techumbre cónica de plomo á manera de alenzon, con crestosos góticos, y en la cruz que la servía de remate una veleta que movida de tiempo en tiempo por una ráfaga de viento, rechinaba de una manera desapacible.

Alguna vez se oía también el silbido leve y siniestro de una lechuza, que parecía anidar en la techumbre de la torrecilla.

En el último cuerpo de la torre que sobresalía por encima de la techumbre de la casa, se veía el reflejo de una luz á través de una vidriera de colores, reflejo que dibujaba un pequeño y gallardo agimez.

Todo lo demás, la gran casa, cuyo aspecto era imponente aumentado por la sombra y las otras casas de los otros lados de la plazuela, mezquinas construcciones de madera muchas de ellas

y desvencijadas, estaban completamente á oscuras.

Un silencio profundo lo envolvía todo, y en el espacio brillaban los luceros, cuyo esplendor hacia que la noche no fuese completamente tenebrosa.

En el momento en que nuestros dos desconocidos atravesaban la plazuela, allá de la gran casa salía una armonía leve, deliciosa, atenuada por los robustos muros.

Era el sonido de un laud.

Poco despues se oyó una armoniosa voz de mujer que cantaba de una manera lánguida y y sentida, pero sin que pudiesen percibirse las palabras de su canto.

—¡Doña Sol!—dijo con acento indefinible el hombre alto y robusto que caminaba delante.

—¡Ella!—dijo con la voz impregnada de no sabemos que expresion sentida y dulce, la otra persona más pequeña y al parecer fatigada que iba detrás.

Estas dos personas avanzaron.

Llegaron á la tenebrosa calleja que empezaba entre dos altos muros en la redonda base de la torrecilla.

Avanzaron un tanto, y el que iba delante se detuvo, y llamó á un postigo completamente envuelto en la oscuridad, en el que no hubiera podido reparar al paso uno que no le hubiera conocido.

Llamó, y los tres golpes que dió parecieron producidos por un cuerpo duro sobre la plancha de hierro de una puerta robusta.

Sin duda aquellos golpes se habian dado con el pomo de un puñal.

A poco se oyeron en el interior pasos que parecian descender por unos escalones de piedra.

Se oyeron rechinar sucesivamente dos cerrojos.

Despues, el ruido particular de una llave en una cerradura, y el postigo se abrió rechinando.

En un pequeño espacio abovedado aparecia una mujer alta, vestida con un hábito pardo oscuro y cubierta y rodeada la cabeza por una toca.

Era esta mujer ya de edad proveyta, flaca, de color bilioso y de formas agudas y desaparecibles.

En su mirada se marcaba la expresion de una codicia repugnante.

A primera vista hubiérasela podido tomar por una monja.

Pero no era tal, sino una dueña.

El hombre que iba delante, es decir, el alto y robusto, sacó de debajo de su manto la mano derecha cubierta por un luciente guantelete.

En el antebrazo se veia la manga de un camisote de doble malla de Milan.

Esta mano tenía un pesado bolsillo que la dueña se apresuró á tomar y que guardó en el cujon de la manga izquierda de su hábito.

En la mano tenía una lámpara de plata.

—Entrad, —dijo, — he cumplido lo que he prometido aún á riesgo de mi vida. Procurad no hacer ruido, mis señores.

Entraron los dos en aquel espacio en que no se encontraba más que una pequeña puerta, en la cual empezaban unas escaleras de caracol.

La dueña cerró el postigo, corrió sus cerrojos y echó la llave.

Despues se metió por las escaleras.

La siguieron los dos.

Ninguno de ellos producía el más leve ruido.

Avanzaban con gran cuidado.

A medida que subían se oía más distintamente la dulce voz que cantaba acompañándose con el laud.

No podia dudarse de que la criatura que de aquella manera, con un tal encanto, con una tal languidez cantaba, era jóven y hermosa.

Ni tampoco de que tenía el alma triste y apenada.

A los treinta peldaños la dueña salió á una galería sostenida en columnas por un lado, en un muro ricamente ornamentado, por el otro, de arcos cintrados y de pavimento de mármol.

La dueña avanzó.

Llegó á una puerta delicadamente esculpida con un gótico delicioso, menudo, primoroso, de tal manera que más que una obra en mármol parecía una joya de orfebrería.

La dueña abrió una de las hojas de su puerta de alerce labrado á la arábica, y entró en un largo salon, en el cual su lámpara al pasar producía á un lado y á otro rápidos y brillantes destellos.

Estaban en una armería.

Los arneses, los atafermos, las panoplias, aparecian á lo largo de los muros.

En el centro, sobre caballetes de roble, se veian paramentos de caballo, de bruñido acero.

Habia algunos estandartes.

En uno de ellos, de brocado de oro sobre rojo, se veia un blason con cuatro barras de gules, (rojas ó de sangre) en campo de oro bajo un yelmo timbrado con corona de marqués, y grandes lambrequines rojos, dorados y azules.

Este escudo estaba orlado por banderas y bombardas que asomaban bajo él sus bocas.

Estaba al lado de una puerta, puesto en su astillero, entre los magníficos arneses de guerra, y la luz de la lámpara que llevaba la dueña le habia detallado bastantemente.

Aquel blason, que era el de la corona de Aragon y Cataluña, en aquella fuerte y magnífica casa, en el año de gracia de 1407, en que

sucede nuestro relato, y en Búrgos, no podia ser otro que el de don Enrique de Aragon, marqués de Villena, condestable de Castilla, uno de los tutores que habia sido del rey don Enrique III el Doliente, el humanista, el poeta, el filósofo, el sábio, el hechicero, y sobre todo el inquieto y el ambicioso.

¿Por qué entraban subrepticamente, merced á la traicion de una dueña, en la noble casa del marqués de Villena, en Búrgos, aquellas dos personas, alta, robusta y fuerte la una, débil, y al parecer enfermiza y fatigada la otra?

Eso lo veremos más adelante.

---

...

...

---

## CAPITULO II

---

Un esbozo del arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio.

En aquellos tiempos, los prelados, aunque fuesen tales como el cardenal arzobispo de Toledo, primado de las Españas, estaban muy lejos de las apariencias que hoy tienen.

Los de hoy apenas si alguno ha tomado una espada.

Los de entonces, podian muy bien olvidarse de llevar pendiente sobre su pecho la cruz distintiva de su alta dignidad.

Pero á buen seguro de que se olvidasen de llevar pendiente del costado la espada, siempre dispuesta á salir de la vaina para ensangrentarla en alguna tremebunda empresa.

Cúbrense hoy los arzobispos cardenales de Toledo, de sedas y encajes.

Forrábanse en lo antiguo, de mallas y acero.

Gracias si los de hoy cabalgan en una mansa mula cuando van á hacer por lugares ásperos una visita á su diócesis.

Oprimian aquellos los lomos de un poderoso bridon de batalla paramentado de guerra.

Empuñan estos el dulce báculo.

Blandian aquellos el lanzon formidable con ancha cuchilla de Toledo de á dos palmos.

Llevan ios de ahora la cruz en alto entre ciliales.

Delante de sí llevaban aquellos estandarte señorial entre escuderos y pajes de lanza.

Estremécense estos al ruido de la carrera de un raton.

Aquellos se embravecian entre el rudo chocar de la batalla, al retronar de las bombardas, al alarido de arremetida de las trompas de las lanzas gruesas, que cargaban en cerrado escuadron, ya contra los alárabes del reino de Granada, ya en las discordias civiles en pró ó en contra del rey, que esto era segun les convenia, ó en las guerras particulares que se hacian unos á otros los señores castellanos, como acontecia en Andalucía entre el duque de Medina-Sidonia y el conde de Arcos.

Si estos eran los obispos, puede considerarse lo que serian los canónigos y los racioneros y hasta los bedeles y los sacristanes.

Los niños de coro, no embargante que cantaban como ángeles, eran por otro lado pajes de lanza, y hasta el soprano de la capilla cuando llegaba á mano se encajaba un arnés redoblado, se echaba los lazos de la celada, cabalgaba en un enorme caballo, y soplaba como un energúmeno al frente del enemigo, un trompeton con un pendoncillo en que aparecian bordadas las armas del prelado, no como prelado, sino como señor feudal, tañendo con gran placer la carga á degüello.

La catedral era al mismo tiempo castillo, y mejor que en su cátedra ó en su silla de coro, se encontraba el prelado en el campamento.

Hoy en el fondo son la misma cosa.

Ellos no se baten, pero impulsan á otros á que se batan en su nombre, ó lo que es lo mismo, en el nombre de Dios, y esto es más cómodo, porque para incitar al prógimo á que se rompa la crisma, se necesita ménos valor que para ir á rompérsela como hacian, una vez razonablemente y otras contra toda razon y derecho, aquellos magníficos y altivos prelados de la Edad Media.

Hemos dado esta breve noticia que ampliaremos, acerca de aquellos poderosos capitanes

mitrados, porque el caballero alto, fuerte, robusto, que hemos visto entrar con el otro infinitamente más débil caballero, en la casa del marqués de Villena y tan á tras mano, y aun si se quiere de una manera alevosa, era no ménos que el muy alto, muy temido, muy poderoso y muy excelente señor don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, gran canciller de Castilla y uno de los tutores que habia sido del rey don Enrique el Doliente ó el Hambriento, si nos atenemos á un periodo de la vida de este pobre rey, porque no solo tenia hambre, porque era bueno, de justicia, de bienestar y de gloria para sus vasallos y de respeto para él mismo, y hambre de salud el desdichado, y hambre de cuanto corresponde al decoro y á la soberanía, y hambre de tener mucho que habia menester en su casa, sin tenerlo, sino tambien hambre material, que muchos dias se le servia la comida tarde y mala, y adquirida Dios sabia como.

Y era que el ilustrísimo arzobispo de Toledo y el ilustre Benavente, y el marqués de Villena, y tal, y tal, prelados, pro-hombres y richombres, y áun gente mediana, que á estos tales servia, eran de tal manera voraces, que no bastándoles el sudor y la sangre de los pobres castellanos, le comian al rey cuantas raciones le correspondian de derecho, ya como imperante, ya como hombre.

Cuando el buen rey don Juan el I murió de una desgraciada caída del caballo, juntáronse en asamblea todos los prelados y pro-hombres de Castilla para ocuparse de la provision de rey, porque el reino no podia quedar ni por un momento huérfano.

Habíase hallado al lado del rey difunto, cuando su desgracia, el arzobispo don Pedro Tenorio.

La muerte de don Juan el I fué de esta manera:

Estaba en Alcalá, cuando llegaron cincuenta soldados de á caballo de los llamados Farfanes, que eran por la creencia cristianos, pero que servian á sueldo al emir de Marruecos.

Quiso el rey verlos maniobrar á la africana, y apreciar por sí mismo su ponderada destreza en la manera de saltar en los caballos y desmontar de ellos á la carrera, volverse y revolverse y jugar las lanzas.

Asi, pues, un domingo, despues de misa, 9 de Octubre de 1590, el rey se salió al campo por la puerta de Búrgos, acompañado de una lucida comitiva, para ir á ver maniobrar á los Farfanes.

Montaba un caballo, jóven, hermoso y de un gran brio.

Metióle el rey á la carrera por un barbecho

labrado, y tropezando el caballo en un surco, cayó con tal violencia, que del golpe murió instantáneamente el rey, en edad temprana, porque apenas si contaba treinta y seis años, dejando á su heredero el infante don Enrique, de edad de once años, y amenazada Castilla con las turbulencias y desastres de una larga minoría.

El arzobispo de Toledo, que era astuto y pronto en sus resoluciones, comprendió que no debía darse de golpe, por más de un inconveniente, la noticia de la miserable muerte del rey.

Hizo que al momento se levantase una tienda en el sitio de la desgracia.

Juntó á la comitiva del rey y la recomendó el secreto, y en nombre del rey mandaba se hiciesen rogativas y plegarias en todas las iglesias por su salud.

Advertíase el pánico que causa siempre que sobreviene de improviso, la muerte del imperante, y muchas veces aun cuando de improviso no sobreviene.

A veces se decía que el rey se hallaba mejor, y continuaban las órdenes en nombre suyo.

Pero como los que daban estas noticias con la palabra, llevaban claramente la noticia de la muerte en la tristeza de los semblantes, y se observase que los palaciegos se juntaban en cor-

rillos y hablaban secretamente, no pudo por mucho tiempo ocultarse la muerte del rey don Juan.

Acudió la reina desolada.

El infante don Enrique, aterrado con la muerte de su padre, salió de Talavera.

Llegó á Madrid con su hermano el infante don Fernando, despues rey de Aragon, primero de este nombre, sobrenombrado el de Antequera.

Acudió á Madrid el arzobispo de Toledo, que todo lo revolvía, y mandó se aclamase rey al infante don Enrique, como así se hizo.

Volviéronse al nuevo sol todos los pro-hombres y magnates que, con la mudanza del príncipe, se prometían grandes cosas.

Estuvieron presentes á la proclamacion don Fadrique, duque de Benavente, don Pedro, conde de Trastámara, los maestros de las órdenes, don Lorenzo de Figueroa, de Santiago, don Gonzalo Nuñez de Guzman, de Calatrava, don Martin Yañez de la Barbuda de Alcántara, y don Juan Manrique, arzobispo de Santiago, y ciller mayor de Castilla.

Don Enrique de Aragon, marqués de Villena, que se habia ido enojado á Aragon, y en él estaba, decia que volveria y reconoceria al rey con tal de que se le devolviese el cargo de condestable que tenia antes.

Pero aunque la reina y el nuevo rey se lo concedieron, no acudió, alegando impedimentos.

Se hacia esperar.

Tratóse de la regencia.

Pero como todos querian ser regentes, para aliviar las dificultades, Pero Lopez de Ayala, señor de Fuensalida, habló de un testamento que algunos años antes habia otorgado el rey don Juan.

Rebuscóse entre los papeles del rey, y al fin se halló un testamento que hizo en Portugal, cuando estaba combatiendô á Cillorico.

Leido el testamento, como era natural, descontentó á la mayor parte de aquellos nobles señores, á quienes ofendia, sobre todo, la cláusula en que la tutela del rey, hasta que llegase á la edad de quince años, se diese á don Enrique de Aragon, marqués de Villena, á los arzobispos de Toledo y de Santiago, al maestre de Calatrava, á don Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, á Pedro de Mendoza, mayordomo mayor de la casa real, y á seis ciudadanos de Búrgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba y Murcia, elegidos cada cual por sus respectivos cabildos.

Los que no estaban en el número de los elegidos por el testamentario, murmuraban soliviantados y se revolvian llamándose ofendidos y ménospreciados, como si hubiera sido posible

hacer tutor del rey á todo el que queria serlo; de lo que se desprende que lo que nos está sucediendo ahora nada tiene de nuevo, sino que ha sido la misma cosa en todos los tiempos en que el poder supremo por la debilidad del imperante, há sido codiciado por todos.

Habia quien queria, aunque pocos, que la voluntad del rey don Juan I, se cumpliese.

Pero los más decian que aquel testamento era nulo y de ningun valor, y alegaban, citando testigos de referencia, que el mismo rey don Juan el I, se habia mostrado poco satisfecho de su testamento, porque decia haberlo hecho muy de prisa.

Vino á prevalecer esta opinion, y se declaró nulo y de ningun valor el único testamento que existia de don Juan el I, y se determinó se quemase.

Pero como en el testamento habia algunas cuantiosas mandas del rey don Juan á la iglesia primada de Toledo, el arzobispo don Pedro Tenorio no consintió que el testamento se quemase, porque decia que aunque todas las cláusulas de él eran falsas, no lo eran las que al arzobispado de Toledo pertenecian.

Se transigió con el arzobispo.

Se reconoció la validez del testamento, en lo que al arzobispo convenia, y lo demás se declaró nulo y de ningun valor.

Omitimos los comentarios.

Se desprende de lo dicho, que el arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, era, en aquella situacion, prepotente, y se transigia con él, es decir, que se hacia la política como se ha hecho siempre en España á gusto y medida de los prohombres que han sabido imponerse, y siempre á costa de la razon y del derecho.

Quedáronse libres los castellanos, ó mejor dicho, los políticos para dar al rey una tutela á su gusto, y fueron nombrados gobernadores del reino durante la menor edad del rey, que debia durar hasta que cumpliese sus quince años, el duque de Benavente, el marqués de Villena y el conde de Trastamara, todos magnates de alto linaje y de gran poder.

Adjuntáronles además, como regentes, los arzobispos de Toledo y de Santiago y los grandes maestros de Santiago y de Calatrava.

En cuanto á los diez y seis procuradores de córtés que debian completar aquella especie de consejo de regencia, se determinó que ocho de ellos por turno de tres en tres meses, se reuniesen con los otros siete regentes, teniendo igual voto y autoridad.

El arzobispo de Toledo no estaba contento, porque él hubiera querido ser solo.

Alegaba en público que eran demasiados hombres para gobernar, y cada cual pretenderia lle-

var adelante su opinion, lo cual era ocasionado á trastornos, y en secreto le irritaba el verse anulado ó poco ménos por sus consocios en el gobierno.

Recordaba y pretendia se cumpliese la ley de Partida del rey don Alfonso el Sábio, que mandaba que durante la menor edad del rey fuesen uno, tres, cinco ó siete los regentes.

Pero hubo de ceder á la fuerza de las circunstancias y resignarse á conspirar en secreto contra lo establecido.

Una regencia tan numerosa causó funestos resultados, y todo parecia concurrir á dar la razon al arzobispo Tenorio.

Por todas partes en España hubo revueltas, desafueros y robos, incendios y delitos.

Los judíos, como que eran ricos, llevaron la peor parte, y les robaron muchos las haciendas, les saquearon las casas y se las incendiaron.

Todo á pretexto de que eran enemigos de Diosdescendientes de los verdugos que le crucificaron.

Pero bajo este color se apoderaban de su hacienda.

En todo lo demás, el gobierno iba de lo malo á lo peor, y el pobre rey niño, demasiado precoz é inteligente para sus años, comprendió bien pronto que cuando un rey no tiene fuerzas para do-

minar las malas pasiones de los magnates ambiciosos, es un mártir sujeto á todas las miserias y á todas las humillaciones á que puede estar sujeta una criatura, al par que el desdichado reino, falto de cabeza que le gobierne y le ampare con la justicia, es el pasto sangriento de algunos ambiciosos.

Pero no pretendemos hacer punto por punto la crónica del breve y triste reinado de Enrique III el Doliente.

Este capítulo, puramente histórico, no nos ha servido para otra cosa que para hacer el bosquejo del arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, considerado como hombre público.

En el trascurso de este libro iremos completando la fisonomía moral de este personaje.

### CAPITULO III

**Algo sobre el rey don Enrique, sobre una hermosa doncella desconocida y sobre las hechicerías del marqués de Villena.**

El otro caballero que con el arzobispo había entrado en la casa del sábio y hechicero don Enrique de Aragon, marqués de Villena, era un jóven como le veintidos años, no hermoso, pero sí simpático y de expresion apacible y noble.

Aparecia demacrado y pálido.

Se comprendia que una grave enfermedad minaba su vida, y aparecia en él una grande y conmovedora expresion de melancolía, de resignacion á todo.

Sin embargo, cuando llegaron á la puerta de la galería de que hemos hablado, prevenidos por la dueña, como el bello y sentido canto femenino que dentro se oia se hubiese hecho ya

completamente perceptible, en el semblante pálido y resignado del jóven apareció una conmoción poderosa, y en sus ojos azules y profundos ardió una llama intensa en que brilló una chispa recóndita de indignacion y de cólera.

En aquel momento se revelaba en el mancebo un alma enérgica y terrible y una majestad y bravura de leon.

Pero esto fué un relámpago que apenas lució se apagó, relámpago en que el arzobispo, que en aquel momento ponía la mano en la puerta para abrirla, no reparó.

Un observador experimentado hubiera traducido de una manera exacta la doble expresion que habia aparecido en el semblante del jóven.

Digamos, ante todo, que aquel jóven era el rey don Enrique III.

Como todas las almas dolientes y tristes, la suya era profundamente apasionada.

Por razon de estado se le habia casado con doña Catalina de Alencaster, ó de Alencastre, como se decia entonces, hija del inglés duque de Alencastre y de doña Beatriz de Castilla, hija reconocida del rey don Pedro, sobrenombrado por unos el Cruel y por otros el Justiciero, habida en doña María de Padilla, esposa secreta, segun la opinion de muchos, del rey, ó como aparece de público en la historia, su manceba.

Sus excesos, sus tiranías y sus violencias, por una parte, por otra la ambicion de su hermano bastardo don Enrique de Trastamara, protegida por Francia, habian acabado con él en Montiel por medio de un fratricidio.

Don Enrique de Trastamara habia tomado la corona de su hermano ensangrentada por su puñal, y la providencia de Dios más adelante habia matado al rey fraticida por medio de unos borceguíes envenenados venidos de Marruecos.

Heredado habia el rey don Juan el I aquella funesta corona, que como si hubiera llevado consigo una maldicion, se desprendió de la cabeza del aún jóven monarca á causa de la caída de un caballo, como se ha dicho, para ceñir la cabeza de un niño enfermo, ó más bien, para ser usufructuada y escarnecida por un ambicioso consejo de regencia.

Duraban entre los magnates castellanos los partidarios de la descendencia legitima del rey don Pedro, y se mantenía el pleito ante la opinion pública sobre si doña María de Padilla habia sido reina ó manceba del rey, y sobre si el testamento del rey don Pedro se habia alterado, raspados y sustituidas algunas de sus cláusulas en que se fijaba la descendencia legitima que de él tenían sus hijos habidos en doña María de Padilla.

Influía en esto la casa de Inglaterra, y al

fin, para abreviar dificultades, se trató y se llevó á cabo el casamiento de Enrique III con doña Catalina de Alencastre, nieta, por ser hija de la infanta doña Beatriz, del rey don Pedro I.

Así se creyó salvado todo y traída de nuevo la corona á la descendencia legítima por el único acomodo que podia encontrarse.

Pero doña Catalina era fea, atrabiliaria, mayor en algunos años que el rey, y por consecuencia, el pobre enfermo del corazon y del cuerpo, no pudo hallar el contento del amor en su enlace.

Era además intrigante doña Catalina, y andaba unida con la reina de Navarra doña Leonor, tia del rey, que separada de su marido por cuestion de caracteres y por malas inteligencias, se habia acogido á su hermano el rey don Juan el I, y se habia metido de lleno en las exacerbadas banderías castellanas, haciéndose una mujer política que todo lo infernaba y todo lo llevaba á puntos desesperados, aliándose unas veces con el arzobispo de Toledo, poniéndose otras contra él entre sus enemigos.

El alma del jóven rey estaba desierta, fria, sin experimentar más que dolores.

Por eso podia llamársele, considerándole bajo el punto de vista del corazon, el rey hambriento, si ya por su pobreza y por los escandalosos abusos de que era víctima no se le podia llamar hambriento del estómago.

Parecia que Dios castigaba en él de una manera terrible el fratricidio de su abuelo el rey don Enrique el II, al que, no sabemos con que motivo, hubo exajerados partidarios que le denominaron el Caballero.

Bien es verdad que si á maldiciones de reyes vamos, no habia heredado ciertamente una bendicion el rey don Pedro, porque venia de Alonso el XI, el que murió de peste en el cerco de Gibraltar, hijo de aquel Enrique I que lo fué á su vez de aquel don Sancho el Bravo que asesinó á su padre el rey don Alonso el Sábio, arrebatándole la corona.

Y si vamos remontándonos, iremos pasando de rey maldito en rey maldito, heredero de una corona teñida en sangre del crimen hasta una antigüedad remotísima.

Y llamar derecho divino al derecho de los reyes, cuando constantemente en la historia vemos que este derecho está representado por el puñal y por el veneno, es hacer una injuria sacrílega al divino derecho, quedando la afirmacion de este por los partidarios de la monarquía pura, reducida á una frase falsa, hueca, y lo repetimos, sacrílega.

Lo que entonces legitimaba á los reyes, lo que legitima hoy y legitimó ayer y ha legitimado siempre, lo que se ha dado en llamar derecho, no es otra cosa que el imperio de la fuer-

za obtenido por el medio brutal de la batalla y sancionado por la victoria, cuando no procurado por la traicion y el crimen.

De modo que el pobre rey combatido que en vez de disponer de un ejército formidable y de tesoros para mantenerle, apela á la hueca frase de su derecho, es como, valiéndonos de una frase vulgar, querer vencer á un lobo cantándole las coplas de Calainos.

Enrique III tenia, pues, el alma sedienta.

Era una pobre criatura desventurada, que para mal suyo tenia templada el alma por una energia impotente, que si bien cansado de sufrir y antes de llegar á su mayor edad, juntó á los regentes y alzándose con la espada desnuda sobre el trono, los dominó, los aterró, se declaró mayor de edad, prendió á algunos, entre ellos al arzobispo de Toledo, y ahorcó á algunos de los parciales de los regentes, que pretendieron imponérsele, el remedio fué peor que la enfermedad, porque aunque en su rectitud y en su precocidad pasmosa, aquel jóven rey, merecedor de mejores tiempos, quiso gobernar en justicia su señorío, no encontró de quien valerse, porque tales andaban de corrompidas las gentes, que para encontrar un hombre medianamente honrado, era necesario convertirse en otro Diógenes y salir con un candil en medio del dia.

Si dejaba á uno por impuro y traidor, el que

cogia era *mutatis mutandi*, de la misma especie y de traidor mañero, ladrón y ambicioso, no salía ni podía salir porque no había otra cosa.

Preso el cardenal arzobispo de Toledo, y bien asegurado, sustituido con don Enrique de Aragón, marqués de Villena, y con el duque de Benavente, á las primeras palabras, á las primeras determinaciones, á los cinco minutos, conoció el rey que no había para qué tener preso á don Pedro Tenorio, si se dejaba libre á aquellos con los cuales le había sustituido.

— ¿Ven nuestros lectores lo que nos sucede hoy, que el último que llega es el peor?

Pues lo mismo sucedía entonces, y casi siempre ha sucedido lo mismo en nuestra asendereada España.

El rey tomaba el aire con las manos y se volvía loco, y no sabía qué hacerse, porque cuanto más quería mejorar su situación y la del reino, peor se encontraban el reino y él.

Y como era hombre de entendimiento, comprendiendo su impotencia, cansado, combatido hasta más no poder, soltó al arzobispo de Toledo, dejó á la reina de Navarra, doña Leonor, y á su mujer, doña Catalina, y al duque de Benavente, y á los grandes maestros, y á todos los grandes magnates, en fin, que tenían en las manos los destinos de la mal aventurada España, se devoraban los unos á los otros, levantando la

mano, encomendándose por sí y por sus reinos á Dios, y resignándose á lo que la voluntad de Dios determinase.

Pugnaban como siempre los partidos, máguer que el rey fuese débil y nulo por necesidad, por captarse el favor del rey y obtener así una especie de legitimidad extraña y precaria para sus desafueros y enormidades.

Y el rey andaba como pelota, de las manos de los unos á las manos de los otros, prestándoles una autoridad ficticia que él no tenia y legitimando en falso cosas que en derecho y honestamente no podian legitimarse.

Resultaba de esto, que si hambre tenia el rey, hambre y media tenia el reino, y que si el rey sufría los azotes como ciento, sufríalos Castilla como un millon.

Todo andaba revuelto y trastornado, todo vendido, todo arruinado, escarnecida la justicia y vilipendiada la honra.

Gracias si en medio de tanta ignominia alguna vez se asomaba la cabeza á las fronteras de Granada y se cambiaban algunos golpes con los moros, siguiendo el impulso, aunque débil, de la gloriosa guerra de reconquista, que ya seis siglos contaba.

Estaba esto en la tradicion y en la conveniencia, porque en nombre de Dios, aquellos poderosos magnates se apoderaban de tierras que

aumentaban su señorío sobre las tierras ocupadas por los moros, y engordaban dando una mínima parte de lo conquistado al rey que con una mano lo tomaba y con otra se deshacía de ello en infantazgos y mercedes, ya á parientes para posegarlos, ya á magnates ambiciosos.

De manera que aquella guerra que se hacía en nombre de Dios y de la patria, solo redundaba, inmediatamente, en provecho de los nobles y de los clérigos que acaparaban todo lo conquistado, dejando al rey y al reino en su pristina pobreza, sin tener que comer el uno, ni aún que vestir á veces, y siempre llamado á cuentas por sus reinos, que le echaban la culpa del acrecimiento de los tributos y de la rapiña y de las desventuras de que eran víctimas.

Salta á la cara, atendido todo esto, el que haya habido, y haya, quien quiera ser rey, y quien por ello se mate, cuando el ser rey es ser mártir y no vivir, sino para ser desollado, destripado, abofeteado y reducido á la mayor de las miserias posibles.

Y es que si los efectos de la vanidad pudiesen comprenderse, la vanidad dejaría de serlo para ser otra cosa.

Los reyes han sido siempre, y serán, una calamidad; primero, para sí mismos, y despues, para los pueblos que no quieren y no saben, y por consiguiente, no pueden gobernarse á sí mismos.

A nosotros nos entran ganas de reir cuando oimos hablar de reyes tiranos.

Pues ¿qué caricia ó qué bondad puede esperarse de un sér continuamente irritado y continuamente provocado por cosas, por enormidades que, como decia Cervantes refiriéndose á algo enorme, no están en el mapa?

¿Qué se puede esperar de un leon que se ha convertido en perro, y en el cual de exceso en exceso se ha creado un lobo?

Necesariamente el lobo devora siempre que encuentre ocasion de hacerlo.

De suerte que la tiranía no es más que una mala cosa elaborada por los vicios y las torpezas de todo el mundo, y que cae encima de las multitudes corrompidas, como su propia saliva sobre aquel que escupe al cielo.

Pugnaban, como se ha dicho, las diferentes parcialidades por captarse el favor real, para usar de él como de un escudo.

El arzobispo de Toledo habia procurado captarse el favor del rey por medio de los vicios gratos, cosa no muy digna de un sacerdote, ni aun de un hombre medianamente honrado, pero que el arzobispo don Pedro Tenorio practicaba sin escrúpulo de ningun género, porque para él no habia más Dios ni más Santa María que su soberbia y su avaricia.

Conocia el arzobispo que el corazon del rey

estaba huérfano y frío, sin que le alentase ni aun el amor de sus hijos, que se criaban en alguna manera apartados de él, porque en las casas reales no parece sino que la majestad no puede existir sin el aislamiento.

Habia conocido don Pedro Tenorio, y algunas veces bien á costa suya, lo apasionado, lo vehemente, lo ansioso del alma del enfermo jóven por lo dulce, por lo bello, por lo candente.

Habia comprendido en él el horrendo martirio del alma, que, trasmitiéndose al cuerpo, por esa relacion misteriosa y terrible que existe entre el espíritu y la materia, agravaba aquella enfermedad sin nombre que afligia al rey, exacerbaba su espíritu y minaba visiblemente su vida.

Un dia, mejor dicho, una noche de Jueves Santo, en las tinieblas, en la iglesia mayor de Búrgos, sentado el rey en su dosel, á la parte del Evangelio, en el crucero, dominado por el efecto grandilocuente de la tremenda salmodia, acompañada por los instrumentos de la capilla, teniendo á su lado al arzobispo Tenorio, que con él se hombreaba, reparó cerca del dosel, arrodillada sobre el pavimento de la iglesia, inmediatamente á la línea de pajes y reyes de armas y farantes, una mujer, mejor dicho, una niña, vestida á la usanza noble, y con gran

riqueza, y además de esto noblemente acompañada de dueñas y pajes.

Era blanca de tal manera, que á pesar de que los millares de luces del monumento, que parecía una escala de fuego que desde la mitad del crucero se alzaba hasta la mitad de la capilla mayor, la teñían con un color rojizo, se patentizaba la nitidez, la pureza y aun el esplendor de su blancura.

Sus grandes ojos negros y lucientes, y el marco de ondeados cabellos negrísimos que velaban su semblante, y lo poblado y negrísimo de sus cejas, y sus espesas pestañas, que sus poderosos ojos sombreaban, contrastaban, produciendo un efecto admirable, con aquella blancura sensual y purísima á la vez.

Y si se añadía á esto una infinita armonía en las formas, una modelación voluptuosa, severa é incitante á la par, un desarrollo hechicero de las formas, y un extraordinario exceso de vida y de juventud, todo esto dentro del efecto fantástico de las naves góticas, sustentadas sobre sus robustos pilares, perdiéndose allá en el fondo en una oscuridad misteriosa; el prestigio de la solemnidad del día; Jesús muerto, la humanidad en desolación y penitencia bajo un creencia viva; los salmos, en que alternaban las voces de los sacerdotes y de la capilla en el coro, toda esta poesía del misticis-

mo de la fé, la conmemoracion, del martirio de Jesús por la humanidad, hacia más poderosa, más grande, más fantástica la belleza, ya por sí misma harto ideal, de la jóven doncella.

El rey habia acabado por abstraerse en aquella hermosura, por trasfigurarla en su imaginacion de fuego.

Y don Pedro Tenorio, cuya razon siempre fria no se apartaba de su negocio por ningun género de entusiasmo, de poesia ni de sueño, encontró, alegrándose en el alma, que aquella seductora belleza podia serle extraordinariamente útil; si era que estaba en condiciones á propósito para poderse servir de ella.

Que era dama y de alto linaje no podia dudarse, porque á más de la distincion que en su manera se hallaba indudablemente, de lo excesivo de la riqueza y de la nobleza de su atavío, la rodeaban altos servidores.

Pero en vano buscaba el arzobispo, que tanto conocia de divisas, una divisa en aquellos servidores que le indicase á cuál de las nobles casas de Castilla pertenecia la incógnita.

Mas hé aquí que de improviso, abriéndose paso por entre la multitud, aparece uno como escudero, llega junto á la noble doncella, se inclina y la habla al oido, despues de lo cual el

escudero se endereza, la jóven se persigna, se pone de pié, y con su servidumbre al escudero sigue, y desaparecen entre la multitud.

Pero al enderezarse el escudero, en la cota ó dalmática que vestia, de gala, porque la gran festividad religiosa prescribia la gala, apercibió el escudo con las cuatro barras de sangre, las cruces de Malta y las cabezas de reyes moros á cuarteles que en la dalmática llevaba el escudero, señal clara de que era vasallo y servidor inmediato de don Enrique de Aragon, marqués de Villena, condestable de Castilla.

¿De dónde habia sacado aquel su alternativamente amigo y enemigo aquella doncella, el ya maduro y casi viejo marqués de Villena?

En su mujer doña María de Albornoz, de la cual hacia estaba separado muchos años y aun divorciado, divorcio que sobrevino cuando don Enrique de Aragon pretendió ser gran maestre de Santiago, no habia tenido sucesion alguna.

Don Pedro Tenorio, comensal íntimo del marqués de Villena, cuando andaban en paz, conocia como el mismo marqués las interioridades de su casa.

En ella, aunque con gran boato, vivia don Enrique de Aragon, sin pariente ni habiente, solo, en su solo cabo, porque los servidores no son una compañía, entregado á sus hechicerias,

á su alquimia, á sus untos, á su astrología, á su filosofía, y conspirando sordamente consigo mismo en el fondo de su antro.

En su casa no habia mujer.

Varon era el cocinero, varones los pinches, y hasta los animales, tales como gatos y perros, y aun los del ganado caballar, pertenecian al género masculino.

Habia que averiguar lo que en aquello hubiese.

Era la primera vez, desde que se separó de doña María de Albornoz, su mujer, que el marqués de Villena, aparecia en la córte en algun modo en relacion con él una mujer.

Si don Enrique de Aragon se hubiese apartado completamente de la política, hubiera podido decirse que se habia consagrado á una existencia de una parte ascética, de otra científica.

¿Vivia con el marqués, aunque oculta, aquella hermosa criatura ó en casa aparte?

¿Para qué la habia buscado uno de los altos escuderos del marqués de Villena?

Andaba este enfermo y aprensivo, y algunos dias antes habia dicho á don Pedro Tenorio que le visitaba en su pavoroso laboratorio, mostrándole una gran redoma de vidrio:

—Ando pobre de salud, y ó no sé nada, ó ya la muerte me ronda los pasos. Pero me im-

porta poco, puesto que por la permission de Dios y mediante la ciencia, yo he descubierto el filtro de la inmortalidad.

No creia mucho don Pedro Tenorio en lo maravilloso.

Tenia el espíritu fuerte contra la supersticion.

Las hechicerias le tenian tranquilo, y en cuanto á lo de filtros, si los respetaba, no era por el poder mágico que pudiesen tener, sino por las materias nocivas que pudiesen haber entrado en su composicion.

Pero era hombre cauto y experimentado, y se iba con la corriente de todos por conveniencia y por sistema.

Así es que dijo, guardándose muy bien de mostrar la menor incredulidad:

—Espero, mi querido amigo, que os acordareis de mí para darme una parte, aunque sea minima, de ese gran filtro de la inmortalidad que vuestra ciencia ha compuesto; pero quisiera me dijeseis de qué manera ha de tomarse ese filtro.

—La vida es el alma, dijo el marqués de Villena,—el alma no puede irse del cuerpo sino por la descomposicion de la materia. Ahora bien, impidiendo esa descomposicion que separa el alma del cuerpo, dicho se está que la vida no puede apartarse de la materia, en ella continúa

y la anima y la continuacion sin límites de esto es lo que se llama inmortalidad.

—Pues no entiendo entonces, mi buen amigo,—dijo el arzobispo,—como es que os mante-neis doliente y decaído y hablais de muerte.

—Mortal soy,—dijo el marqués de Ville-na,—en la forma y en la composicion de hom-bre en que aún me encuentro, y solo por medio de una trasformacion puedo llegar á la inmortali-dad. Prevenido tengo en mi testamento que en el momento en que yo muera, me piquen sobre un tajo como para hacer albóndigas, y sin per-der la mínima parte de la picadura en esta re-doma me metan, en cuyo fondo ya veis esa par-te de licor verdoso; taparán despues con yeso la boca de la redoma, pondrán sobre el yeso un be-tun impenetrable al aire, y en un plazo que en mi testamento dejo establecido, se romperá la redo-ma y yo apareceré en mi propia figura pero jó-ven, hermoso fuerte, sábio, é inmortal.

—Vamos,—dijo para sí don Pedro Teno-rio,—este desdichado marqués se ha dado tanto á mirar las estrellas, y á hablar con los muertos y á sacar jugo de las yerbas y venenos de los reptiles que el infeliz se ha vuelto loco.

Pero en vez de decirle esto, le llevó el aire y salió de allí convencido, no solo de que don En-rique de Aragon estaba loco de remate, sino de que,—rápidamente á causa de la enfermedad del pe-



cho que sufría,—se le iban acabando los espíritus vitales.

Podía suceder muy bien que se hubiese agravado la enfermedad del marqués y el escudero hubiese venido á avisar á la jóven.

Al dia siguiente...

Pero esta materia basta ya para el presente capítulo, y pasamos al siguiente.

---

## CAPITULO IV

### Lo que se puede fiar en la lealtad de los servidores.

Al día siguiente, decimos, y muy temprano, don Pedro Tenorio se fué á casa del marqués de Villena, que se levantaba á punto que amanecía, y en vez de encontrarle en el lecho, rodeado de médicos y de astrólogos, se lo encontró fundiendo una mistura, que decia ver casi casi la piedra filosofal, esto es, el medio para hacer oro, y en mejor estado de salud que en los días anteriores.

Hablaron de lo que hablaban siempre, de política y de los medios de establecer su dominio, sobre los otros magnates.

Por entonces les convenia estar unidos al arzobispo y al marqués, y andaban á partir un piñon, como suele decirse.

Guardóse muy bien el cauto don Pedro Tenorio de hablarle en lo más mínimo de la hermosa doncella en cuestion.

Pero cuando salió, como viese con el zaguan al escudero que la noche antes habia ido á llevarse de la iglesia mayor á la hermosa jóven, hízole seña de que le siguiese.

Y como el escudero estaba á lo que le convenia, y sabia cuánto podia serle conveniente obedecer y servir á don Pedro Tenorio, se fué detrás de la inmensa comitiva de éste, que en medio de ella era conducido por lacayos en una silla de manos.

Llegado que hubo el arzobispo á su casa, pidió por el Jorge Grimaldos de Santillana, que así se llamaba el hidalgo escudero del marqués de Villena, é inmediatamente, aunque no era muy accesible á las audiencias el alto, poderoso y excelente señor don Pedro Tenorio, como habia prevenido á sus maestre-salas introdujesen en cuanto llegase á Jorge Grimaldos, fué introducido.

Encerróse con él en su recámara don Pedro, y yéndose derecho al negocio, y prometiéndole enviarle muy mejorado al adelantamiento de Andalucía, como capitan de ginetes, y á mayor abundamiento, armado caballero y con ayuda de costas, pusiéronsele los ojos de grandes como dos platos á Grimaldos, y le entró un in-

moderado impulso de servir al arzobispo en lo que le pidiese.

Pero en cuanto se vino á la cuestion, Jorge Grimaldos se puso pálido, se compungió, se rasgó una oreja y se quedó mirando de una manera estúpida al arzobispo.

Comprendió entonces éste que se trataba de un asunto de gran cuantía, de extraordinaria importancia, y exclamó:

—Pues, vive Dios, que si á servirme os negais, y á vos me torno, no habeis de quedar muy contento de la ganancia, ni por la penitencia habeis de ir á Roma; que puesto que vuestro señor sea poderoso, bien sabeis que, en cuanto á mí me placiere, doy con él de través sobre la costa y le hago pedazos en sus escollos.

Aumentó la estupidez de la expresion de Jorge Grimaldos, y le acometió un temblor que le cogió de los piés á la cabeza, lo que puso al arzobispo más en codicia de sacar en claro lo que en aquel misterio hubiese.

En fin, tanto apretó y tanto espantó por una parte al mísero hidalgo, y tanto por otra le ofreció levantarle y favorecerle, que Grimaldos, no pudiendo ya ser suyo, se entregó á discrecion, y contó al arzobispo una historia que, á pesar de lo desalmado que su señoría era, y de lo poco que se impresionaba por nadá, como no

fuese por su ambicion, llegó un momento en que se le pusieron los cabellos de punta, y lo que Grimaldos dijo al arzobispo, no sin temblor en la voz en el comienzo, porque le daba miedo de hacer traicion á su terrible, á su formidable señor, fué lo siguiente:

—Pues habeis de saber, señor arzobispo, que esa doncella que anoche fui yo á buscar á la iglesia mayor, es una supuesta hija bastarda reconocida en secreto por el señor rey don Juan el I, que en santa gloria haya, y adoptada en secreto tambien, porque así fué la voluntad del susodicho señor rey, por mi señor el marqués de Villena, de modo y manera que esta señora, que ignora de todo punto de dónde viene, se cree hija á trasmano de mi señor, pero reconocida como bastarda, llevando, por lo tanto, el apellido de mi señor, y se llama doña Sol de Aragon.

Quince años tiene, y en cuanto á su hermosura, vos, señor, que la habeis visto, sabeis cuánta es.

Tuviéronla en Santa Agueda criándola casa de un caballero hasta que cumplió sus cinco años, que entonces la llevaron al real monasterio de las Huelgas de Búrgos, donde con el tratamiento de una princesa, aunque secretamente, continuaron su crianza, hasta que cumplió los doce años.

Entonces la llevaron á ver mundo con una muy noble y rica servidumbre, y su aya, noble señora, viuda de un caballero de los continuos de mi señor, que se llama doña Paloma, y que es tan austera y tan ágría que empacho dá y acedia hablar con ella; pero que en cuanto á virtud se la cree más fuerte que un pedernal.

Yo no las tengo todas conmigo acerca de la virtud de esa señora, porque alguna vez háme mirado con los ojos adormecidos y como quien brinda el amor.

Y esto nada tendria de extraño si yo fuese mozo.

Pero á doña Paloma le consta que casado soy y con siete hijos, que son siete cuidados amargos que tengo colgados del corazon.

—¿Y sigue mirándoos con los ojos adormidos esa ilustre Paloma?—preguntó el arzobispo á Jorge Grimaldos.

—Y cada vez con más empeño y más desenvoltura; por supuesto que donde nadie la vé más que este pecador, que en cuanto la encuentra sola escapa.

—Pues dígoos,—exclamó el arzobispo,—que otra vez que á solas os la encontreis, de ella no huyais, sino que á ella os vayais, y si ella os mira tiernísima, vos la mirais moribundo, que así conviene, y lo demás lo dejais de mi cuenta, y con vuestro cuento seguid ahora.

—Por extraños reinos,—dijo Jorge Grimaldos,—ha andado doña Sol, creciendo en crianza como dama, en hermosura como mujer, y con el estado de una princesa durante tres años, hasta hace dos meses que á Búrgos llegó una noche muy guardada en una litera, y yendo mi señor á recibirla á un postigo del muro con gran recato y secreto á su casa la trajo y metiéndola en ella por un postigo, y diéndola por habitación las de una gran torre que hay al mediodía, y en las cuales, puesto que están alhajadas como al estado de mi señor conviene, no ha entrado persona viviente desde que hace años salió de ellas, para no volver, la noble señora doña María de Albornoz, esposa de mi señor.

Y tal fama ha llegado á echar la torre, que dicen que tienen duendes y que de noche se ven sombras medrosas que pasan por sus galerías alumbradas con una vela verde, y que se oyen gritos, alaridos, ruidos y baladros, y crugidos de cadenas que dan pavor; pero en verdad que yo nada de eso he visto ni nada he oído.

Sea como quiera, por la puerta de las escaleras de esa torre, que dá á un postigo cerca de la torrecilla donde mi señor hace sus conjuros, no pasa nadie de miedo, y por el otro postigo de la torre, que dá á la calle y que se comunica con las otras escaleras por la armería del señor y por una galería, no entra ni sale nadie.

Esta armería y esta galería están en la parte del palacio que se cree malita, y para servirse de armas, el señor tiene otra armería en el otro lado.

Con doña Sol entraron en la parte misteriosa del palacio doña Paloma, cuatro doncellas y cuatro esclavas que á doña Sol sirven.

El único que de la servidumbre de mi señor sabe que doña Sol y sus dueñas y sus criadas están en la casa soy yo, que por el postigo que dá á la callejuela las sirvo lo que han menester.

—¿Y decís,—exclamó el arzobispo,—que esa hermosísima doña Sol es hija bastarda del señor rey don Juan?

—Dígolo, porque así es; digo, en cuanto puede asegurarse, que una criatura es hija de un hombre, que no es como la mujer, que nadie puede dudar, nadie de sus hijos, porque en su seno los tuvo.

—Gatuperio ha debido de haber en esto,—dijo el arzobispo,—porque el rey don Juan era rubio descolorido como el del lino, y tenía los ojos azules, y tan azules que del color eran del cielo cuando amanece, y ella tiene los ojos negros como la noche y los cabellos como las alas del cuervo, y aunque era blanco, muy blanco el rey don Juan, la blancura de esa doncella es de nácar, que no de cera blanqueada como la del

rey, y tenía el rey los ojos redondos y la nariz larga y el lábio inferior saliente y grueso como todos los de la casa de Trastámara que yo he conocido, y ella tiene los ojos rasgados y hermosos y la nariz recta y la boca graciosa y bien proporcionada, y la garganta que á un trozo de columna se asemeja; es, en fin, como una hermosa estatua de los antiguos animada, y por eso os repito que gatuperio hubo aquí, y saberlo me importa, y si nada podeis decirme, porque no sepais, necesario es que averigüeis.

Rascose de nuevo la oreja derecha Jorge Grimaldos, y dijo:

—Tanto sé acerca de esto, que mejor quisiera no saberlo, que hay secretos tan hondos y de tal naturaleza que son un cuidado, y bien quisieramos estar libres de ellos, porque deciros yo, señor arzobispo, que mi señor siendo tan principal persona dió en trapacerías indignas de su linaje, cosa es harto récia y aun peligrosa.

—Dejaos de temores,—dijo el arzobispo,—y hablad limpio y claro, que cuenta os tiene, y para que cobreis ánimo tomad esta piedra balaje que en esta sortija vá, y sabed que vale como un maravedí cuatrocientos florines.

Sintióse algo más aliviado del miedo Jorge Grimaldos, y dijo:

—Hace diez y seis años iba á caza mi señor por las riberas del Arlanza.

Calentósele el caballo, mordió el freno, y partió.

Yo, que ví á mi señor en peligro, que su caballo iba ciego, apreté las espuelas al mio para alcanzar al del marqués y cortarle deteniéndole, aunque fuese con peligro de mi vida.

—Leal sois, y como leal obrasteis,—dijo el arzobispo,—y aseguroos que vais creciendo en mi estimacion más de lo que podeis creer.

—Por mis siete hijos que sin hacienda veo, al fin á la lealtad á mi señor falto; pero cometido ya el pecado, no hay que reposar en ello y vamos adelante y sepa vuestra señoría, que por más que yo puse á mi caballo á punto de desvocarse como el de mi señor, á aquel cortar no pude la carrera y gracias si mantuve á su cola el morro del mio.

Salimos á una hondonada entre tres cerros, y á punto que anochecia, en el lugar más siniestro que podeis pensar y más temeroso; allá abajo habia una charca, que todavía no se podia llamar laguna, de agua verdosa y algunas mimbres que parecian segun eran de gibosas y extrañas cosas malditas y del otro mundo, que se hundian en las verdosas aguas de la laguna en sus márgenes y se extendia á alguna distancia, una acá, otra allá, como si las hubiera sembrado el diablo.

—Lo cual debió parecer muy bien á vuestro

señor,—dijo el arzobispo,—porque yo creo que de antiguo tiene hecho pacto con el diablo el marqués de Villena, y tanto más á gusto se encuentra cuanto más vé al diablo en cuanto le rodea.

—Allá al otro lado de la laguna,—dijo Jorge Grimaldos, habia como hasta una docena de tiendas de cuero, una de ellas mayor que las otras, y delante de estas tiendas, ardia una gran hoguera alrededor de la cual iban y venian algunos hombres y algunas mujeres, vestidos con extraños trajes y muy ligeros.

—Gitanos,—dijo el arzobispo.

—Sí señor, sí, gitanos,—contestó Jorge Grimaldos,—pero gitanos de luengas tierras, que los de acá son bronceados y pelinegros, y aquellos y aquellas, aunque habia algunos y algunas con cabellos y ojos negros, eran todos blancos y por lo general rubios y con los ojos azules; en fin, eran una pequeña tribu de gitanos alemanes á quienes la justicia de su tierra habia ahuyentado, que habian andado por Francia y que tambien de Francia habian tenido que escapar por delitos.

En resolucion, cuando entramos en aquella hondonada, no pudiendo ya más el caballo de mi señor, se plantó de repente, abrió los remos, tosió, arrojó un vómito de sangre y cayó muerto.

Mi señor había saltado de él antes de que cayese.

Estaba el mio poco ménos y hube de desmontar.

Y fué á tiempo, porque mi caballo, aunque no reventado, cayó de fatiga.

Entonces y como los gitanos hubieran reparado en nosotros, á nosotros vinieron, no con intenciones benévolas, sino como ladrones, y en tal manera que para ponerlos en respecto hubimos de sacar las espadas.

Ellos que eran gente brava y mucha, armaron sus ballestas, y no se lo que hubiera sucedido, si de improviso una mujer no se hubiera arrojado entre ellos y nosotros.

Era una reina, no importa de que reino, pero podia llamarse su reinó aquella taifa de gitanos errantes.

Yo quisiera poder hacer ver á vuestra señoría como por arte de magia á aquella mujer.

Pero yo no soy hechicero como mi señor el marqués de Villena.

¿Y sabe vuestra señoría que por el tiempo aquel en que conocimos á aquella reina de gitanos, mi señor podia ser, y lo era, poeta, sábio, fisico y astrólogo, pero que no era hechicero?

La hechiceria la cogió entonces.

Athaniel que así se llamaba aquella hermosísima gitana era una sibila.

No he visto ojos más negros, ni más grandes, ni más lucientes, ni más hermosos, ni más graves, ni más imperativos, ni más dominadores.

Aquellos ojos lanzaban fuego.

Pero un fuego que atraía, que enloquecía, y que al mismo tiempo daba miedo.

Parécia que allá dentro, en el alma de la reina gitana, ardía un infierno.

Un infierno que prometia todos los placeres y amenazaba todas las penas.

Traía en la cabeza un bonete rojo, rodeado por una especie de corona dorada, y bajo este bonete caía en melenas rizadas y larguísimas una cabellera tan negra que parecía ébano convertido en sutiles y sedosas hebras.

El viento agitaba aquella cabellera, y daba á la reina gitana una nueva hermosura.

La cubria una túnica negra, y sobre sus hombros se prendia un manto rojo.

Lo corto de la túnica dejaba ver un pié hermosísimo, calzado con unas sandalias que le dejaban casi completamente al descubierto, y parte de una pierna que no podía ser ni más torneada ni más hermosa.

En las piernas, sobre el tobillo, mostraba ajorcas, pero no de oro, sino de un metal extraño.

Llevaba tambien ajorcas y brazaletes en los brazos desnudos.

Una multitud de cadenas y de collares y de amuletos rodeaban su garganta, que era larga y torneada y de un atractivo indecible, y caían sobre su seno cubriéndole casi.

En un cingulo dorado mostraba sujeto un largo puñal.

Esta mujer era alta como vuestra señoría, y en cuanto á bulto, á robustez, era una matrona admirable, ó por lo ménos, tenia las apariencias, porque estaba muy lejos de ser matrona.

Como que era doncella y apenas si habia cumplido diez y ocho años.

Con decir que era blanca, blanquísima, como su hija doña Sol, he dicho á vuestra señoría todo lo que puedo decirle acerca de la reina gitana Athaniel.

—¡Cómo! ¿esa bagabunda, esa reina de saltadores fué la madre de doña Sol?—preguntó con extrañeza el arzobispo.

—Sí, excelente, señor,—dijo Jorge Grimaldos,—doña Sol es hija de la gitana Athaniel.

—Y á lo que decís del marqués de Villena.

—Sí, señor.

—¿Lo que no impidió que el señor rey don Juan creyese á doña Sol hija suya?

—El rey se creyó amado por Athaniel.

—¿Cómo pudo llegar Athaniel á ser la amiga primero del marqués de Villena y despues del rey.

—Voy á continuar mi relato, señor, y llegaremos á esto.

Athaniel impidió un combate entre los suyos y nosotros, pero nos hizo prisioneros.

Se nos llevó á la tienda mayor que estaba entre las otras tiendas.

En ella entró sola con nosotros Athaniel.

La cortina de piel que cubria la entrada de la tienda, cayó cuando nosotros hubimos penetrado en ella.

Cubriendo la tierra, en el espacio que contenia la tienda, habia una multitud de viejas alfombras.

En un lado, algunos cogines, viejos al parecer, rellenos de yerbas secas, servian de asiento.

Un arnés, sueltas las piezas, estaba arrojado por tierra.

Algo más allá se veia el paramento de un caballo de batalla, y junto á él aparecia tendida una larga lanza.

Un cofre largo, como un ataúd, se veia en el otro lado, y una lámpara de metal que Athaniel encendió cuando entramos en la tienda, porque ya caia la noche, puesta sobre aquella arca negra con signos rojos, con extraños signos cabalísticos, nos alumbraba.

—¿Es ese arnés, son esas armas de vuestro padre?—preguntó el marqués á Athaniel cuando

ésta despues de haber entrado en la tienda hubo encendido la luz.

—Yo no tengo, padre,—contestó con voz breve Athaniel.

—¿De vuestro esposo?

—Yo no tengo esposo: á lo ménos mi esposo, ó más bien mi prometido, no es de este mundo.

—¡Murió!

—No ha nacido: no puede nacer, como tampoco puede morir.

—Verdaderamente, señora,—dijo el marqués tratando con gran reverencia á Athaniel por la majestad de su hermosura,—que bien quisiera comprenderos; pero no os comprendo. ¿Qué esposo ó prometido vuestro es ese que no ha nacido, y que no puede morir? ¿Será acaso que os destinais al cláustro? Porque un esposo que no ha nacido, y que morir no puede, como no sea Dios no alcanzo quién sea.

—Sí,—dijo Athaniel,—el Dios de las tinieblas tiene esposas, como el Dios de la luz: las de éste se llaman monjas: las del otro hechiceras; el vulgo les dá otro nombre; las llama brujas.

Francamente, señor arzobispo, tales cosas habia oido yo contar de las brujas, y de sus maledvolencias, y de sus crueldades, que á pesar de la hermosura y de la juventud de Athaniel,

cuando supe por su propia confesion que era bruja, me eché á temblar.

Me parecia que allí nos iban á chupar la sangre á mi señor y á mí.

»—Perdonadme si no os creo, señora,—dijo el marqués, mi señor;—vos no teneis aún la marca de la abominacion en la frente: vos sois pura como un rayo del sol.

Sonrió Athaniel de una manera extraña; pero irresistible.

Parecia como si su semblante se hubiera iluminado con un fuego que no era de este mundo.

»—Ya os he dicho, señor caballero,—contestó Athaniel,—que yo no soy aún la esposa de Satanás, sino su prometida, y como no he sido yo quien por mi voluntad me he prometido á él, sino que me han prometido otros, es muy posible que mi enamorado Satanás se pase sin mis amores, como se han pasado tantos otros.

»—Me volveis el alma al cuerpo,—dijo el marqués mi señor.

»—¿Y qué os importa de mí,—dijo Athaniel mirando al marqués de una manera profunda.

»—Es que os quisiera mejor empleada.

»—¡Es decir, que vos me emplearíais mejor!

»—Sí, pardiez,—dijo mi amo: yo os emplearía en mí.

»—Sin duda debeis tener mucha confianza en

vuestro servidor cuando delante de él habláis de este modo, ó de no me menospreciáis.

»—Este que me acompaña es mi vasallo más leal.

»—¡Vuestro vasallo! pues ¿vos quién sois?

»—Yo soy señora para serviros,—contestó mi señor,—don Enrique de Aragon, marqués de Villena, condestable de Castilla.

»—¡Ah! pues ved ahí que hallado lo habemos.

»—Y que es lo que hemos hallado, señora mia.

»—El modo de que salgais de aquí sanos y salvos; de otro modo todo lo que yo podría conseguir, sería que no os mataran; pero os guardarían cautivos, hasta que entregaseis un crecido rescate.

»—Esta gente, pues, con quien estais son salteadores.

»—Gente que se busca bravamente la vida; la vida es muy triste para los pobres señor caballero; los nobles y los frailes lo guardan todo para sí, y á los demás no les dejan más que el afan y el trabajo.

»—Vos teneis el alma noble y altiva señora, no puedo dudar de ello, y debéis estar muy á vuestro pesar entre esta gente.

Miró de una manera singular Athaniel á mi señor, y se puso un dedo en los labios.

Recelaba hubiera tal vez escuchas.

Mi amo no continuó.

»—Decis,—le preguntó Athaniel,—que este que os acompaña es vuestro más leal vasallo.

»—Si,—repitió mi amo.

»—Pues entonces,—dijo Athaniel,—bien podreis tratarle aquí junto á mí, de igual á igual; yo no he cumplido aún con un deber de la hospitalidad; cuando se recibe en nuestra casa á un huésped, así á lo ménos lo hacemos nosotros, se le presente una copa de oro; soy pobre, pero os presentaré una copa de hierro, limpia como la voluntad que os la ofrece.

Y diciendo esto Athaniel se levantó, abrió la larga arca que parecia una ataud, y sacó de ella una ancha copa, y una como ánfora, estrecha y larga, ambas de hierro.

—Entre nosotros,—dijo se presenta la copa primero al más humilde;—así, pues, no extrañeis que yo presente primero la copa á vuestro servidor.

El marqués inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Athaniel llenó la copa con un licor rojo, que podia ser muy bien vino tinto, y que en efecto lo era, y me la presentó.

Yo bebí sin recelo.

Pero no habia acabado aún de beber cuando zumbaron mis oidos, se nublaron mis ojos, sentí

un frío horrible, una opresion insoportable en el corazon, y perdí el conocimiento.

A este punto llegaba Jorge Grimaldos, cuando se oyó un ligero golpe á la puerta de la recámara.

—Id y abrid,—dijo don Pedro Tenorio.

Grimaldos se fué á la puerta y la abrió.

Apareció un paje.

—El señor rey,—dijo,—ha enviado á decir que espera á vuestra señoría.

—Decid á ese, diga á su alteza, que al momento iré al alcázar.

El paje desapareció.

—Idos,—dijo el arzobispo á Grimaldos;—pero volved esta tarde si podeis.

—Puedo volver á la siesta señor.

—Pues á la siesta venid,—dijo el arzobispo.

Grimaldos salió contento porque se veia en muy buen camino de hacer fortuna, aunque para lograrla, le fuese necesario hacer traicion á su amo.

The first part of the paper is devoted to a discussion of the  
 general theory of the subject. It is shown that the theory  
 is based on the assumption that the system is in a state of  
 equilibrium. This assumption is justified by the fact that  
 the system is assumed to be in a state of equilibrium  
 for a long time before the experiment is performed. The  
 second part of the paper is devoted to a discussion of the  
 experimental results. It is shown that the results are in  
 agreement with the theory. The third part of the paper  
 is devoted to a discussion of the conclusions. It is shown  
 that the theory is in agreement with the experimental  
 results. The fourth part of the paper is devoted to a  
 discussion of the future work. It is shown that the  
 theory is in agreement with the experimental results.

---

## CAPITULO V

---

Hasta que punto puede estar metido el demonio en el cuerpo de un arzobispo, aunque éste sea el primado de Toledo.

El rey había pasado muy mala noche.

El recuerdo de doña Sol, había llenado de visiones tentadoras su insomnio.

Apesar de la rectitud de su alma, de la delicadeza de su conciencia, una vez despierto y levantado, no había podido arrojar de sí, aunque lo había pretendido, el recuerdo de doña Sol.

Era la primera embestida del amor lo que sentía, y de una manera tan violenta, que le asustaba.

Después de dos ó tres horas de lucha, aquejado por aquel recuerdo que se le hacía de momento en momento más incitante, más canden-

te, pensó que consagrándose al despacho de ciertos negocios que se tenían con Roma, podía distraerse.

Llamó, pues, al canciller arzobispo de Toledo, con quien debía despachar aquellos negocios.

Don Pedro Tenorio no tardó en presentarse.

En cuanto estuvo en presencia del joven rey, comprendió por lo descompuesto de su semblante, por su extraordinaria palidez, por sus grandes ojeras, que había pasado una muy mala noche, una noche de insomnio.

Y como la noche anterior en la catedral, había observado la manera avarienta, aunque involuntariamente, con que don Enrique había mirado á la hermosísima doña Sol, no teniendo duda acerca de la causa que agravaba el estado siempre valetudinario del rey, dijo para sí:

—Pues, mejor, mucho mejor; está más empeñado de lo que yo creía.

A segunda preguntó por el estado de su salud al rey.

—Ma!, muy mal, mi buen don Pedro,—dijo el rey;—he pasado una muy mala noche, muy mala.

—¡Ah! ¡ah! Yo lo deploro; el día ha empezado hoy para mí muy mal, esta mañana me llamó el marqués de Villena, cuya enfermedad se había agravado, y tanto, que fué necesario que ano-

che, antes de que se acabasen las tinieblas, enviase á buscar á su hija en la catedral.

—¡Á su hija!—exclamó el rey,—pues no sabia yo que el marqués de Villena tuviese una hija.

—Sí, señor, una hija de *ganancia* (1) que ha tenido oculta hasta que ha cumplido los quince años; anoche, á lo que parece, la presentó; anoche estaba en la catedral delante del doncel de vuestra alteza.

Se coloraron con un fuego febril las pálidas mejillas del rey.

—¿Era una jóven que estaba entre dueñas y pajes cerca de los reyes de armas?—preguntó con la voz trémula el rey.

—La misma, señor.

—¿Y cómo es,—dijo el rey,—que antes de presentarla á la vista de todos no la ha presentado como hubiera debido hacerlo á nos y á nuestra esposa?

—El marqués habrá tenido sus motivos para ello, y para hacerla ir á la catedral á colocarse tan cerca del dosel de vuestra alteza.

—¡Ah, don Pedro, don Pedro!—dijo don Enrique,—no podeis dejar de ser punzante cuando hablais de ese buen marqués de Villena, á pesar de que ahora andais muy unidos y en muy buena amistad.

---

(1) Así se llamaba entonces á los hijos bastardos.

—Yo no pretendo ofender al marqués de Villena, en quien vuestra alteza tiene un gran servidor; pero perdone vuestra alteza, antes que mi amistad al marqués, es la lealtad que á vuestra alteza debo.

—Y vuestra lealtad os aconseja...

—Vivir prevenido en lo que á vuestra alteza toca.

—Creis, pues...

—Que se ha puesto delante de vuestra alteza á esa hermosa doncella, tal vez con una intencion que no alcanzo.

—Lo que quiere decir que el marqués de Villena se atreve á pensar...

—Yo no puedo suponer más que buenas y leales intenciones en el marqués de Villena-respecto á vuestra alteza,—dijo de una manera sutil y dejando caer una á una sus palabras el arzobispo.

—Pues si eso es así, el marqués de Villena me ha hecho mucho daño.

El rey tenia sobrada confianza con el arzobispo, y bien á costa suya, le conocia demasiado.

Le creia capaz de todo.

Era uno de los magnates ambiciosos, intrigantes y traidores, á quienes más aborrecia, y que sufría más á duras penas.

Ya le habia tenido preso, y estaba viendo

el día en que se vería obligado á prenderle de nuevo y aun á ser más rigoroso con él.

Ahora bien, Enrique III. hambriento de todo, aun del amor, habia sentido aumentada esta última hambre de una manera incalculable por doña Sol.

Hasta entonces, su alma huérfana, no encontrando amor en su esposa, no habia concretado su hambre de amor en ninguna otra mujer.

Al conocer á doña Sol, al sentir el irresistible encanto de su belleza, el hambre de amor del rey se habia hecho desesperada.

Harto lo habia conocido esto el arzobispo.

Habia conocido tambien que al enviar á aquella su hija bastarda á la catedral á que se colocase tan cerca del rey, el marqués no habia tenido más objeto que tener un arma poderosa para dominar al rey de una manera exclusiva, sobreponiéndose á los otros magnates.

Para que el rey conociese que aquella doncella era de su casa, habia enviado sin duda á buscarla á la catedral á Jorge Grimaldos, su escudero, ostentando el blason de la casa de Villena en su dalmática.

Porque el soberbio marqués de Villena, hacia que sus primeros escuderos, usasen dalmática blasonada, como si hubieran sido reyes de armas ó farautes.

En Castilla, en aquellos tiempos, hombres

como el marqués de Villena no se tenían por ménos que el rey.

Para enamorar al rey por doña Sol, el marqués podia haberla presentado en la córte.

Pero sin duda habia tenido miedo á la reina que era muy celosa, como lo son por regla general todas las feas.

Habia preferido indudablemente, segun la hipótesis harto probable del arzobispo, hacer que el rey reparase en doña Sol, que dominado por su belleza, insistiendo en su contemplacion, viese el escudero que habia ido á buscarla y sobre él la dalmática, con los colores, la divisa y el blason que debian decirle mudamente, pero de una manera clara:

—Esta doncella que de tal manera os enamoró, señor, pertenece á la casa del marqués de Villena, ó por lo ménos con ella tiene conocimiento y aún deudo el marqués. Preguntadle por ella.

Y no se habia engañado el arzobispo de Toledo.

Tal habia sido la suerte de don Enrique de Aragon, que estaba cansado de figurar en segunda línea, en tanto que el arzobispo de Toledo, por sus buenas ó sus malas artes, lo muñia todo y todo lo dominaba.

Don Pedro Tenorio, cogiendo al marqués de Villena en su maniebra, se habia adelantado.

Habia dado de través con los proyectos del marqués.

Habia corrompido á Jorge Grimaldos, y el habia sido el que habia traído el rey á la conversacion acerca de doña Sol, de la que usaba ya, envenenando más y más el alma del enamorado Enrique III.

Enrique III, á pesar de su reserva, habia confiado por fin al arzobispo de Toledo, su amor ó su enamoramiento por doña Sol, haciéndole oír aquellas palabras de que si el marqués de Villana le era leal, y por lealtad le habia dejado ver á doña Sol, comprendiendo cuan hambrienta de amor estaba su alma, le habia hecho con su lealtad mucho daño.

—Amigas han tenido todos los ilustres primogenitores de vuestra alteza,—dijo el arzobispo de Toledo, entrando de lleno en una conversacion indigna no ya de un prelado primado de las Españas, sino que indigna tambien de un hombre honrado.—En las leyes de Partida del rey don Alfonso el Sábio, estan reconocidos los derechos de los hijos bastardos, de las amigas de los reyes y aún de las barraganas, y aún de los hijos de los clérigos; que hay cosas que no pueden evitarse como son los impulsos del corazon, y más vale reconocerle y establecer sobre ellas derechos que emplear contra ellas un rigor que, sin corregirlas, no puede producir más que

desgracias sobre seres inocentes. ¿Eligen las criaturas padres? ¿la culpa de su padre puede ser la culpa suya? ¿por qué desheredarlas é infamarlas? Amigas tuvo el rey legislador, amigas habia tenido su padre, amigas tuvo su hijo, porque cuando el corazon habla, si la razon le manda callar se revela, habla más alto y se obstina hasta la locura. A más, que esto de las amigas es de todo punto disimulable en los reyes y en los clérigos. Cásanse los reyes por razon de Estado con la que 'en vez de ser objeto y causa de su felicidad, objeto y causa es con mucha frecuencia de enfado y de desvío y de tristeza y desesperacion del alma; y por vocacion que tuviese el clérigo cuando se ordenó, ó por ser inesperto, ó por otra circunstancia cualquiera, bien puede luego enfriarse ó perderse, si no es ya que se ordenó como tantas veces se ve por mandato imperativo de sus padres, al que no le fué dado resistir, ó por conservar alguna capellanía ó prebenda, ó por adquirirla. Dios ha querido que el hombre ame, y de tal manera es grande esta necesidad, que el amor viene á ser casi siempre la primera y más importante vida del hombre.

Y así fué extendiendo don Pedro Tenorio ante la razon y el sentimiento del rey, su extraña teoría que venia á ser la sancion del extravío del deber y la absolucion de la falta.

Veía claro el manejo Enrique III, y se irritaba.

Pero infiltrábase en él aquella nociva filosofía del ambicioso prelado, y por más que quería resistir á su influencia, la poderosa impresion que en él habia causado la hermosura, el sér entero de doña Sol, le combatia, le debilitaba, le rendia, y conociendo la torpe maniobra del cortesano y ambicioso arzobispo, con él no podia enojarse, por más que sé enojara en el fondo de su conciencia á causa de que el arzobispo era su esperanza, que sabia bien el rey que el arzobispo haria cuanto le fuese posible por hacerle llegar al logro de sus amores, teniendo por objeto asegurar de una manera definitiva su privanza y su dominio sobre los otros magnates y sobre el reino entero.

Si el amor no fuese una locura, no tendrian disculpa las graves faltas en que por el amor incurren los enamorados.

Con intencion de ocuparse de los asuntos de Roma, para distraer con ellos la perturbación de su alma enamorada, habia llamado el rey á don Pedro Tenorio.

Pero fué el caso que no se habló ni una sola palabra del Papa, ni con mil leguas se tocó á Roma, y que al fin, de una en otra insinuacion, llegó el arzobispo á colocar al rey en una situacion franca, y á recibir de él el encargo de

procurarle un medio de hacercarse á la admirable doña Sol.

El arzobispo se fué contentísimo á su casa, diciendo para sí:

—El rey es mio y mia Castilla; don Enrique de Aragon es un pobre diablo que toda su vida ha estado trabajando para mí, y que por último, y sin quererlo, me ha hecho el mejor servicio que podia hacerme.

Llegó á su casa el arzobispo en el punto preciso de sentarse á la mesa.

Tenia cuotidianamente mesa de estado, abundantísima, succulenta, bien diferente de la del rey, que por la penuria de la casa real, era más de lo que convenia magra y oscura.

A la mesa del arzobispo acudian todos sus partidarios, que eran muchos, y allí no se trataba de otra cosa que de una politica encaminada al medro de cada uno, y que hacia tiras y capirotos del reino en pró de los magnates del bando dominante.

Pero estas comidas, por ricas que fuesen, como eran cuotidianas, no tenian una gran duracion.

Empezaban á las doce, y á las dos, los convidados se retiraban.

A las dos, pues, de aquel mismo dia, el arzobispo se metió en su cámara como para dormir la siesta; pero como sabemos, tenia

cita con Jorge Grimaldos, que no tardó en llegar.

Volvió á encerrarse con él en su recámara el arzobispo, y la conversacion interrumpida cinco horas antes, continuó de esta manera:

---

de la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

Le chapitre consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle est consacré à la littérature de la fin du XVIIIe siècle.

---

## CAPITULO VI

---

En que el escudero concluye la historia de Athaniel, y el arzobispo continua tegiendo su baja intriga palaciega.

—¿Qué noticias me traeis de casa de vuestro amo?—preguntó don Pedro Tenorio al traidor Jorge Grimaldos.

—Su merced ha estado inquieto,—dijo el escudero,—preguntando á cada paso á un paje si no habian ido á buscarle de parte del rey.

—¡Ah, ya!—dijo don Pedro Tenorio;—no me habia engañado, vuestro amo ha querido hacer un anzaelo de su hija bastarda, ó más bien de su hija reconocida como hija bastarda, aunque en secreto, por el señor rey don Juan el I. El marqués, embrollador siempre, no se ha contentado con aquel antiguo gatuperio, sino que aún no cesa, y de nuevos gatuperios va en busca. Y no

sé, no sé porque haya de hacer esto el marqués vuestro señor.

—Mi amo no tolera nada ni nadie delante de sí, ni aún al nivel suyo, y se acuerda de los tiempos en que con don Juan el I, él lo era todo en Castilla.

—Las alianzas robustecen el poder,—dijo suavemente don Pedro Tenorio,—y al entremeteme yo como lo hago en la casa de vuestro amo, tanto lo hago en provecho suyo como en provecho mio. Pero me olvidaba: tomad, señor Jorge Grimaldos, yo tenia preparado para vos este bolsillo, en que hay cincuenta buenos ducados de oro.

—Vuestra señoría me agobia á favores,—dijo el escudero guardando una bolsa bien repleta de oro, que el arzobispo habia arrojado sobre el rico, tapete de terciopelo de la mesa.

—Digoos que os senteis,—añadió el arzobispo,—que esta mañana debisteis fatigaros.

—Yo no me fatigo de la reverencia y del respeto que debo á tan altas y tan poderosas personas como vuestra señoría,—contestó Grimaldos.

—Sentaos, no obstante, para que yo no me fatigue viendoos de pié.

El escudero tomó un escabel de los que habia en la cámara, que él no hubiera osado sentarse en silla de respaldo ante tan gran persona, y se

colocó á una respetuosa distancia del arzobispo, en una posicion en que resaltaba la compos-tura, y con la caperuza en la mano y la espada estendida hácia atrás; en fin, como corres-pondia á una completísima manifestacion de respeto.

—¿Y ella?—le preguntó el arzobispo,—por-que supongo habreis visto hoy á esa noble y her-mosa doncella.

—A la hora del almuerzo, como siempre, se-ñor,—contestó Grimaldos,—y por cierto que doña Sol apenas si ha probado una empanada de anguila que fué la primera vianda que se la sir-vió. En cuanto á las demás, se las llevaron de la mesa como las habian traido.

Doña Sol estaba muy pálida.

Tenia la mirada lánguida, como vuelta á su alma, encariñada en un recuerdo, y aun te-nia unas leves ojeras que la hacian más her-mosa.

—¿Nada os dijo?

—Sí, señor. Acabado el almuerzo se fué al alfeizar de un ajiméz que dá á un pequeño pa-tio; yo comprendí que se habia ido allí para apartarse de su servidumbre; me fui á ella, y me dijo:

»—Yo he visto muchas catedrales y muy mag-níficas, pero no habia visto ninguna que lo fue-se tanto como esta de Búrgos.

»—Es verdad,—la dije,—que la iglesia mayor es una maravilla. ¿Y qué os ha parecido, señora, de la córte?

»—Muy bien,—me contestó, bajando los ojos y poniéndose encendida.

»—¿Y de la reina?

Me miró fijamente con sus grandes ojos negros, y me respondió:

»—La reina es fea y ya vieja, y sobre todo, tiene la punta de la nariz muy colorada.

»—Eso consiste,—la respondí yo,—en que se embriaga con frecuencia (1).

Doña Sol hizo un gesto de repugnancia.

»—Pero el rey,—le dije yo,—es un señor excelente, y parecería hermoso si no fuera por la enfermedad que le aqueja.

»—¿Y qué enfermedad sufre el rey?—me dijo disimulando mal su solicitud.

»—La enfermedad del rey,—la respondí,—es un misterio con el cual no dan los médicos; yo creo que lo que el rey padece es soledad del alma, tristeza del corazón.

Doña Sol bajó los ojos y no respondió:

Pero se agitó.

Su hermoso seno se alzaba y se deprimía de una manera sensible.

---

(1) Doña Catalina de Alencastre tenía el vicio de la embriaguez.

—¿De suerte,—dijo el arzobispo,—que vos creis que la tenemos enamorada?

—De todo punto, señor,—contestó Grimaldos;—puede ser que más enamorada del rey que lo que el rey lo esté de ella; pero doña Sol es altiva, firme de voluntad y resistirá.

—¡Bah!—dijo el arzobispo,—fortaleza sitia da fortaleza ganada, y mucho más cuando de muros adentro se tienen amigos. Necesario será que os vayais entendiendo con esa doña Paloma, lo que no debe seros difícil, puesto que siempre que os encuentra á solas os mira con los ojos adormecidos, como diciendo: «Pasad adelante, amigo mio,» y ya sabeis que pajar viejo donde el diablo entra...

—Tendremos á doña Paloma, señor,—dijo Grimaldos.

—Pues sea esto brevemente,—dijo el arzobispo.

—Tan brevemente, señor,—contestó Grimaldos,—que tengo la seguridad de que mañana traeré á vuestra señoría buenas nuevas.

—Pues no se hable más de esto,—dijo el arzobispo,—que ya se ha hablado lo que basta; vengamos á la prosecucion de vuestro relato, acerca del conocimiento de mi buen amigo el marqués de Villena con aquella gitana Athaniel, madre de doña Sol.

—Decia yo,—empezó Grimaldos continuan-

su historia,—que antes de acabar el vino que me habia dado á beber la hermosa Athaniel, caí sin sentido.

Dijome despues mi amo, que cuando me vió caer de aquella manera lo temió todo, y como se levantase para ganar la puerta de la tienda poniendo malo á su espada, Athaniel le dijo:

»—Sosegaos, señor caballero, y nada temais, que si he dado á ese vuestro escudero el vino aliñado que le ha quitado los sentidos, sepultándole en un profundo sueño del que no volverá hasta que yo quiera, ha sido porque aunque leal sea y de confianza, cosas quiero deciros que solo vos debéis oirlas, y así pues, como es posible que por fuera de esta tienda nos esten escuchando, hablemos quedo y de manera que no puedan oirnos. Mirad que vuestra vida, ó por lo ménos vuestra libertad, están en un gravísimo peligro y que yo no pretenderia salvaros si no hubierais hallado gracia en mis ojos.

El marqués que no habia podido ver sin asombro y sin un encendido principio de amor, la hermosura de Athaniel, cuando vió que de tal manera era cogido por aquella maravillosa hermosura, no supo si alegrarse ó espantarse, porque estando en su poder podia ser muy bien que la buena voluntad y aún la aficion con que ella le acogia, fuese para él una desgracia.

»—Me habeis preguntado,—dijo ella,—de quien es ese arnés y ese paramento de caballo que allí veis, y voy á decíroslo: ese arnés es de un temible aventurero, de Yago el Bermejo, caudillo de los gitanos entre los cuales me habeis encontrado, astrólogo y hechicero y terrible.

Yo no podré deciros que edad tiene, porque desde que tengo uso de razon le he conocido siempre en el mismo estado.

Como en los reinos hay tutores de los reyes durante mi menor edad, Yago el Bermejo es mi tutor; porque habeis de saber que por herencia de mis padres, tengo el imperio ó el ducado de estos gitanos.

Quemaron á mis padres en Francfort.

Habíanse atrevido á meterse en casa del obispo y fueron sorprendidos cuando en el oratorio se apoderaban de los vasos sagrados.

Se les echó de ménos en el aduar, y cuando se les buscó se supo que estaban en la cárcel.

Yo tenia entonces catorce años.

Supe que mis padres iban á ser quemados vivos por sentencia del tribunal del obispo, y al obispo me fuí desolada, ahogada en lágrimas.

»—Tu serás tan ladrona y tan sacrílega como tus padres,—me dijo,—y todo lo que yo puedo hacer es no quemarte con tus padres, vete.

Aterróme de tal manera la amenazaba del obispo, que huí.

Algunos días despues envuelta entre la multitud que llenaba la plaza de Francfort, vi morir á mis padres en la hoguera.

Mi padre soportó el suplicio con un valor horrible.

Pero mi madre chillaba, chillaba, y aún me parece que oigo sus agudos chillidos, que salian de entre las llamas.

Nos alejamos de Francfort aterrados por la persecucion que se nos hacia.

Los ancianos del consejo de la tribu habian elegido á Yago el Bermejo, el más valiente de nuestros guerreros, para que en mi nombre, y con ellos, regentase la tribu y la gobernase.

Entre nosotros la herencia es directa é invariable, de padres á hijos, y á falta de éstos, al pariente más inmediato.

El primogénito, ya sea hombre, ya mujer, es siempre el heredero.

Nosotros venimos de los antiguos reyes de la India.

Cuando hereda una mujer se la considera menor de edad ó sujeta á tutela mientras no se case.

Pero casada que sea, y cualquiera sea su edad, (nosotros nos podemos casar á los nueve años), entra á gobernar con su marido la tribu.

Yago el Bermejo ha pretendido ser mi esposo.

—Pero yo creo que solo por amor puede vivir la mujer unida á un hombre, y yo no amo á Yago el Bermejo.

—Ahora bien, la hechicería es nuestra ciencia, Satanás nuestro Dios.

—Una hechicera desposada con Satanás está considerada entre nosotros como una mujer casada superior á las demás.

—Una hechicera no puede tener más marido que el diablo, como entre vosotros una monja no puede tener más esposo que Jesús.»

—Ya sabeis, señor arzobispo, que por más que mi amo sea dado á las nocivas prácticas de la hechicería, es un buen católico, apostólico, romano, y entonces, que no era hechicero, lo era más aún, de manera que le causaban espanto las cosas malditas que oía decir á la magnífica Athaniel.

—Sathaniel debía llamarse,—dijo el arzobispo;—pero sin duda quitando la primera letra quedóse en Athaniel, y verdaderamente que si tan hermosa era como doña Sol, debía poseer un hechizo satánico.

—Doña Sol es la sombra comparada con su madre.

—¡Ah! no, señor arzobispo; vuestra señoría no ha visto jamás, ni puede ver, una mujer como Athaniel ó Sathaniel, sea lo que vos queráis.

—Ni yo os la puedo describir, porque no hay

palabras, no solo para encarecer, sino para hacer apreciar imaginativamente su hermosura.

Suponed que entre lo que es su hija y lo que ella era hay la misma diferencia que existe entre la luna y el sol.

Yo no os puedo decir más.

Ella perdió á mi amo, perdió á don Juan el I y perdió al reino.

Pero continuemos.

Athaniel decia á mi señor:

«—Yo no podia amar á Yago el Bermejo.

Habia entre él y yo algo que me le hacia repugnante.

Yo era, y soy para los míos una persona sagrada.

No habrá uno solo que se atreva ni aún á poner en mí un irreverente pensamiento, temeroso del tremendo castigo que les haria sufrir Satanás, que todo lo vé, y al que no se puede engañar.

Como que es un dios tan poderoso como el otro Dios vuestro, con el cual está en perpétua lucha.»

Podeis juzgar, señor arzobispo, del horror que se apoderaria de mi amo, que era, y lo es aún, cristiano á macha martillo, al oír estas palabras inspiradas por la soberbia y la blasfemia.

Sin embargo, el irresistible encanto de Athaniel le dominaba.

Ella continuó:

«—Los de la tribu ansiaban, y ansían aún, que termine mi tutela, y como yo no habia encontrado en la tribu esposo que elegir, se me preguntó si mi vocacion era ser hechicera, que era lo mismo que preguntarme si yo tenía vocacion para ser esposa de Satanás.

Respondí que no tenía seguridad de ello.

Que se dejase venir el tiempo y que el tiempo diria.

Entonces se me entregó á las hechiceras de la tribu para que me instruyesen; es decir, que como entre vosotros las que han de ser monjas pasan por un noviciado, nosotras las que hemos de ser hechiceras pasamos por una enseñanza.

Pero los grandes misterios no se nos revelan sino despues de nuestra primera asistencia al aquelarre, donde se nos desposa con Satanás.

—Vanas y nécias supersticiones,—exclamó don Pedro Tenorio, que era un hombre muy avanzado á su tiempo,—risa y lástima causa ver á ese sesudo y grave marqués de Villena velando en su torrecilla, atisbando el paso de las constelaciones, oyendo el canto de las aves agoreras, pretendiendo leer en las rayas de la frente y de las manos el destino de los hombres, haciendo extraños cómputos, dibujando

signos cabalísticos y atormentándose el magin para encontrar la palabra misteriosa, única cosa que me ha dicho que le falta para encontrar la piedra filosofal.

—Pues mirad que yo he visto bajo su mano estremecerse los muertos, señor arzobispo, y venir á su maño las lechuzas y los murciélagos y pasar por el fondo oscuro de su laboratorio sombras espantosas.

—Lo de atraer á las aves y á las alimañas, créolo,—dijo el arzobispo,—pero lo de estremecerse los muertos y aparecer las sombras, musarañas han sido que os han nublado los ojos y os han hecho ver lo que no existia.

—Mire vuestra señoría, que yo le he visto aparecer en propia figura por una evocacion de mi amo el marqués, pálido y lívido, como si vuestra señoría hubiese sido emponzoñado.

—¡Diablo!—exclamó el arzobispo,—¿eso habeis visto, señor Jorge Grimaldos? ¿Emponzoñado, eh? ¿Y esto lo habeis visto por una evocacion de vuestro amo el marqués de Villena?

Y luego añadió para sí:

—Pues guarda, don Enrique, no sea que te equivoques y esa sombra lívida y al parecer emponzoñada lo seas tú. Seguid, seguid, señor Jorge Grimaldos,—añadió en voz alta.

—Pues la hermosísima Athaniel, dijo al marqués:

»—Ni he encontrado hombre á quien amar, ni he deseado el amor.

Ni vocacion he sentido de ser esposa de Satanás, ni espero sentirla.

Amor ahora siento, y amor que me abrasa el alma.

Y ese amor que tan súbitamente se ha encendido en mi pecho es por vos.»

Y dice mi amo que desde aquel punto Athaniel y él en un mismo amor se encontraron unidos, y que de ese amor recíproco y apasionado y delirante sobre todas las locuras, provino la hermosísima doña Sol, que aunque no tan hermosa como su madre, lo es lo bastante para que difícilmente pueda encontrarse ni aun esperarse encontrar una mujer que en hermosura se la iguale.

Y dijo Athaniel á mi señor, sonriéndole enamorada:

»—Amado mio, esposo mio, señor de mi alma, el único medio que tienes para salir libre de entre nosotros, es que llamados nuestros ancianos sepan que tú eres el alto y poderoso señor condestable de Castilla, privado del rey, y que tu voluntad basta, no solo para que no ahorquen á Yago el Bermejo, que por un hurto y sus descuidos ha dado hace quince dias en las manos de la Santa Hermandad, sino para que le suelten.

Así te dejarían ir.

Pero probablemente se quedarán con tu escudero en rehenes.

Porque dirán muy bien, que más ha de importarte el salvar á Yago el Bermejo para que tu escudero no perezca, que dejar perecer á tu escudero porque ahorquen á Yago.»

Conviniéronse en esto Athaniel y mi señor, y los ancianos fueron llamados.

Enterados que fueron de quien mi amo era, y que podia salvar, y lo prometia, á Yago el Bermejo, honraronle en gran manera y le agasajaron, y otro dia al amanecer, habiendo dado á mi amo mi caballo, que ya habia descansado, partió dejándome á mí en rehenes.

Escoltaronle por aquellos lugares solitarios y por la selva hasta dejarle en las riberas del Arlanza, cerca de Búrgos.

Informóse mi señor.

Supo que en efecto habia sido cogido en la iglesia de una aldea un gitano robando los vasos sagrados.

Dió el marqués dinero al cabildo para que perdonase y absolviese á Yago el Bermejo.

Habló al rey, y tanto hizo, que á las veinticuatro horas de haber llegado mi señor á Búrgos sacaban á Yago el Bermejo de la cárcel, y le dejaban libre.

Y más criminal hubiera sido Yago el Bermejo y hubiera acontecido lo mismo, que mi se-

ñor era, como vos lo sabeis, el ojo derecho del señor rey don Juan.

En cuanto á los clérigos, no hay pecado que no remitan ni perdonen si los dineros andan prestos y son muchos.

Durmiendo habíanme tenido á mí durante todo aquel tiempo, y cuando Yago el Bermejo llegó al aduar, cumplida su palabra por mi amo, Athaniel me arrancó de mi letargo mediante ciertos untos en las articulaciones.

Honraronme y agasajáronme los gitanos, contentísimos por la libertad de Yago el Bermejo.

Colgáronme las hechiceras, ó dígase las brujas de la tribu, que eran más de una docena, amuletos y quisicosas, recomendándome las llevase siempre sobre mí para que ningun mal me aconteciese, y me dijeron que si queria me quedase en la fiesta que hacian por la libertad de Yago el Bermejo, y que si preferia partir, cuando quisiese podia partir, que ellos me escoltarian.

Apartóse á un lado conmigo Athaniel, y díjome:

»—Decid á vuestro amo que yo no puedo vivir sin él, porque abrasadas por él tengo las enamoradas entrañas, y apartada de él muriendo vivo; que no puedo apartarme de esta gente sin peligro; pero que sobrevenga él con buen

golpe de gente de armas y me liberte, que yo haré que aquí permanezcamos el tiempo que fuere menester.

Yo la dije, sin saber si la engañaba ó no, y ansioso de mi libertad, que mi señor iría á sacarla de entre aquella gente, y como entre ellas no me encontraba yo muy á placer, perdoné la fiesta, y en aquel punto y hora, partime sobre una mula que los gitanos me prestaron, y escoltándome ellos dejáronme á la orilla del Arlanza, cerca de Búrgos.

En cuanto mi señor me vió, me dijo con ansia.

»—¿Cómo dejas á la reina de los gitanos? Para mí, ¿qué te ha dicho?

Conocí que si Athaniel estaba enamorada, hasta las telas de las entrañas, de mi señor, mi señor la tenia á ella metida en las últimas entretelas del corazon.

Dijele lo que ella me habia dicho, y en el mismo punto el marqués mandó juntar cuatrocientos hombres de á pié, ballesteros, y porque él no podia meterse en una empresa baladí, como era la prision de una horda de gitanos, ó más bien su exterminio, á mí me envió acaudillando la gente.

Partíme yo con los cuatrocientos ballesteros aquella misma tarde, y llegando de noche al sinestro valle donde estaba el aduar, sobre él dí,

acudiendo primero á rodear la tienda de Athaniel para que ningun daño la aconteciese, y metiendo despues á fuego y cuchillo el aduar.

La mayor parte de ellos pasaron del sueño á la muerte.

Huyeron despavoridos los otros, y yo les dejé escapar con sus niños, sus mujeres y sus viejos, que pena me daba tanta matanza.

Escapó con los fugitivos Yago el Bermejo, que aunque valiente hasta la temeridad, conoció bien que no tenia ni aun la sombra de una esperanza de victoria, y que todo lo que conseguiria resistiendo seria perder la vida en la demanda.

Quedóse sola Athaniel, tan tranquila como si nada hubiera acontecido, como si por su amor no hubiesen sido degollados parte de los de su raza y ahuyentados los otros.

Preguntóme con ánsia:

«—Habeis matado á Yago el Bermejo?

Y como yo le dijese que no lo sabia, ella se fué á reconocer uno por uno los cadáveres, y no encontrando á Yago el Bermejo, exclamó:

«—El volverá algun dia y volverá terrible, fuerza es que le persigan y le cojan, y si esto no se consigue, ¿qué importa? Hasta que llegue el dia en que yo le encuentre ante mí de improviso, habré sido feliz.

Al amanecer entrábamos en Búrgos.

Como los gitanos no habian podido llevarse

todas sus bestias, en una de ellas habia cabalgado Athaniel y en otra se habia cargado aquella su larga caja que parecia un ataúd, en el que guardaba todos los trebejos en que ella habia estudiado la hechicería, y el arnés de guerra y el paramento del caballo de Yago el Bermejo.

Ese arnés y ese paramento están en un borriquete en la grande armería de mi señor, que existe en la parte de su palacio que se cree habitada por duendes, y en cuyas habitaciones se oculta con su servidumbre doña Sol.

Tuvo el marqués oculta á Athaniel en aquellas habitaciones, que ya estaban mal afamadas, y que eran temidas de los de la casa hasta el punto de que no entraban en ellas.

Entonces empezaron los grandes desabrimientos y las ágrías querellas entre doña María de Albornoz y mi señor, querellas por las que al fin y á pocos pretextos que mi señor buscó, el Papa concedió el divorcio.

Apesar de su fé cristiana, el marqués seducido por Athaniel, habia empezado á dar en la hechicería, en el estudio de la mágia blanca y de la mágia negra.

Se habia hecho geomante, quiromante y nigromante.

Toda su ciencia, que era mucha, se habia convertido á la hechicería, y hablaba ya de que

él había encontrado el secreto de la inmortalidad.

—Lo que quiere decir,—observó el arzobispo,—que la hermosa Athaniel que creía de buena fé en todas esas cosas, á causa de su educacion, acabó por volver loco á vuestro amo.

—Yo no sé si es locura ó sabiduría la suya,—dijo Jorge Grimaldos;—lo que sé es que he visto cosas bien extrañas y espantosas.

—No creais mucho en las hechicerías de vuestro señor,—dijo el arzobispo,—que si tal creyeseis no os atreveriais á servirme de miedo de que el marqués por sus hechicerías lo supiese.

—Tiene mi señor tal confianza en mí,—replicó Grimaldos,—que antes creeria que el cielo podia unirse con la tierra, que el que yo hiciese la más leve cosa en su deservicio.

Pero tampoco aventajado me tiene su merced y tantos hijos me ha dado Dios y tan sin poder encuentro á mi amo para poder hacer nada, que si algo le ayuda en la córte es la alianza que con vuestra señoría tiene, que en mí ha podido más el amor á mi familia que la lealtad á mi señor.

—A su familia más que á otra cosa alguna está obligado todo hombre que piensa como Dios manda, y no hay cosa á que no pueda ni deba arrojarle, si ella redundare en provecho de sus hijos.

Esta era una filosofía tan basta y tan ancha de mangas como la que aquel mismo día había dejado oír á don Enrique el Doliente el magnífico prelado.

—»Pero aconteció,—dijo Grimaldos continuando en su relato,—que apenas llegada á Burgos y á la casa del marqués Athaniel, su privanza se le echó á perder de tal manera á mi señor por las conspiraciones contra él del duque de Benavente, del duque de Alburquerque y de otros, que mi señor conoció que sino ponía pronto remedio era hombre perdido y tal vez muerto.

No había espera.

La trampa que habían armado sus enemigos al marqués empezaba á hundirse bajo los pies de este, y era necesario salvarse poniéndose de un salto fuera de la trampa, y con dolor de su ánima y gran dolor de sus celos, el marqués cogido de improviso, se vió obligado á usar del único medio que le quedaba y que sus enemigos no conocían.

Este medio era Athaniel.

Si apasionado y ansioso del contentamiento del amor está el señor rey don Enrique, no lo estaba ménos su padre don Juan.

Convidó mi señor á cenar al rey, dejándole entrever la maravilla viviente que había de encontrar en la cena, y magüer estuviese el rey,

aunque lo disimulase, muy prevenido por los enemigos de mi señor contra él, la tentacion de conocer aquel prodigio viviente, vencióle, y fué y cenó, ó más bien tragó el veneno de la hermosura de Athaniel, que por salvar á su amado afrontó el sacrificio de engañar al rey, que amándose creyó y por mujer que á ningun hombre habia amado hasta entonces.

—¡Ah! ¿con qué es decir,—exclamó el arzobispo,—que vuestro señor por sostener su privanza, es capaz de todo, hasta de desgarrarse el corazon?

—Grandes cosas ha hecho mi señor en este mundo por retener el favor del rey, y aún seria capaz de vender su alma al diablo si es que ya no se la ha vendido.

—¿Y como ha de querer el diablo el alma de un inmortal que no puede nunca descender á sus dominios?

—Pero creóme yo,—dijo Jorge Grimaldos,—que si mi amo ha encontrado el filtro de la inmortalidad con el cual ha de mezclarse su cuerpo picado metido en una redoma cuando muera, es porque su filtro se lo ha dado el diablo.

—¿Y como no hizo inmortal tambien á Athaniel? ¿ó tal vez Athaniel vive?

—No vive, ni inmortal pudo hacerla mi amo, que ya verá vuestra señoría como fué el trágico suceso de la muerte de Athaniel.

De resultas de aquella cena en que cenaron solos Athaniel y el rey, que á mi amo á punto que á la mesa iba á sentarse, para un asunto grave le llamaron, cena que yo serví únicamente; de resultas, pues, de aquella cena, digo, apenas volvió el rey al alcázar, que fué al amanecer, escribió sus cartas, por las cuales desterraba á sus señoríos los más lejanos de la córte, sin admitirles réplica ni defensa, al duque de Alburquerque, al conde de Benavente y á otros, y enviaba á sus maestrazgos á los grandes maestros de las órdenes que no supieron por dónde les habia venido aquel chubasco.

El marqués de Villena se apoderó completamente del rey, desempeñó sus rentas, que tenia muy empeñadas, se afirmó en su condestablia y se comió sus celos, engañando al rey y partiendo con él en secreto la posesion de la terrible Athaniel, que al rey tenia hechizado.

Nació doña Sol.

Creyóla el rey hija suya.

Reconocióla en secreto, y entretanto mandó la adoptase y la criase, callando el nombre de sus padres, al marqués de Villena.

Ya me queda muy poco que contar á vuestra señoría.

Habian pasado dos años.

Tanto el marqués, mi señor, como la que podia llamarse mi señora, es decir, Athaniel, se

habían olvidado, como si nunca hubiera vivido, de aquel gitano Yago el Bermejo.

Pero este no se había olvidado ni de Athaniel ni de la traicion que ésta, enamorada del marqués de Villena, le había hecho, llamando sobre la tribu á los hombres del marqués, que la habían exterminado.

Athaniel había perdido todo miramiento y toda consideracion.

Vivia en una gran casa, en un palacio, con una espléndida servidumbre, y todo el mundo sabia que era la amiga del rey.

Sabian tambien muchos, pero esto lo ignoraba el rey completamente, que Athaniel era á la par amiga del marqués de Villena, que le tenia encantado, que le había inficionado con sus hechicerías, haciéndole hechicero.

En fin, ella había sido la causa de las reyertas entre el marqués de Villena y su esposa doña María de Albornoz, y por último, de su separacion.

El rey y la reina además, se llevaban tambien muy mal.

En la córte no se conocia otra reina de hecho que Athaniel, á la que todos los ambiciosos rodeaban ansiosos de acrecentamiento.

Se daba, pues, Athaniel aire de reina, y no salia nunca sino acompañada de doncellas, dueñas, pajes, maestresalías, esclavos, y escoltada

por una fuerte guardia de hombres armados, á su servicio, ricamente engalanados, y que llevaban un blason que se habia hecho dar Athaniel por el rey, esto es, dos alas de oro extendidas como en vuelo que nacia de un corazon y campeaban en un escudo azul.

El emblema era claro.

Era un corazon que se elevaba por dos potentes alas que volaban á causa de un corazon.

Verdad es que Athaniel no habia llevado su desvergüenza hasta el punto de ir al alcázar.

Pero allí donde ella iba, allí estaba la verdadera córte.

Allí se fijaban las miradas y las ambiciones de todos.

En las fiestas que en la córte habia, tales como torneos, justas, toros ó cañas, se veía siempre un estrado que en nada cedia al estrado real.

Y en aquel estrado, resplandeciente de hermosura y rodeada de una servidumbre espléndida, aparecia Athaniel, magníficamente ataviada, llevando sobre sí tesoros en perlas y pedrerías y brocados, que hacian murmurar á los castellanos que veían en la hermosísima gitana hechicera una reina que se tragaba el dinero y el honor de Castilla.

Las gentes que nada tenian que ver con la córte, ni con los oficios públicos, ni andaban en

intrigas, ni en luchas políticas, aborrecían de muerte á Athaniel y la maldecían, y los partidarios de las dos reinas, la esposa del rey y su hermana la reina de Navarra, hablaban de Athaniel horrores y excitaban contra ella la cólera del popular.

El marqués de Villena, entre tanto, crecía y crecía, y lo dominaba todo.

Como que su alma era Athaniel, y Athaniel era el alma del rey.

Se llamaba, pues, al marqués de Villena don Enrique III, y á don Juan el I, Juan el Sándio, Juan el Bobo, y aun había quien lo llamaba Juan Lanás, que tales cosas llegan á permitir los reyes, que dan ocasión á que sus reinos los desprecien.

La soberbia de Athaniel crecía, porque dominando ella al marqués de Villena, y éste por ella al rey, Athaniel venía á ser verdaderamente la reina.

Aun se sospechó en una ocasión en que la reina estuvo enferma, y se temió se le hubiesen dado yerbas, que si la reina moría, el rey se casaría con Athaniel.

Pero la reina no murió, y en albricias de su restablecimiento (el rey había llegado á la hipocresía de hacer rogativas por su salud, cuando sabía todo el mundo se hubiera alegrado de su muerte, si bien nadie se atrevía á suponer la

hubiese emponzoñado), se determinó hubiese una gran justa para el día de San Miguel, á la que podían concurrir todos los caballeros aventureros que quisiesen, y aun conservando el incógnito, solo que habían de jurar que eran caballeros de limpio linaje, sometiéndose, si ganado el premio, al descubrirse á los jueces no probaban su hidalguía, al castigo que les sería impuesto por falsarios y felones.

Era el primer premio y el más estimado, una sobrevesta de brocado carmesí en oro de tres altos, todo bordado de piedras y perlas por la misma mano de la hermosísima Athaniel, y una grande y rica cadena de oro con la patena de la orden de San Miguel, de la cual sería reconocido caballero el que el premio obtuviese.

A más de esto, una rica espada fabricada en Toledo, una espada de rey pendiente de un talabarte, bordado también de pedrería y aljófar.

El segundo premio era una copa de oro de gran valor, y el tercero una yegua blanca, árabe, criada en las dehesas de Córdoba.

Debia haber una reina de la justa elegida por una corte de damas y caballeros, y se hizo de manera que la eleccion recayese en Athaniel, para conseguir lo cual, hubo una espantable maraña de intrigas y una dispensa de monedas enorme que costaron los votos en favor de la gitana.

Pero doña Athaniel fué proclamada reina de la hermosura para presidir la justa.

Al fin empezó ésta á la hora que el sol salia el dia de San Miguel.

Justaron algunos caballeros de Castilla y extraños, con pocas ventajas los unos sobre los otros, sin que ninguno llegase á ganar el premio.

Llevaba la mejor parte un caballero gallego, don Mendo de Lugo, y atlético y forzado, que no habia más que pedir; pero no tan diestro como se hubiera podido desear.

Sin embargo, habia mantenido la fortuna indecisa, y á costo y costa, porque se habia medido con bravos caballeros, y habia mantenido el palenque hasta el medio dia.

Pero no habia vencido aún á los seis caballeros que debia vencer para obtener el primer premio.

Los combates habian sido muy reñidos y habia habido necesidad de dar á don Mendo algun tiempo de descanso entre uno y otro.

Habia mudado cuatro caballos, y cuatro veces habia cambiado de arnés á causa de no haberle quedado en muy buen estado de defensa los otros.

Al medio dia volvió á ocupar su puesto, y las músicas hicieron la señal para que se presentase un nuevo caballero.

Abrióse la poterna por donde en el palenque entraban los conquistadores, y sobre un corcel negro con armadura y paramentos negros y vesta, penacho y gualdrapas rojas, entró un caballero que en el negro escudo llevaba pintada una sierpe ondulada como en el acto de acometer furiosa, de color de sangre y arrojando fuego por la boca.

No parecía sino que el caballero quería decir:

«Yo soy más fiero y más cruel que esta fiera sierpe que en mi escudo veis pintada.»

Después de haber tomado á este caballero juramento los jueces y de haber estos partido el sol, se retiraron.

Athaniel, que había mirado con extrañeza al ginete negro y rojo, levantó su cetro de oro de reina de la fiesta, sonó en un gran alarido de trompería, de añafiles, de atakebiras y de atambores la señal de arremetida, y los dos caballeros partieron.

Pero desdichadamente para don Mendo, que, encontrado de lleno por la lanza del nuevo caballero, falseados escudo y coraza, cayó del caballo, quedando sin movimiento, y cuando á él fueron y le desenlazarón el yelmo, le encontraron muerto.

El vencedor, en medio de los vítores y de las aclamaciones de la multitud, dió un pasea

alrededor del palenque, y se notó con extrañeza que al pasar por delante de Athaniel no hizo señal alguna de acatamiento, sino que más bien pareció que ni aún había reparado en ella, lo cual no dejó de irritar la soberbia de Athaniel, que se puso pálida de cólera.

El vencedor fué á ponerse en el lugar del mantenedor, saludando con gran acatamiento al rey y á la reina, y á la otra reina doña Leonor, y á los infantes, cuando por delante del estrado real pasó.

Lleváronse al misero don Mendo.

Se echó arena sobre la sangre que había arrojado á borbotones por la boca.

Se abrió de nuevo la poterna de los conquistadores, y entró un negro atlético y terrible, armado y vestido á la turquesca.

Era un príncipe abisinio, que todo el mundo había visto en la córte, y que el sultan de Egipto, había enviado formando parte de una embajada.

Todo el mundo sintió conmiseracion por el mantenedor.

No hubo quien dudara ni un momento de que aquel negrazo que montaba un poderoso caballo del Atlas, al que servía de graldrapa una enorme piel de leon, era el destinado á ganar no solo el primer premio, sino todos los premios de la justa.

Su arnés era tan fuerte y tan redoblado, salvo que en vez de yelmo llevaban un gran casco de creston sin visera, que parecia imposible hubiese algun arma ofensiva que pudiese falsearlo.

En cuanto á fuerzas, las de aquel gigante debian ser enormes.

Alegróse Athaniel, porque vió en el príncipe abisinio el castigo inmediato del insolente caballero de la sierpe que por delante de ella habia pasado sin rendirla el más ligero homenaje de respeto.

Se dió la señal de arremetida despues de llenar las formalidades.

Partieron los dos caballeros.

Se encontraron, y se vió con asombro que el caballero de la sierpe á pesar de que habia recibido en medio del escudo la lanzada del formidable príncipe negro, habia permanecido firme en los arzones, sin vacilacion de ninguna especie ni descomposicion alguna.

Ni más ni ménos que si él y su caballo hubiesen sido de bronce animado.

En cambio, la lanza del caballero de la sierpe, resbalando por el terrible escudo del príncipe abisinio, le habia alcanzado al casco y se lo habia quitado, penetrando la cuchilla por entre el casco y el capellar de mallas, rompiendo los lazos que el casco sujetaban y causando

una grave lesion en la mandibula inferior al negro.

El golpe habia sido terrible.

El negro habia vacilado sobre los arzones.

Hubo un momento en que se creyó que el negro habia sido mortalmente herido en la cabeza.

Los entendidos murmuraban mucho más de lo que habian murmurado al ver al negro, por aquello de presentarse jactanciosamente sin llevar defendida la cabeza por un cerrado yelmo de encaje, al mismo tiempo que alababan la habilidad del caballero de la sierpe, que no queriendo se dijese habia tirado á herir á su enemigo en el rostro, que mostraba descubierto, habia hecho que esto sucediese como resultado casual de una lanzada dirigida al escudo y que solo por haber resbalado la cuchilla sobre el templado acero, habia podido alcanzar á la cabeza.

Repúsose bramando de coraje el negro, y aunque los jueces le advirtieron, para prevenir otra mala aventura, se le daría un yelmo de encaje, no quiso consentirlo.

Al sonar el nuevo toque de arremetida, partió como un rayo contra su enemigo, que no con menor violencia habia partido.

Sucedió entonces una cosa maravillosa.

En el momento preciso, de encontrarse, el

caballo del caballero de la sierpe tropezó, afinojó, y la lanza de su ginete que iba recta al escudo del contrario, alcanzó á este por debajo de la coraza, resbalando en las martingalas, y la ancha y poderosa cuchilla penetró en el estómago del negro, que lanzó un rugido, y cayó de espaldas, haciendo retemblar el palenque con su caída.

Fué como si una gran encina, cortada por el pié, hubiese caído al suelo.

Retiraron de allí, ya moribundo, al mísero príncipe abisinio.

Sonó nuevamente la música celebrando el triunfo del vencedor, y este paseó alrededor del palenque, sin dispensar la menor señal de respeto á Athaniel, pero saludando, sí, cumplidamente al rey y á su familia.

Por último, y para no cansaros, señor arzobispo, el caballero de la sierpe, que ya habreis conocido no era otro que Yago el Bermejo, en cuatro carreras más que dió venció matándolos á otros cuatro caballeros, con lo cual habiendo vencido ya á los seis que se exigian para el primer premio, los jueces bajaron al palenque, para cerciorarse por las pruebas que dar debía, si era en efecto, como habia dicho y jurado, caballero, á fin de llevarle al trono de la hermosura, para que la reina de la justa le entregase el premio por su misma mano.

Pero Yago, sin levantarse la visera, contestó:

—Lo que se pedia para ganar el mayor premio de la justa he hecho; pero nó he concluido todavía, porque aún me falta mi mejor lanzada.

Y apenas dichas estas palabras, revolvió rápidamente el caballo, le volvió hácia el estrado donde estaba Athaniel, avanzó, y extendiendo el brazo con la lanza promediada por el asta en la mano, la arrojó contra Athaniel con tal pujanza y tal acierto, que la ancha y larga cuchilla, atravesando el pecho de Athaniel, fué á clavar-se en el fuerte respaldo de la gran silla de roble dorado que servia á Athaniel de trono de la hermosura.

Doblegóse Athaniel.

Quedó vibrando el asta de la lanza por una breve espacio, y todo fué sorpresa, confusion y espanto.

Arrojáronse multitud de caballeros á la liza.

Arremetieron por la poterna los ballesteros del rey, y hasta los mismos jueces del campo y los oficiales de armas, echaron manos á sus espadas para prender á aquel siniestro caballero.

Pero éste, arrojando su escudo, desembarazándose el yelmo y arrojándole tambien, hizo señal de que no pretendia defenderse.

Descabalgó y se entregó á los jueces.

Era tal la ira que en algunos caballeros partidarios de Athaniel habia causado su muerte, que sin que pudiera valerle los jueces, ni los heraldos, ni los farautes, sobre el cayeron á cuchilladas y le mataron.

Yo habia tenido tiempo de reconocer á Yago el Bermejo.

Los demás no supieron explicarse lo que aquello habia sido.

Los muertos no hablan, y Athaniel y Yago el Bermejo habian muerto.

Nadie le conoció á él.

Yo, que hubiera podido decir quién era, lo callé, y lo que habia sucedido se tomó por unos como despecho de un amante celoso, por otros como desagravio de un marido ó pariente ofendido.

Ello fué, en fin, que la cabeza y los miembros de Yago el Bermejo, fueron puestos como los de un asesino sobre los caminos, á las puertas de la ciudad, y que á Athaniel se la hizo un pomposísimo entierro.

Sufrió una enfermedad el rey.

Quedó inconsolable mi señor.

Privado del auxilio de Athaniel, le arrojaron como vuestra señoría sabe muy bien, de su privanza sus enemigos, y se salió despechado del reino, perdida su condestablia, hasta que por la desgraciada muerte del rey don Juan, nombrado

tutor del rey niño, por el rey muerto, fué necesario llamarle por bien de la paz y porque así convenia á todos ménos, á lo que parece, á vuestra señoría.

En fin, mi señor vino.

Se hizo valer y su condestabla le dieron.

Ha sabido tenerse firme cuando el rey, antes de tiempo, y porque así le plugo, se declaró mayor de edad, tomando el gobierno de su reino.

Pero como quiera que vuestra señoría y los de su bando, auxiliados por la reina de Navarra y por la reina madre y por el infante don Fernando, hayan hecho recelar al marqués de Villena que quiere desterrársele de la córte, él, acordándose de lo mucho que le sirvió la influencia de Athaniel sobre el rey don Juan, ha hecho venir de las extrañas tierras por donde andaba á doña Sol de Castilla, que así puede llamársela, si se tiene en cuenta el reconocimiento que de ella hizo, engañado por el marqués de Villena, como hija bastarda suya, el rey don Juan el I.

Para asegurarse del rey don Enrique, sorprendiéndole con la inesperada vista de una doncella tal y tan hermosa y tan altiva como ella, á las tinieblas de la iglesia mayor la envió anoche, noblemente servida y acompañada.

El rey la ha visto, y yo tengo para mí que ya no es menester que el rey se enamore, que

enamorado está, porque cuando yo fui á avisar á á doña Sol que á casa se volviese, al rey miré y ví que de doña Sol no quitaba ojo, y que estaba pálido como un muerto y con la mirada encendida en el fuego del amor.

—Y decidme, señor Jorge Grimaldos,—dijo don Pedro Tenorio,—¿sabe por acaso doña Sol que reconocida está como hija bastarda por el señor rey don Juan el I?

—Ignora ella quienes sus padres han sido, que no ha querido revelárselo el marqués de Villena, y luchando con el misterio la tiene; más yo creo que ella se cree hija á trasmano del marqués de Villena, y como á padre le respeta, si no le ama, porque habeis de saber que nada hace el marqués de Villena para que doña Sol pueda amarle, que siempre la ha mirado hosco y sombrío, y habeis de saber que es esto por lo mucho que se parece á su madre, á quien el marqués mi señor no ha olvidado ni olvidará en todos los dias de su vida, y que por esta semejanza que con su madre tiene doña Sol, aunque su hermosura no alcanza ni con mucho á la que su madre tuvo, el marqués siente por ella un amor maldito que le acongoja y le espanta, porque no pudiendo dudar de que doña Sol es su hija, y no habiendo perdido el temor de Dios, por sus hechicerías, este amor que por doña Sol siente le parece una maldicion de Dios que le hace pe-

lear con una tentacion, rindiéndose á la cual perderia su alma.

Yo creo que más bien por esto, pensando en apoderarse del rey por una mujer, como se apoderó de su padre, el marqués de Villena ha traído á Búrgos á doña Sol, y puéstola delante del rey para que el rey se enamore, y que por lo mismo me envió á mí á la iglesia mayor para que el rey viera por las armas de mi dalmática, de cuya casa era doña Sol.

Pero vuestra señoría se ha anticipado, porque á lo que creo, ya con el rey habrá hablado vuestra señoría de doña Sol antes de que el rey haya podido preguntar al marqués de Villena por la noble doncella que asistió á las tinieblas, y á la cual fué á llevarse de la iglesia mayor á un servidor de la casa de Villena.

—Lo que importa, señor Jorge Grimaldos,—dijo don Pedro Tenorio eludiendo una respuesta á las observaciones del escudero,—es que vos os entendais buena y bastantemente con ese jerifalte que se llama doña Paloma, que á doña Sol guarda; que hagais de manera que á vuestra voluntad y á mis dádivas doña Paloma se rinda, y sepamos cuanto antes ser pudiese si ya que el rey por ella se ha inquietado y enamorado, ella por el rey está enamorada é inquieta.

—Ya está andado eso, señor arzobispo,—dijo Jorge Grimaldos,—que cuando esta mañana me

partí de vuestra señoría, como fuese la hora de servir el almuerzo á doña Sol, metíme en las habitaciones que secretamente ocupa, y hé aquí que, como llamada, se me presentó en un corredor solitario doña Paloma, y me miró echando fuego por los ojos entornados; entorné yo los míos y miréla amoroso.

Se le abrieron los ojos á doña Paloma de un palmo.

Se desgobernó, y á poco si la dá un vahido, ó por lo ménos hizo como que un vahido la daba, y se bamboleó, obligado yo por lo cual recibíla en mis brazos, acariciéla, requebréla, la llamé mi alma, llamóme ella su vida, su contento, y el único blanco de sus congojas y de sus esperanzas.

Amartelámonos de tal manera, que enfado, hastío y horror, pensando en mi buena esposa, á quien amo, me acometieron.

Pero, en fin, haciendo de tripas corazón, tal hice que para doña Paloma no hay más sino que yo la adoro.

Servimos á doña Sol el almuerzo como de costumbre.

Luego almorzamos mano á mano en el mismo aposento de doña Paloma, y á solas; y como yo en una parada de las ternezas la dijese que me habia parecido doña Sol más pálida que de ordinario y grandemente desasosegada, díjome dan-

do un gran suspiro en que se le salieron por lo ménos la mitad de las entrañas:

»—En horas de amor estamos; Cupido se ha metido en nuestra casa con toda su encantada cohorte de amorcillos; que si yo he llegado al venturoso momento de que ya, señor de mi alma, hayais comprendido cuánto os amo, (y esto ha sido desde el punto y hora en que os vieron estos mis dichosos ojos), doña Sol en el punto y hora en que anoche vió á su alteza, turbóse y se puso triste y melancólica, y no ha hecho toda la noche más que revolverse en el lecho y suspirar y gemir, á lo que yo la hacia eco, gimiendo y suspirando por vos, y ella me dijo: «¿Qué es lo que así os tiene, acongojada y sin sueño, mi aya?» Y yo la respondí: «Cuidados que si hemos de creer á las apariencias, á los que vos os aquejan, señora, se parecen tanto, que yo diria que son del mismo linaje.

Callóse como sorprendida doña Sol, porque creyó sin duda que yo como ella por el rey me acongojaba, y no queriendo dejarla en este engaño, la dije:

»—Cosas andan en el mundo que al mundo traen de cabeza, que no parecen sino que son cosas del diablo. Y una de estas cosas es el amor, que sin que nosotros le busquemos á traicion nos acomete de improviso, y la voluntad de improviso nos quita y el ser nos trastrueca,

mudándonos de tal manera, que venimos á no conocernos.

»—¿Y amor decís que es esta turbacion y este encanto que en mi siento, que no parece sino que me han quitado el alma y no es mia ni se donde mi alma se haya ido, por más que yo quiera hacer estuviese donde la voluntad tengo puesta?

»—¿Pues que otra cosa que el amor es esto?—la respondí.

Y me dijo con cierto atropello entre cuidadosa, celosa y enojada.

»—¿Y amais vos lo mismo que yo amo?

»—Mas bajo vá mi vuelo, señora,—la respondí,—que no era á mi á quien su alteza miraba, ni tal podia ser estando allí vos y á su vista; y á vos era á quien su alteza con la vista se comía, y mis amores por otro lado andan, aunque desventurados por ser más difíciles; que si el amor por el rey os ha herido, por vos el amor ha herido al rey, y yo, sin ventura, de un imposible enamorada estoy; el que yo amo ni en mi repara, ni da indicio de reparar en mi en toda su vida.

En fin, y para no cansar á vuestra señoría, hablando largamente con mi doña Paloma del infierno; que ya que el marqués mi señor haya ha dado á mi señora doña Sol, y ella se ha enamorado de mí, seria mejor fuese ménos aceda y ménos

vieja y ménos fea; y hablando, hablando, llegue á saber lo que basta para asegurar á vuestra señoría que no hay que hacer mucho para que doña Sol en los brazos del rey caiga y su amiga se haga.

—Tomad en albricias de la buena noticia que me traeis,—dijo el arzobispo quitándose del cinto un rico puñal de oro y dándoselo, despues de lo cual le despidió encargándole recomendase á doña Paloma atizase en el corazon de doña Sol la hoguera de amor que en el alma de doña Sol por el rey ardía, y que hiciese de manera que él pudiese pronto entrar secretamente con el rey hasta donde doña Sol estuviese.

Prometiólo todo Jorge Grimaldos como quien tenia seguridad de cumplirlo, y se fué.

En aquel punto el arzobispo se fué á ver al rey, y á comunicarle que el asunto de sus amores iba mucho mejor de lo que habia podido creerse y esperarse.



A l'égard de la langue, il est à remarquer que l'auteur a écrit en français, mais qu'il a souvent employé des termes techniques de son art, qui ne sont pas toujours expliqués. On trouve cependant quelques définitions dans le préambule de son ouvrage. L'ouvrage est divisé en deux parties principales. La première traite de la théorie de la musique, et la seconde de la pratique. Dans la première partie, l'auteur expose les principes généraux de la musique, et dans la seconde, il donne des règles pour l'écriture et l'exécution. L'ouvrage est écrit avec une clarté et une précision qui le rendent très utile pour les étudiants en musique.

L'auteur a écrit cet ouvrage avec une grande attention et une grande exactitude. Il a consulté les meilleurs auteurs de son art, et il a voulu donner à ses lecteurs une œuvre qui leur soit véritablement profitable. On ne peut que louer son zèle et son amour pour son art. L'ouvrage est écrit dans un style simple et clair, et il est très facile à lire. On peut dire que c'est un ouvrage qui mérite d'être lu par tous ceux qui s'intéressent à la musique.



---

## CAPITULO VII

**De como el mayor de los tiranos es el amor.**

El marqués de Villena se había ido á la hora de costumbre al alcázar, esperando á que el rey le preguntase acerca de doña Sol, ó por lo ménos se insinuase de tal manera, que él pudiese abrirle camino para la impía intriga (bien es verdad que la intriga nunca ha sido pía) que había preparado mirando á su ambicion.

Pero como ya el rey había hecho una confianza, y en buen camino se encontraba por lo que le había hecho esperar el arzobispo, no dijo al marqués de Villena ni una sola palabra acerca de doña Sol, ni nada por lo que el marqués pudiera deducir que ni siquiera la había visto.

Contrarió esto en gran manera al marqués de Villena, á quien urgía ponerse en defensa, por que sus enemigos, celosos del lugar que el podía hacerse con el rey y que fuese tal que en sus manos pusiese sin contradiccion el supremo imperio, le empujaban, y se revolvió á acometer al rey de frente, por medio de doña Sol, presentándola en la córte, para lo cual era necesario que él la reconociese como hija suya bastarda, nacida en una señora, cuyo nombre se callaría á pretexto de guardar su honra.

Pero era el caso que esto no debia ser determinante, y de tal manera que incompletase sus proyectos respecto al rey y á doña Sol.

Porque verdad era lo que Jorge Grimaldos habia dicho del amor maldito que abrasaba al marqués de Villena por doña Sol; amor tan celoso, que le habia movido á tener á doña Sol secuestrada sin que la viese alma viviente que de ella pudiese enamorarse y enamorarla.

Si del rey la habia dejado ver, habia sido con una doblez propia de su astucia y de la frialdad de su alma; que si el rey por doña Sol le hubiera preguntado, él hubiera puesto al rey en presencia de doña Sol haciendo de manera que el rey enloqueciese, contando con hacer para el rey imposibles aquellos amores en el momento oportuno, por la revelacion mentida de que doña Sol era su hermana, valiéndose para probarlo

del reconocimiento que en secreto y á causa de un engaño habia hecho como de hija suya en favor de doña Sol el rey don Juan el I.

Con esto, y enloquecido ya el rey por doña Sol é imposibilitado todo consorcio entre el rey y ella, el marqués de Villena hubiera logrado su objeto, prevaliéndose de la influencia que una hermana adorada hasta la locura y de una tan desesperada manera por el rey, debia ejercer en su ánimo.

No podia darse nada ni más traidor, ni más infame, ni más cruel.

Era lo mismo que sentenciar al rey á un infierno en vida y á doña Sol á una desesperacion horrible.

¿Pero hay algo por infame, por criminal, por monstruoso que sea, que detenga á un ambicioso?

El no haber reparado el rey en doña Sol ó el no haberse enamorado de ella al verla, segun creia el marqués á causa del silencio de don Enrique, le contrariaba cuanto podia contrariarle, destruyendo su primer propósito y haciéndole tomar otro camino.

Pero el camino que habia pensado tomar no le satisfacía, no podia satisfacerle.

Presentando en la córte á doña Sol en la que era verdaderamente su posicion, es decir, como hija bastarda suya y de una señora cuyo nom-

bre debía callarse; dada la situación que el marqués de Villena ocupaba respecto al rey, no podía éste impedir, sobreviniendo, como era de esperar, una pasión mortal (el marqués de Villena sabía por doña Paloma que doña Sol se había enamorado del rey), que esta pasión se lograse, y los criminales celos del marqués no consentían, ni aun á cambio de su privanza, que nadie poseyese aquella beldad que él no podía poseer.

Se encontraba, pues, el marqués entre dos pasiones terribles: la ambición á todo trance, y el amor imposible, celoso y desesperado, que por aquella su desventurada hija sentía.

No embargante lo de cristiano, creyente, católico, apostólico, romano, el hechicero marqués de Villena era un materialista excéptico, un alma corrompida que protestaba de todo lo que se oponía á los brutales instintos de la materia, y apelaba, para disculpar la perversión de sus sentimientos, á las que él llamaba consecuencias inevitables de las fatales leyes de la naturaleza.

Pero por otra parte, sus creencias religiosas le contenían, haciéndole ver el infierno abierto para él, si á los irritados consejos de su pasión se entregaba.

Este era un dualismo extraño que existía, sin embargo, en el marqués de Villena, y ha exis-

tido y existirá con frecuencia en el corazón humano, combatido continuamente por imcomprensibles antítesis.

En resúmen, la vacilacion en que se encontraba el marqués de Villena, debía dilatar la accion de su intriga para apoderarse completamente del ánimo del rey por medio de doña Sol, recurso á que apelaba desesperado, y en tanto, el nunca bien como se debe alabado don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, favorecido por el acaso, ganaba tiempo á la sordina y preparaba en la sombra el puñal que debia herir, políticamente hablando, al marqués de Villena, poniéndole fuera de combate.

Supo el rey que era amado.

Hizo cuanto le era dable, recurriendo al sofisma y á la argucia, aquel buen prelado, para que el rey no encontrase enorme y ofensivo á su dignidad y contrario á su deber, el entregarse á los amores de una manceba.

¿Por qué habia de encontrar el rey mal lo que no habian encontrado mal sus esclarecidos progenitores?

¿Ni cómo las leyes habian de haber dado derechos á las mancebas y á las barraganas y á los hijos bastardos, si no habia habido buenas razones para ello?

Así y todo, y por más que el rey oyendo á los impulsos de su alma y de su sangre, hubie-

ra querido persuadirse con los falsos y amañados razonamientos de don Pedro Tenorio, puede decirse que no fué verdaderamente desgraciado, ni verdaderamente hambriento, hasta que conoció á doña Sol.

Decíale la rectitud de sus sentimientos que doña Sol tenia honra y que él la tenia tambien, y que sin herir su propia honra no hiere nunca un hombre la honra de una mujer.

Decíanle sus creencias y su honor que él habia jurado fidelidad á la reina su esposa, y no podia comprender que un cristiano y un caballero pudiesen dar, sin ofender gravemente á Dios y á su honor, en el miserable pecado del perjurio.

Pero como la naturaleza es ciega, absoluta, incontrastable, el rey se sentia atraido por doña Sol con una fuerza irresistible; y cuanto más luchaba por arrojar de sí aquella pasion que consideraba funesta, más la pasion se apoderaba de él y con más irrisistible empeño.

Acontecia además al rey, que veia de claro en claro la torpe, la vergonzosa conducta de aquel prelado ambicioso y artero, y se sentia impotente contra él.

No podia de una parte castigarle con penas corporales, porque el derecho de castigar á los prelados era privativo del Papa, y si alguna vez los reyes los castigaban, no era sin apresurarse

á satisfacer al Papa y pedirle su aprobacion, alegando buenas razones, ó sin incurrir en el enojo y las censuras de Roma.

Como poder secular y político, como imperante, en una palabra, podia muy bien el rey haber alejado de los negocios al arzobispo y relegádole á su diócesis; pero las circunstancias políticas en que el gobierno de Castilla se encontraba, no dejaban al rey libertad alguna.

No podian calcularse las consecuencias de lo que podria sobrevenir, no ya por un castigo impuesto á don Pedro Tenorio, sino por un leve desabrimiento que se le hubiera dejado sentir.

Conociase impotente el rey, y como tenia el carácter enérgico, su impotencia le irritaba.

Y mucho más los incalculables esfuerzos que le eran necesarios para que no se rebelase su irritacion hiriendo su dignidad.

El veia á dónde iba el arzobispo, ya lo hemos dicho.

Pretendia corromperle, viciarle, arrojarle en los desórdenes, y todo para enervarle, para dominarle.

Sí, verdaderamente era un rey hambriento el pobre Enrique III el Doliente.

Por otra parte, tal era la intensidad del amor

que doña Sol le habia inspirado, tal la fuerza de voluptuosidad que para él tenia, tal la sensualidad que su misma dolencia determinaba en el rey, que su rectitud vacilaba, que su conciencia se oscurecia, que la tentacion ganaba campo y amenazaba con alcanzar la victoria.

Llegó al fin un momento en que el rey, apoyándose en un casuismo, se dijo:

—Yo puedo amarla como si fuera mi hermana, como otra alma mia, sin faltar ni á su honor ni al mio, sin incurrir en la cólera de Dios y en la censura de los hombres.

Y entonces fué cuando teniéndolo ya todo preparado don Pedro Tenorio, y mientras duraban las vacilaciones del marqués de Villena, el rey consintió en ir secretamente por sorpresa, como un ladrón, á ver á doña Sol á la misma casa de su antiguo tutor, y de uno de sus privados del momento.

Pero la conciencia batallaba aún en el alma del rey.

Por eso al llegar don Enrique, ya dentro del palacio del marqués de Villena, á la puerta de una galería tras la cual debia encontrar el rey la que de tal manera le apasionaba, apareció en sus ojos una doble mirada, en que aparecian á un tiempo un amor impaciente y una cólera mal reprimida.

El amor buscaba á doña Sol.

La cólera á don Pedro Tenorio.

Para explicar aquella mirada, y al par para poner en los antecedentes necesarios á nuestros lectores, han servido los precedentes capítulos.

---



## CAPITULO VIII

En que el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena se engañan, creyendo cada cual haber encontrado, aunque por distinto modo, la piedra filosofal.

Abrió doña Paloma la bella y delicada puerta de alerce, y entraron en un retrete solitario iluminado por una lámpara pendiente de la cúpula.

La voz que cantaba acompañada del laud, y que no era otra que la de doña Sol, cesó.

Sin duda se había apercibido de las pisadas de los que se aproximaban, á pesar de que el pavimento estaba ya en aquella estancia cubierto por una bella alfombra granadina.

—Esperad, si os place, aquí un momento, mis señores,—dijo doña Paloma.

Y abrió una mampara de tafilete verde es-

tampado en oro, que cerraba un bellissimo arco delicadamente labrado.

Doña Sol estaba junto á una gran chimenea, pálida, agitada, vestida con una ancha túnica de seda, lana y plata, y con una toca bordada muy sencilla que embellecía su gentil cabeza, y habia algo de vaporoso, de fantástico, de sobrenatural en doña Sol, que la impaciencia amorosa trasfiguraba.

Las doncellas estaban á su alrededor sentadas en cogines, y silenciosas.

Doña Paloma las alejó.

—¡Están ahí!—exclamó con ansiedad doña Sol.

—Sí, ahí están, señora mia,—contestó la complaciente aya.—Y por cierto que se han quedado esperando con impaciencia.

Doña Sol vacilaba.

Se revelaba en ella la influencia de la pasión, no tal vez de una pasión consumada llegada al límite en que vence á la razón y pervierte el sentimiento, sino una pasión que empieza de una manera poderosa y grave.

Entre el rey y doña Sol existía esa relación suprema que determina en las criaturas una modificación de su vida, de su ser; una nueva existencia; la simpatía que conduce al amor de una manera rápida, que es el principio, ó mejor dicho, la incubación del amor, la concepción del

alma amor, que hace de un hombre y de una mujer un solo sér por ante la faz principal y más determinante de la vida; que atrae, que acumula, que refunde á dos séres, que es la razon de la prosecucion de la especie, que determina la familia, el sostenimiento social, la humanidad.

Esto es el amor considerado en una de sus múltiples, de sus infinitas manifestaciones.

La concepcion de este alma amor, se habia efectuado en los espíritus, en el ser del rey y de doña Sol.

Las consecuencias eran inevitables, la atraccion irresistible.

Pero aún no habia llegado el período de la pasion, de la anulacion de la voluntad, en cada uno de aquellos dos séres por la influencia del otro.

\* Existia aún la razon que pesa, que avalora las consecuencias, que conoce los peligros, y que tiende á evitarlos luchando con la pasion que se desborda.

Ya hemos visto que el rey estaba en lucha consigo mismo.

En la misma lucha se encontraba empeñada doña Sol.

Las mismas razones que el rey tenia para resistir á la pasion que se habia apoderado de él, las tenia doña Sol.

Entrambos eran buenos, nobles, dignos.

La paridad de sentimiento era la razon de la extraordinaria fuerza simpática que los atraia mutuamente.

Pero ¡ay del pobre sér humano cuando la passion del amor se apodera de él!

Los encantos del amor son de tal manera dulces, de tal manera inefables, que se necesita toda la fuerza del mártir para que la oposicion de la razon se sobreponga á las múltiples, á las candentes, á las supremas fruiciones del amor que la tentacion embellece, exajera, sublima.

Aquel amor tenia contra sí la dignidad, la conveniencia, las dificultades irresolubles.

El sentimiento del rey era bastante delicado para que no fuese para él dolorosísima la posesion del amor, por el deshonor que aquel amor debia causar en la mujer amada.

Para doña Sol era terrible ocupar un lugar reprobado ante el mundo, amargar su amor con la hiel del desprecio público, oir decir por todas partes:

—Por ahí va la manceba del rey; se ha vendido; no le ama, mentira; la ha deslumbrado la corona.

El mundo es injusto, malévolo, voraz.

No acepta jamás la disculpa.

Lo juzga todo de una manera severísima y

establece esas crueles intransigencias que luego van á pesar sobre cada individuo.

Cuando la humanidad sentencia como jurado, no parece sino que cada uno de sus individuos se cree exento de las faltas que como colectividad anatematiza.

Pero cuando cae en el castigo, que como jurado ha impuesto á la falta, protesta.

Su protesta es inútil.

La colectividad ha sentenciado, y el individuo puesto ante la colectividad como culpable, no tiene ni aún el recurso de apelación.

He aquí por que habiéndose conocido tarde, muy tarde, doña Sol y el rey, resistían á la influencia de su amor.

Si el rey hubiera sido libre, todavía habia el medio de un enlace morganático si se quiere, pero de casos de matrimonio morganáticos está llena la historia de la Edad Media.

Habia algo que igualaba al rey con el súbdito, ó como se decia entonces: con el vasallo, la nobleza.

El rey, considerado desde el punto de vista de la nobleza, no era más que el jefe, el caudillo de los nobles.

Por ante la órden de la caballería, un rey no podia ser más caballero que otro.

Por consecuencia, de una dama se podia ha-

cer una reina, como de un caballero un rey.

Y no ha sido solo con damas como doña Teresa de Entenza y doña Juana de Castro y otras con las que los reyes se han unido en la Edad Media: los vemos unidos con moras y aun con judías.

— Por lo tanto, á ser libre al rey cuando conoció á doña Sol, y atendida la simplicidad de su melancólico carácter, por esposa la hubiera tomado, no importándole la bastardía, porque la bastardía no amenguaba la nobleza.

— Qué, ¿no era él descendiente de aquella doña Leonor de Guzman amiga de Alonso el XI, madre de Enrique II, su abuelo?

— ¿No tenia él tambien, por rey que fuese, la sangre bastarda?

— ¿No venia de una simple dama, y de una dama deshonrada por su amancebamiento?

— Lo repetimos, Enrique III, á tener libertad para ello, hubiera sentido con alegría aquel amor que hubiera sido para él una felicidad tan grande, como grande era su desventura, porque no podia llegar al logro de aquel amor de una manera digna.

— Se estaba en el momento del peligro.

— Ni él habia sabido resistir al alma de su alma, ni ella habia tenido valor para negarse á recibirle.

— Y estaba allí en la habitación exterior.

No era ya tiempo.

La entrevista debia realizarse.

—Haced entrar á su señoría,—dijo con la voz trémula doña Sol, pero permaneced á mi lado.

Doña Paloma volvió á donde esperaba el rey entre impaciente é irresoluto.

—Pasad, señor,—le dijo.

El rey entró temblando.

Doña Sol estaba de pié, estremecida tambien, al lado de la chimenea.

A poca distancia de la puerta, el rey se detuvo.

Doña Sol que habia avanzado un tanto, se detuvo tambien.

Durante algunos segundos, ni el uno ni el otro pronunciaron una sola palabra.

Se contemplaban de una manera extraña, tímida, y á la par ansiosa.

Se comprendia que ambos apreciaban de una igual manera la situacion.

La mujer tiene una mayor actividad de espíritu, una mayor fuerza de voluntad, una mayor resolucion en las circunstancias difíciles que el hombre.

Doña Sol, de improviso, se arrodilló y pretendió tomar las manos al rey para besárselas, como hacia un vasallo ante el rey.

Pero don Enrique no lo consintió, y alzó á doña Sol.

En este tiempo doña Paloma, á pesar de la prevencion de su señora, se habia esquivado y habia ido á hacer compañía á don Pedro Tenorio.

¿Y por qué no?

El arzobispo de Toledo estaba entonces al nivel de la dueña.

Partia con ella una de las consecuencias de su oficio.

Era como ella, un medio de los placeres de su señoría el rey, lo cual le importaba muy poco.

El fin justifica los medios.

Se puede ser muy bien reptil en la sombra para aparecer león ó águila á la luz.

Si la política se detuviera en miramientos, repulgos y melindres, seria un oficio de simples, de estúpidos.

Para llegar á una posicion superior á la de todos, es necesario pasar por todo género de posiciones.

Y cuando estas posiciones son anejas á la índole de un negocio, no son lo que parecen.

Son, lo repetimos, medios que se justifican cuando llevan á altos fines.

¿Por qué si se trata de ser rey no prestarse á las debilidades, á los antojos y aun á los vicios de los reyes?

Complacerlos en esto no es servirlos.

Es atacarlos.

Es desprestigiarlos, enervarlos, perderlos, destruirlos.

Y ante la razon fria, desaparece lo repugnante para convertirse en un elemento necesario.

De la misma manera el anatómico trabaja sobre un cadáver en descomposicion, ya para arrancar secretos á la Naturaleza, ya para esclarecer el juicio de la justicia.

Lo que para los otros es un hedor insoportable, no lo es para él, porque analiza aquel hedor y encuentra más ó menos amoniaco, en combinacion con estos ú otros elementos químicos.

Un político tiene mucho de esto.

Lo que para otros es una podre insoportable, para ellos no lo es, sino un conjunto de elementos que constituyen la química política.

Se puede ser, pues, tercero, calumniador, falsario y hasta asesino, sin que por esto se pierda nada de la respetabilidad, ni haya motivo para sonrojarse.

Se manejan y se combinan elementos para llegar á su resultado.

Esto es todo.

Así, pues, haciendo oficio de dueña el astuto y político arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, estaba en su lugar.

Era aquella una situacion determinada por una operacion necesaria.

Doña Paloma y él no dejaban de ser por eso, ella un personaje ó una personilla impura, él una gran persona.

Al levantar don Enrique á doña Sol quedó tan cerca de ella, que pudo apreciar cuánto valía su hermosura, cuánto el alma que conmovía su celestial semblante.

Enrique III no tenía otra belleza que la de su expresion inteligente, embellecida por su profunda y poética melancolía.

Pero para una criatura espiritual como doña Sol, aquella era una belleza suprema que se trasfiguraba para ella por el encanto del amor y la hacia irresistible.

Esta sensacion inefable que aspiraba doña Sol, trasfiguraba su belleza, inflamaba su mirada, la arrebatava á una especie de éxtasis, á pesar de los esfuerzos de su razon, y el rey se sentia morir bajo la impresion de tanta belleza.

Afortunadamente, aquel amor, en su primer período aún, tenía todos los encantos de la poesía, del sueño.

Se satisfacía consigo mismo, se alimentaba consigo mismo.

La materia se estremecía.

Pero bajo la influencia del espíritu.

No podia darse una felicidad mayor.

Para que sobreviniese otra era necesario que

sobreviniese un nuevo movimiento del amor, una trasformacion de la pasion, una evolucion del espíritu unido á la materia, que pasase del sueño á la realidad.

El rey habia asido las manos de doña Sol con sus manos trémulas.

Trémulas estaban tambien las manos de la jóven.

Por aquellas manos abrasadas, estremecidas, el fluido del uno pasaba al otro.

Se determinaba un efecto magnético.

Entrambos estaban trasportados.

Aquella situacion deliciosa, inmensa, solo duró algunos segundos.

La razon se rehizo en ambos.

Doña Sol sacó sus manos de entre las del rey, y el rey no procuró retenerlas.

Retrocedió doña Sol, y fué á sentarse en el sillón que ocupaba antes de la llegada del rey, junto á la chimenea.

Y no era que doña Sol, considerando en aquella situacion al rey como á un simple caballero, hubiese tomado la posicion de dama, no; era que no podia tenerse de pié.

El rey se quitó la caperuza de grana y oro que llevaba puesta.

Pobre gala que con algunas otras conservaba, porque la casa real andaba como Dios queria, y que se habia puesto con un juboncillo de

brocado y un gaban de púrpura forrado de martas cibelinas, unas calzas de seda y unos borcuguís marroquíes, limosnera bordada y espada de córte.

Todo esto, con una mediana cadena de caballero, con la patena de la órden de San Miguel, era lo que se habia puesto para parecer mejor al encanto de sus ojos, á la sed de su alma, al hambre de su corazon.

Pero la túnica, y la toca, y el hilo de perlas que á la garganta tenia doña Sol, en medio de su sencillez, valian dos veces el atavío del rey, que para ir á verla habia sacado, como suele decirse, el fondo del arca.

Don Enrique no estaba para pensar en esto. Pero á estarlo, se hubiera sentido allí pequeño y ménos rey que aquel marqués hechicero, de corazon ácre y emponzoñado, que en el misterio de su palacio tenia una tal y tan preciada doncella en medio de un lujo inexplicable; porque tapicerías, mármoles, espejos de acero, y aún de Venecia, ensambladuras, muebles, todo era de una labor maravillosa, de un valor exorbitante.

El oro y la plata aparecian con profusion.

Todo lo que tenia en su alcázar real de Búrgos el pobre rey don Enrique, no valia uno solo de los candelabros de plata y oro cincelados admirablemente, que se veian sobre las mesas,

uno solo de aquellos admirables tapices de Flandes.

Pero lo repetimos, el rey no estaba en situacion apropiada para ocuparse de detalles.

El no veia más que á doña Sol, ni sentia más que el influjo de la extraordinaria belleza de la jóven idealizada, sublimada por el amor.

El rey tomó por sí mismo uno de los ricos escabeles que en la cámara habia, y le colocó junto á doña Sol, y se sentó.

Duró algun tiempo todavía el encogimiento de ambos amantes.

El la miraba estático, con insistencia.

Ella ruborosa y agitada, fijaba los ojos en el suelo.

Pero como obligada por la poderosa mirada del rey los alzaba, y sin ser poderosa á contener su alma que por los ojos se la salia saturando más y más de su irresistible fluido al rey, que cada vez que doña Sol le miraba más y más veia los cielos abiertos en aquella mirada que le decia sin poder evitarlo: yo te amo, yo enloquezco por tí, por tí desfallezco; tuya soy.

Y todavía la virtud del rey y la virtud que en medio de una tan elocuente y poderosa confesion de amor, lucia en los purísimos ojos de doña Sol, eran como un muro de diamante colocado entre los dos.

Necesario era hablar.

Aquella escena muda habia durado ya algunos minutos.

El rey balbuceó algunas palabras que doña Sol no pudo comprender.

De una manera tan tímida habian sido pronunciadas, que no habian pasado de ser sonidos inarticulados.

El rey tenia veintisiete años.

Doña Sol diez y seis.

Eran por arte el amor, vida hermosa de la juventud, dos niños.

—En verdad, señora, que yo no sé lo que me sucede,—dijo al fin el rey.

Ella sonrió anegando en nuevas delicias con su sonrisa al rey, y le dijo:

—No sé yo tampoco mucho mejor que vos, por vos mismo, lo que en mi sucede; pero esto me parece un sueño.

—Si,—sueño debe ser esto,—dijo el rey.

Y entrambos volvieron á callarse.

No sabian que decirse, por mejor decir, temian expresar lo que sentian, y sin embargo, se lo decian superabundantemente con los ojos y con la perturbacion que les dominaba.

Entablar de nuevo la conversacion, si conversacion podia llamarse la que habian hablado, era difícil.

Ocurriásele al rey decir lo que por ella habia sentido desde el momento que la habia vis-

to, lo que habia sufrido y anhelado no viéndola.

— Pero no se atrevia.

— Se le figuraba que hablando de amor á una señora á la que no podia ser su esposa, la faltaba al respeto.

— Ella tenia necesidad de oir la palabra amor en los lábios del rey.

— Pero se asustaba á la sola idea de que el rey la pronunciase, porque no sabia lo que debia contestar, que respondiéndole á su dignidad, no ofendiese al rey.

— Eran dos seres puros que se habian atraído, que el arzobispo don Pedro Tenorio habia juntado para que se corrompiesen, y que por temperamento, por manera de sér, resistian poderosamente á la corrupcion.

— El rey era muy impresionable, muy enérgico, aunque la irresolucion que precedia á todos sus actos de energía le hacia aparecer generalmente débil.

— Al fin el rey se decidió á despejar la situacion.

— Habia apelado á todos sus recursos, á toda su fuerza de voluntad, á su alto sentimiento de dignidad.

— Habia medido la situacion, se habia avanzado á todas las conveniencias y se habia decidido al sacrificio.

Una vez tomada esta resolución, el rey se sintió fuerte.

Desapareció su expresión tímida, dejó de estremecerse y dijo con el acento firme, con una entonación serena, pero triste y melancólica:

—No bastaban mis desgracias, que eran ya grandes, mi salud quebrantada, mi autoridad quebrantada también, el dolor de ver mis reinos mal regidos, sin que yo sea poderoso á remediar sus males; no bastaba la soledad de mi alma; era necesario que yo os viese, señora, que yo os conociese, Dios perdone á los que tal han hecho.

—Verdaderamente, señor, — contestó doña Sol, aceptando para sí la situación en que se había colocado el rey con una gran dignidad, con una gran fuerza de espíritu, — que si para vos es una desgracia el haberme conocido, no es para mí una menor desgracia el conoceros; y tanto más cuanto que os encuentro tan noble, tan honrado, tan digno y tan fuerte como yo os había supuesto. Sí, sí; yo se cuanto me amais, como vos sabeis cuanto yo os amo. Yo comprendo tan bien como vos el móvil de los que han hecho que nos conozcamos, y nos han aproximado el uno al otro. Pues bien, señor, nosotros podemos cambiar nuestra desgracia en una felicidad que yo tengo para mí han gozado pocas criaturas. ¿Qué falta á nuestro amor? yo no lo

sé, yo estoy satisfecha, yo viéndoos noble, enamorado, tengo cuanto mi alma necesita para ser feliz.

—Por Dios, señora,—exclamó sonriendo de felicidad el rey,—que vos pensais como yo; pero dejadme os diga que comprendo mi felicidad ante la hermosura de vuestro cuerpo y la hermosura de vuestra alma, que á vuestro semblante sale. Yo no sé si podria sentir mi alma un deleite mayor y más divino, si ante mí tuviera un ángel de Dios. Pero ¿cómo podeis sentir otro tanto por mí, señora, por mí, viejo en la juventud, por mi enfermedad, por mí....

—Deteneos señor, y no me dejéis ver vuestro recelo de que yo no os ame de la misma manera que vos me amais, que eso seria para mí un tormento insoportable. ¿Por qué no he de deciros lo que siento? ¿Qué me lo impide? Lleváronme anoche á la iglesia mayor, guardado me tenia mi servidumbre un lugar cerca de vuestro dosel. Yo tenia curiosidad por conoceros.

Vos erais el rey. Os miré, me mirasteis y ¡ah señor! yo no sé deciros lo que pasó por mí, no; yo no puedo explicaros, no encuentro palabra para ello; pero ví que lo que yo sentia por vos, vos lo sentiais por mí; me lo dijo vuestra primera mirada, vuestros ojos continuaron diciéndome. ¡Ah! yo no tengo necesidad de explicaros lo que siento por vos, por que es lo mismo que

lo que vos sentis por mí. Sí, lo veía entonces y lo veo ahora. Mi alma penetra en la vuestra, y la ve, la siente; la vuestra penetra en la mía, la siente, la ve. ¿Qué más señor? y cuando así se ama, ¿como no encontrar un ángel de Dios en vuestro amor?

El rey sintió un vértigo, vértigo que sintió de igual manera doña Sol.

Aquellas dos criaturas se atraieron.

El fenómeno magnético se realizó poderoso, irresistible.

Sus labios se unieron.

El arzobispo de Toledo murmuró:

—¡Al diablo! la fuerza de voluntad desaparece cuando la voluntad se anula. Mío es el rey, ella se me mostrará inaccesible en tanto que la dure la primera fascinación del amor, después, cuando sobrevenga la calma, ah, entonces ella comprenderá que es mucho mejor ser reina que manceba. Doña Catalina de Alencastre se embriaga cada día de una manera más grave; una embriaguez puede producir la muerte. ¡Oh, sí! el rey viudo, ella probando ya que ese primer encanto del amor es un sueño que pasa, que hay algo más positivo, la ambición. ¡Ah, sí! el rey es mío.

Pero don Pedro Tenorio se engañaba por el momento.

Nuestros lectores habrán supuesto que aquel

digno señor acechaba con los ojos y con el oído á los amantes por el pequeño claro de la mampara entreabierta.

Pero no era así.

Estaba allí doña Paloma, y don Pedro Tenorio no se había atrevido á representar delante de ella su papel de una manera ya tan decidida.

Estaba sentado en un alto sillón cerca de la mampara.

Había oído el rumor de las voces de los dos amantes, y por su entonación había seguido el movimiento ascendente de la pasión que los dominaba.

Había, por último, oído aquel beso fatal, aquel beso irremediable, y esto le había bastado para declararse á sí mismo el buen resultado de su intriga; esto es, su victoria.

Pero aconteció que produjo un tal resultado aquel beso de fuego en los dos apasionados jóvenes, que se reaccionaron.

Se separaron.

— Se quedaron mirando el uno al otro, pálidos, demudados.

— ¡Ah! — dijo el rey, — yo soy hombre muerto; este amor me mata. Yo no creía que el amor pudiese ser una felicidad tan terrible; yo no os amaría si no os dijese: — Es necesario que nos separemos, que no nos volvamos á ver; la pasión vence nuestra razón; nuestra virtud desfallece;

yo no quiero vuestra deshonra; deshonrada vos yo me sentiria deshonrado, porque vos sois mi alma.

—Yo no puedo vivir sin veros,—exclamó doña Sol.—Si pasa un dia, y otro, y otro, y yo no os veo, señor, cuando querais saber de mí os darán una muy triste noticia, una noticia mortal; y como yo sé, como yo conozco, como yo siento, que vos sabeis, sentis, conoceis lo mismo que yo, que vuestra alma y la mia son un alma sola, vos morireis apartado de mí, señor, como yo apartada de vos moriré. Mirad, no luchemos con lo imposible; no nos opongamos á lo que Dios ha querido que sea, puesto que es; veámonos; nada temais. Mirad, sentaos junto á mí; voy á deciros lo que no me habia atrevido á deciros. Venid, señor, venid.

Y doña Sol tendió su hermosa mano al rey, al mismo tiempo que con la otra aproximaba el escabel, y casi obligó al rey á sentarse á sus piés.

—Pueden oirnos, señor,—dijo doña Sol,—que esta gente, tan alta como ante el mundo aparece, tan baja y miserable es en sus acciones que el mundo no vé. Oid: A mí se me ha elegido como un medio para perderos, para dominaros, para robaros vuestra autoridad.

—¿Creeis que yo lo ignoraba?—exclamó el rey.

—Oid, oid: yo no os lo he dicho todo; hay algo entre nosotros que nos une, que impide que nos separemos, que nos impulsa: se ha contado con nuestra mútua desgracia para ambiciones infames. ¿Sabeis, señor? Yo no sentia ser hija de ganancia, hija á trasmano, hija bastarda del marqués de Villena.

Esto me importaba muy poco.

La criatura es aquello á que se la acostumbra.

Crióme el marqués en el real monasterio de las Huelgas de Búrgos.

Sacóme hace de allí algunos años y me llevó á extrañas tierras, acompañándome, porque le habia desterrado por diferencias que habia tenido con él, el rey vuestro padre.

Llevóme á las córtes de los reinos de Europa.

Me presentó en todas partes como hija suya reconocida, aunque bastarda.

De mi madre nada me dijo nunca, aunque yo insistiese en mis preguntas acerca de ella.

Era un misterio impenetrable.

Hace dos años llegué yo á ser en cuerpo lo que soy ahora.

Ni más ni ménos.

Llovieron sobre mí enamorados.

Pretendiéronme grandes magnates.

Casado hubiérame el marqués.

Pero yo no amaba, y el marqués por otra parte, no tenía grandes deseos de casarme.

Decía que siempre había tiempo para esto, y que yo podría casar á mi gusto como y cuando quisiese.

Poco tiempo despues, empecé yo á reparar en que el marqués me miraba, no como antes, sino de una manera más interesada.

Al fin, no tuve duda de que el marqués se había enamorado de mí, no como está enamorado un padre de su hija, enamoramiento purísimo que nada tiene que ver con los sentidos, sino de una manera impura y repugnante.

Esto me causó horror.

Me sentí desgraciada hasta un límite horrible.

Sola en el mundo, siempre con un espantoso peligro al lado.

Y por más que quise, no pude evitar saliese á mi semblante, á mi mirada, lo que en mi alma sentía: mi horror.

El marqués me había rodeado de damas galantes que tanto abundan en la córte de Francia, damas muy nobles, pero muy livianas, que no se cuidan de encubrir su desvergüenza.

Esto aumentaba mi horror, porque yo continuaba creyendo mi padre al marqués.

Un dia, al fin, el marqués desesperado, me dijo:

»—Yo no soy tu padre.

—¡Ah!—exclamó el rey,—¿no sois vos hija del marqués de Villena?

—Fuerza es creerlo, señor, por más que el marqués de Villena ninguna prueba me haya presentado. Pero, ¿cómo suponer que un padre llegue al horror de una impura pasión por su hija? ¡Ah! No, y además mi corazón que no se engaña, me ha dicho: No, el marqués de Villena no es tu padre: ¿ni cómo un padre había además de proponerme le ayudase, como recientemente lo ha hecho, á seduciros, á engañaros, á dominaros, señor? ¡Ah! no, eso no puede creerse, y lo repito, el corazón me dice cada vez con más insistencia, con más seguridad: No, no es tu padre.

Yo no supe que contestar al marqués de Villena cuando me dijo:

»—Esta noche irás á la iglesia mayor, te colocarás cerca del rey; el rey no ha amado nunca, no ha podido amar á su esposa, está hambriento de amor, todos cuantos te han conocido por tí de amor se han abrasado; tú eres una tentación irresistible, tú has heredado la poderosa magia de tu madre.

Pero no porque me dijese esto aclaró el misterio que para mí rodea á mi madre, ó más bien, á mis padres.

»—Sola, —añadió,—el mejor empleo que

puedes hacer de tu belleza es el de procurarte por ella ser reina de hecho. No te importe la cuestion de honra, el respeto de todo el mundo rodea á los amigos de los reyes, tienen el poder, y á ese poder todos se humillan; el rey te codiciará, domina al rey, y si le encuentras feo y repugnante, no te importe, que sin hacer el sacrificio de vencer tu repugnancia le dominarás, irritándole, exasperándole, enloqueciéndote, representando para él un amor terrible, pero inferior á tu pureza, á tu dignidad.

—¡Ah el infame!—exclamó el rey,—tan infame como ese otro miserable arzobispo. ¡Y que yo no pueda tomarles la cabeza! que yo no pueda libertar á mi reino de ese cáncer que le roe el corazon, de los traidores, de los ambiciosos, de los inícuos, de los protervos condenados por Dios. ¡Ah! No, no puedo, nadie me serviria, nadie me ayudaria; yo no soy el rey, yo soy una cosa vana puesta en un trono inútil ante el cual esos verdaderos reyes doblan irrisoriamente la rodilla. Si yo pretendiera tomar la cabeza de uno de ellos se unirian todos, olvidarian sus ódios, se reunirian para matarme y poner en mi lugar á un rey niño, y luego seguirian devorándose los unos á los otros y devorando á la par al reino. Pero ¡ah! mis nobles, mis poderosos señores,—añadió el rey como si hubiera estado solo hablando consigo mismo con la voz concentrada

y opaca,—guarda que un día el rey no se vuelva á vosotros y siendo juez y verdugo á un tiempo os hiera con su propia espada en las traídas cabezas. ¡Oh, alma de mi alma, amor mio!—añadió dirigiéndose á doña Sol, y asiéndola las manos,—yo sufro, yo agonizo, yo muero, y muero de hambre por todo lo que necesitan para vivir el alma y el cuerpo.

—Pues mirad, señor,—lijo doña Sol,—saciad vuestra hambre de amor, saciémosla entrambos, amémonos, veámonos todas las noches, permanezca yo oculta y nuestros amores secretos mientras conspiremos.

—¡Conspirar!—exclamó el rey.  
—Sí, sí, señor, se me ha buscado contra vos; tenedme vuestra; yo los engañaré, sí, sí señor, yo los engañaré, yo los alentaré, pero ayudadme y que un día podáis herirlos en la cabeza, ahora, señor, me atrevo á suplicaros que os vayais; estoy verdaderamente enferma, mi cabeza arde, el corazón me duele, necesito recojerme en mí misma, reposar; y oid: haced creer al arzobispo que vuestros amores conmigo se han logrado, que soy vuestra amiga, vuestra manceba, que estoy deshonrada. Basta con que Dios, y nosotros sepamos que esto no es cierto.

—Pero la honra, señora,—exclamó el rey,—está en la estimación que de nosotros se tiene.

—¿Y qué me importa á mí del mundo, se-

ñor? Diga lo que quiera el mundo: Dios, vos, mi conciencia, esto es lo que me importa; he conocido bastante el mundo en extrañas tierras para que á pesar de mis pocos años ese mundo malvado no me inspire otra cosa que desprecio. Id, id, señor, y hasta mañana á la noche, yo os espero.

Y acercándose al rey le presentó la megilla.

El rey la besó como hubiera besado á una hermana.

Después salió sonriente de felicidad.

En verdad en aquellos momentos era feliz.

Don Pedro Tenorio se afirmó en su engaño; doña Paloma los llevó otra vez silenciosamente por el mismo camino.

Abrió el postigo y salieron.

Entretanto, don Enrique de Aragon, el hechicero marqués de Villena, velaba allá en lo alto de su torrecilla tirando de la cuerda de un fuelle para mantener el fuego de un hornillo en el cual habia un crisol.

Esperaba haber llegado aquella noche al descubrimiento del secreto de hacer oro.

Entretanto para hacer oro, excluyéndole á él, don Pedro Tenorio se habia valido tambien de otro procedimiento en que realmente habia tambien otro fuelle y otro hornillo y no poco de magia.

Allá arriba el marqués de Villena creia haber descubierto la piedra filosofal, y poseedor de la piedra filosofal, se creia tambien el arzobispo de Toledo acompañando al alcázar en el que debia entrar por un postigo, al rey.

## CAPITULO XX



—Alia arriba el marqués de Villena está ha-  
ber descubierto la piedra filosofal, y pasador  
de la piedra filosofal, se cree también el arzo-  
bispo de Toledo acaparrando al alcazar en el  
que debía entrar por un pasadizo, al rey.

## CAPITULO XI

**De cómo diez y seis años pueden ser más experimentados y más astutos que cincuenta.**

Pero estaba de Dios que la pobre doña Sol no reposase aquella noche, no porque la desvelasen sus amores, aquellos tristes amores que tan difíciles eran para ella; sino porque el arzobispo de Toledo que sabia bien que la actividad es una de las mayores necesidades de las conspiraciones, apenas hubo dejado en el alcázar al rey, cuando á buen paso se volvió á la casa del marqués de Villena y llamó al mismo postigo. Habia prevenido á doña Paloma que le esperase y ella le habia esperado.

El rey, fiel á la promesa que habia hecho á doña Sol de engañar al arzobispo, y por interés propio, habia engañado al arzobispo haciéndole

la confianza de que era tan feliz como podia serlo por los amores de doña Sol.

Amás de esto, y esto no le habia costado en verdad trabajo alguno, se habia mostrado loco de amor por ella.

Debemos abvertir que doña Sol habia supuesto que despues de irse el rey sobrevendria el señor arzobispo de Toledo.

A pesar de sus pocos años tenia un gran caudal de experiencia que debia al contacto en que la habia puesto con la corrompida córte de Francia y con la sana idea de corromperla, el marqués de Villena.

Así es que doña Sol no habia pensado ni aún en recojerse, y que cuando volvió doña Paloma despues de soltar al rey y al arzobispo, la encontró sentada junto á la chimenea, tranquila, aún contenta, y ni aun siquiera pensó en recojerse.

Para engañar bien al arzobispo de Toledo, era necesario engañar á doña Paloma, su intermediaria, ó la conjuracion del amor y del derecho contra el interés, la traicion y la injusticia no seria bien conducida.

Así es que en cuanto entró doña Poloma, doña Sol la dijo:

—¡Ay, amiga!—que no sabeis cuan en gran manera es el agradecimiento que os tengo! ¡que ventura la mia! ¡Que amor el mio!

—¡Y qué fortuna señor!—contestó doña Paloma.—Contaos ya como si fuérais reina de Castilla.

—¡Oh! ¡si!—dijo doña Sol;—¡salir de entre estas cuatro horribles paredes! ¡dominarlo todo, ser la reina!

—¡Y quien sabe, quien sabe!—dijo doña Paloma;—la reina es fea, la reina es borracha, y aun, aun hay quien añade que liviana; de modo que si por una borrachera se la lleva el diablo...

Los malvados se parecen en las ideas.

Así es que vemos que doña Paloma pensaba lo mismo que habia pensado don Pedro Tenorio.

Además, doña Paloma habia interpretado aquel beso irremediable, cuyo estallido habia escuchado, como lo habia interpretado el arzobispo de Toledo.

—¡Ah!—dijo doña Sol,—no quisiera yo deber á un crimen la completa felicidad de mi amor.

—Pero si eso aconteciera sin que vos tomarais parte en ello,—dijo doña Paloma,—no estaria demás.

—Es cierto,—dijo doña Sol,—nada tendria que remorderme la conciencia.

—Dejadlos, dejadlos allá á ellos señora, que en buenas manos está el pandero; y sin que el

rey ni vos hagais lo que sea necesario, ni aun tengais noticias de ello, no faltará quien lo haga. A propósito: antes de que s<sup>a</sup> señoría se apartara de vos el señor arzobispo me ha encargado os diga que él estimaria mucho hablar con vos esta misma noche. Yo me he atrevido á decirle que le esperariais, y de seguro volverá cuando haya dejado al rey en el alcázar.

—Pues id á esperarle, mi aya, pero decidme, ¿teneis la seguridad de que el marqués de Villena está allá entretenido con sus crisoles y con sus redomas? ¿No nos espondremos á que con tantas idas y venidas sienta algo?

—Cuando el marqués mi señor está encerrado con el diablo, á nadie más que al diablo siente y oye, y ya será bien de día cuando su merced baje de sus alturas. Voy, voy á esperar al señor arzobispo.

Y doña Paloma se fué.

— Cuando llegó don Pedro Tenorio, doña Sol le asombró y aun le puso en cuidado.

La jóven habia comprendido perfectamente la situacion en que se encontraba.

Se trataba de conspirar por el rey, con el rey, y doña Sol tenia para Enrique III la mayor, la más incondicional de las lealtades, la lealtad del amor.

Se trataba de armar una trampa donde cayesen todos aquellos ilustres y soberbios traido-

res, de procurar al rey una situacion en que pudiera sobreponerse á todos ellos y ser al fin rey.

Para esto era necesario engañarlos.

La experiencia que habia adquirido doña Sol por la educacion que, con la intencion que ya conocemos, la habia dado el marqués de Villena, la servia al fin para algo trascendental.

El arzobispo don Pedro Tenorio no conocia, como ya sabemos, más que por lo que de ella le habia dicho Jorge Grimaldos, á doña Sol.

Habia concebido una alta idea de su hermosura.

La creia inocente, aunque propensa á la vanidad, á la ambicion y á la intriga, como todas las mujeres.

El arzobispo se habia dicho:

—Yo la halagaré, yo la excitaré, yo la haré una mujer útil para mí, contando con la impresion que ha causado en el rey; la aleccionaré, la haré á mis mañas, tendré, en fin, en ella un instrumento inapreciable que me servirá para dominar sin competidores al rey, para ser el señor omnipotente y absoluto de Castilla.

Pero se encontró con una hermosura superior á todo lo que él habia imaginado, y cuya influencia se hizo sentir en él de una manera poderosa, hasta el punto de que sintió rabia y celos, por la creencia en que estaba de que ya el rey era el amante afortunado de doña Sol.

Se encontró, por otra parte, con una jóven de fácil trato, perfectamente educada, de palabra breve y sentenciosa, dotada de experiencia, conocedora al parecer de la situación en que se encontraba, y dispuesta á sacar de ella todo el partido que la fuese posible.

El arzobispo, que iba á seducir, se encontró seducido, y se sintió rechazado antes de acometer.

Doña Sol, á lo que parecía, estaba muy lejos de necesitar ser instruida.

Por el contrario, aparecía como un jóven personaje ya versado en las intrigas cortesanas, con el cual había que tener cuidado, y por otra parte, la facilidad con que parecía aceptar su situación de manceba del rey, asombrando al arzobispo le hizo concebir la idea, no muy favorable á doña Sol, contenida en estas palabras que se dijo á sí mismo el arzobispo:

—¡Ah, mi buena hija! no es este el primer gato que tú has desollado.

Nuestros lectores saben que todavía doña Sol no había desollado gato alguno, y comprenderán perfectamente cuanto talento, cuanta maestría para la ficción y cuanto amor por el rey eran necesarios en doña Sol para aparecer, siendo pura, liviana, y despreciadora de todo lo que atañe al decoro de una mujer.

Esto convenia.

Esto era necesario.

El diamante se labra con el diamante, el acero con el acero.

Para combatir á un miserable es necesario colocarse en su terreno y aparecer á sus ojos tan miserable como él.

Doña Sol tuvo la habilidad de hacer creer al arzobispo que como hombre, como amor, el rey le importaba muy poco; que para ella, ser favorita del rey no significaba más que una alta posición, el ejercicio de una suprema influencia.

Y aun llegó á dejar oír al arzobispo delicados y punzantes epigramas, tanto acerca del rey, como acerca del marqués de Villena.

—¡Ah! Y cuan bien se conoce,—dijo don Pedro Tenorio,—que habeis estado mucho tiempo allá por la córte de Francia. Sois admirable, señora, y tan admirable, que bien quisiera yo no valierais tanto, que á fé á fé en cuidado por mí mismo me voy poniendo, y me van pareciendo muchos mis cincuenta años.

—Señor arzobispo,—dijo doña Sol que aparecía indolentemente reclinada en un sillón, envolviendo á don Pedro Tenorio en una mirada serena, pero dulce, candente y tentadora,—la edad no hace al caso; yo he mirado siempre más al espíritu que á la materia. Pero entendámonos,—añadió irguiéndose al ver que don Pedro hacia un movimiento hácia ella;—por más que para mí el espíritu lo es todo y la materia nada,

ó muy poca cosa, esto no quiere decir que yo acepte vuestro espíritu. No le conozco aún, dad tiempo al tiempo, señor mio, y seamos buenos amigos y aliados. Creedme, eso es lo mejor; la embriaguez del amor debe huirse; perturba la razon y nos hace torpes. Dejemos que por el amor se ciegue aquel cuya ceguedad nos importa, y sobre todo quitemos las complicaciones. Además de esto, es necesario rectifiqueis vuestro juicio acerca de mí. ¿Sabeis acaso, por qué he favorecido yo al rey? ¿Creeis que porque he recibido al rey á solas de noche en mi cámara, porque os he recibido á vos, en otras situaciones habré recibido á otros? ¡Bah! No penseis en eso; confesad que os habeis engañado; yo he decidido mi situacion. Me he defendido de altas solicitudes, porque no convenian á mis propósitos, y cuando al fin he aceptado á un hombre porque á mis propósitos convenia, he determinado mi suerte. No sé si llegaré á lo que me propongo, pero sí sé que nunca daré ocasion á que se me desprecie, á que se me confunda con el vulgo de las mujeres.

El arzobispo se habia puesto pálido.

—¿Quién creéis, señora,—dijo,—que es aquí el rey?

—Todos ménos el rey,—contestó doña Sol,—vos sois uno de los reyes; pero uno de ellos, reparadlo bien; teneis que contar con Benavente,

con Alburquerque, con Villena, con los grandes maéstrs, con la reina doña Leonor de Navarra, y con las adherencias de que no pueden desprenderse esas señoras, y esos señores; sois una parte de rey, convenido, y como vos quereis ser el rey único, he aquí por qué habeis puesto á mi alcance al rey para ponerlo luego al alcance mio, como si dijéramos, habeis pensado lo siguiente: Yo la hago reina, ella domina al rey, despues la domino yo á ella; de modo, que por este camino curvo llego á ser el poder supremo, el rey único. No habeis pensado mal, señor arzobispo. El rey es mio, completamente mio; me ha bastado hacerle ver una mirada de pasion, y ese pobre rey ha temblado, ha palidecido, se ha hecho mi esclavo; él se arrojaría por mí á un horno ardiendo si yo se lo pidiese. El primer paso de nuestro intento está dado, y en firme, gracias á la fortuna que ha hecho que en una primera visita el rey se enamore de mí hasta la locura. Ahora bien, señor arzobispo, si vos quereis ser rey; yo quiero ser reina; por mí teneis al rey; con la autoridad real en vuestras manos, que yo os entregaré, ó mejor dicho, os procuraré, podreis sobreponeros á todo; pero, señor don Pedro Tenorio, como el poder que tendreis me lo debereis á mí, yo os lo quitaré cuando no me convengais. Seremos los dos rey y reina; vos en vuestro lugar, yo en el mio.

—¿Y por qué no verdaderamente, señora, en el doble sentido de la situación? ¿Por qué no reina de hecho y de derecho respecto al rey? ¿Por qué no reina de hecho respecto á mí?

Doña Sol se estremeció.

Vió asomar el crimen.

—Os prevengo,—dijo al arzobispo,—que yo no transijo con situaciones tan graves como la que habeis indicado; yo no puedo ser reina de hecho y de derecho sin el fallecimiento de la reina. Dejad, dejad á doña Catalina de Alescastre vivir para embriagarse; su muerte seria inútil, y habia de matarla Dios y yo no me uniria al rey, no seria su esposa porque no querria que hubiese nadie que dijese: Esa mujer ha matado á la reina para ser reina, que lo dirian. Digan en buen hora. Es amiga del rey. Me importa poco, pero no conviene de ninguna manera, señor arzobispo, aparecer ante un reino entero, ante el mundo con la mancha de un crimen. Consentir en esto seria cometer una torpeza. No pensemos pues en ello. En lo de ser yo respeto á vos, rey conmigo, de todò punto reina, ya os he dicho que yo no puedo pertenecer más que á un hombre.

—¿De manera que señora,—dijo don Pedro Tenorio,—yo habré de resignarme á la desesperacion de no teneros mia!

—¡Bah, señor arzobispo! —exclamó sonriendo

doña Sol,—¿y aún podeis desesperaros por una mujer? ¿aún podeis amar?

—Reconozco á mi despecho, viéndoos, contemplándoos, adorándoos, que aún tengo el corazón jóven.

—En verdad que jóven y muy jóven asoma á vuestros ojos, señor don Pedro Tenorio,—dijo de una manera maligna doña Sol,—y que esto me pone en cuidado.

—Mirad que yo puedo tomar esto como una esperanza.

—Sea cualquiera la esperanza que concibais,—dijo doña Sol,—yo no puedo arrebatársela, porque, ¿quién arrebatara su esperanza á un desesperado, si es que vos lo estais, cuando su esperanza es su vida?

—Vos afirmais más mi esperanza señora.

—Es achaque de desesperados,—dijo doña Sol,—ver de color de rosa todo lo que halaga á su deseo; yo sé bien que no puedo convertir en negros esos rosados colores, y para abreviar, señor arzobispo, como solo el tiempo puede hacerlos comprender la verdad, demos tiempo al tiempo. Ahora id meditando lo que habeis de hacer para que se vaya cimentando vuestro poder: estoy cansada de esta reclusion en que me tiene el señor marqués de Villena: quiero vivir al aire libre, gozar de la vida, ser admirada, respetada, no por lo que yo valga, sino por lo que pueda

valer á mis cortesanos. Se me ocurre una idea, señor arzobispo, valgámonos del marqués de Villena.

—Pero en fin, señora, ¿qué es vuestro el marqués de Villena?—dijo el arzobispo,—de esto no hemos hablado una sola palabra.

—Todo lo que os puedo decir,—respondió doña Sol,—es que desde niña estoy en su poder, que como hija suya de ganancia, me ha mantenido y me ha educado, pero que no es mi padre; quienes sean mis padres lo ignoro; el marqués no ha respondido jamás á esta pregunta.

—Y de qué manera pensais que podemos valernos del marqués de Villena, señora?

—El marqués me hizo ir á la iglesia mayor anoche y me puso delante del rey con la sola idea de que el rey reparase en mí; el marqués, que habia encontrado medio para que el rey conociese á que casa pertenecia yo, esperaba á que el rey le preguntase por mí, pero el rey nada le ha preguntado, es necesario que el rey pregunte con encarecimiento al marqués por mí, y para esto que le llame hoy mismo.

—¡Ah, ah! exclamó el arzobispo,—verdaderamente que teneis ingenio, señora.

—Sí,—dijo doña Sol,—las idas y las venidas nocturnas á casa del marqués por medio de la traicion de sus criados, pueden llegar á descubrirse; esto prevendria al marqués, que no es

tan débil que no pudiera causarnos enojos con sus amigos, con los que de él lo esperan todo, que no son pocos. ¿por qué no confiar al marqués de Villena? ¿por qué no hacerle creer que él por medio de mi puede serlo todo? Como mejor se sirve á un enemigo es engañándole.

Miró con acombro el arzobispo á doña Sol.

No podia desconfiar de ella.

No podia creer que se ponía de parte del marqués, porque para ello no hubiera tenido ciertamente necesidad de recurrir á él.

—¿Tanto odiais al marqués de Villena?—le dijo.

—Sí,—contestó doña Sol,—le ódio cuanto puede odiarse á una criatura; él ha sido un tirano; él desde el momento en que entré en mi adolescencia no ha pensado en mí sino con infames intentos; él me tiene recluida, despues de haberme acostumbrado á la vida del mundo; él me mantiene en una dorada esclavitud, en una prision opulenta; yo necesito aire, luz, libertad. Si yo le creyese mi padre, sufriria con resignacion mi destino; mi deber de hija me impediria aborrecerle, pero ni soy su hija ni le debo más que dolores; hé aquí por qué le aborrezco, hé aquí por qué contra él me vuelvo, hé aquí una de las razones por qué he recibido al rey, le he aceptado.

—Pues bien, señora, será como vos lo que—

reis; el rey llamará hoy al marqués de Villena, le pedirá por vos y le ordenará que os dé á luz, que os saque á las cámaras de su casa que todo el mundo conoce, donde todo el mundo entra; que os presente como su hija reconocida, puesto que por tal habeis pasado en las córtes de Europa.

—Yo creo que todo esto es conveniente y hábil,—dijo doña Sol.

—Soy de vuestra misma opinion, señora, y os lo confieso, antes de conoceros os tenia en mucho, despues de haberos conocido, vuestro valor á mis ojos es inapreciable.

—Pero por mucho que sea ese valor que vos me atribuis, favoreciéndome, señor arzobispo, mi valia, mi poder, no llegan hasta el punto de no fatigarme con una larga velada. Perdonad si os digo esto, porque no debeis ver en ello sino que os trato con toda la confianza de una buena amiga.

El arzobispo se levantó.

—Adios, pues, señora,—dijo,—y sabed que con vos se queda toda mi alma.

—No la trataré mal, señor arzobispo, si es que vuestra alma se queda aquí, llevad vos en cambio toda mi estimacion.

El arzobispo besó la alabastrina mano de doña Sol, y salió aturdido, anonadado, casi anulado.

—¡Oh!—exclamó doña Sol,—le salvaré, le haré rey; así pudiera hacerle dichoso, así pudiera ser yo dichosa también.

Y se acostó para no dormir.

The first of these is the fact that the history of the English language is a history of the English people. The language is not a mere tool of communication, but a reflection of the life and thought of the people who speak it. The history of the English language is therefore a history of the English people, and it is in this sense that the history of the English language is a history of the English people.

The second of these is the fact that the history of the English language is a history of the English people. The language is not a mere tool of communication, but a reflection of the life and thought of the people who speak it. The history of the English language is therefore a history of the English people, and it is in this sense that the history of the English language is a history of the English people.

The third of these is the fact that the history of the English language is a history of the English people. The language is not a mere tool of communication, but a reflection of the life and thought of the people who speak it. The history of the English language is therefore a history of the English people, and it is in this sense that the history of the English language is a history of the English people.

The fourth of these is the fact that the history of the English language is a history of the English people. The language is not a mere tool of communication, but a reflection of the life and thought of the people who speak it. The history of the English language is therefore a history of the English people, and it is in this sense that the history of the English language is a history of the English people.

The fifth of these is the fact that the history of the English language is a history of the English people. The language is not a mere tool of communication, but a reflection of the life and thought of the people who speak it. The history of the English language is therefore a history of the English people, and it is in this sense that the history of the English language is a history of the English people.

---

## CAPITULO X

---

De cómo el rey supo representar bien el papel  
que le había tocado en la intriga.

Ya despues del amanecer, cuando los primeros rayos del sol habian pasado á través de las vidrieras de colores del empinado laboratorio del marqués de Villena, éste bajó á su cámara para recogerse al fin y de un humor endiablado.

Habia creido llegado al fin al descubrimiento de la elaboracion del oro, y al retirar el crisol del hornillo, solo habia encontrado escorias.

Se habia engañado.

Habia dado en una aberracion.

Era necesario empezar de nuevo.

Oro, mucho oro.

Este era el pensamiento, la ambicion del marqués.

El oro ha sido, es y será siempre, el rey del mundo.

Acostóse febril, y no durmió, sino que cayó en una especie de modorra de la que le sacaron cuando empezaba verdaderamente á dormirse.

Eran las nueve de la mañana.

Un camarero de la casa real habia llegado con un recado del rey, para que el marqués se presentase inmediatamente en el alcázar.

Despavilóse el marqués de Villena, y se quedó como si hubiera dormido plácidamente muchas horas.

Un cortesano, un ambicioso, dá siempre una gran importancia á un llamamiento del rey.

¿Para qué podria necesitarle su alteza?

¿Debía esperar ó temer?

El marqués se atavió á toda prisa y allá se fue al alcázar.

El rey le recibió en su cámara; el arzobispo que habia pasado por allí, hacia poco tiempo, se habia ido.

El llamamiento del marqués por el rey, reconocia por principio la conversacion tenida en nombre de doña Sol por el arzobispo, entre éste y el rey.

Enrique III recibió de una manera gratisima á su viejo privado, que se alegró hasta el fondo de las entrañas por la favorable acogida de su alteza.

—¿Sabeis que tengo una queja de vos, mi buen don Enrique?—dijo el rey al marqués.

—Esto me desconsuela, señor,—dijo el marqués,—más aún, me desespera el que por desgracia, haya podido impremeditadamente enojar á vuestra alteza.

—Sí, mi buen don Enrique de Aragon,—dijo el rey,—me habeis guardado un secreto que me enoja más de lo que podeis creer.

—¡Secreto! ¿Acerca de qué, señor?

—Ayer no me atreví á hablaros de esto, y era que no queria manifestaros una debilidad mia; temo vuestra severidad.

—Yo no puedo ser severo para con vuestra alteza, señor,—contestó el marqués,—¿qué puede desear vuestra alteza, que para mí no sea una ley?

—¿Que cosa es vuestra marqués, una jóven dama que ví antes de anoche en las tinieblas en la iglesia mayor, y que se llevó, aún no terminadas las tinieblas, uno de vuestros servidores, á juzgar por el blason que llevaba al pecho?

Se sobrecogió el marqués.

Volvió á sus andadas, á sus temores, á sus celos.

Combatido por las diferentes banderías que asaltaban el poder real, excitado y enloquecido por la ambicion, habia pensado, como ya hemos

dicho, en valerse respecto al rey, como de una tentacion, de doña Sol.

Pero no habia pensado en esto sin grandes dudas, sin grandes vacilaciones.

Se habia aburrido el dia anterior al ver que el rey nada acerca de doña Sol le habia preguntado, y cuando el rey le preguntaba al fin por ella, le acometia el arrepentimiento de haber puesto en juego á doña Sol, y no sabia qué contestar á la pregunta del rey, que de una parte le alentaba y le espantaba de la otra.

El ambicioso estaba de enhorabuena, pero no así el enamorado.

Era necesario, sin embargo, responder.

—Esa jóven doncella, señor,—respondió,—es mi hija de ganancia.

—¡Ah! ¡es vuestra hija, marqués!—respondió fingiéndose entristecido y como perturbado el rey;—¿vuestra hija reconocida?

—Sí, señor,—respondió el marqués;—pero reconocida en secreto: por eso vuestra alteza no ha conocido su existencia; hoy que vuestra alteza la conoce, me atrevo á pedir á vuestra alteza para ella la legitimacion.

—Concedida, marqués, concedida,—respondió el rey;—vos, por vos mismo estendereis mi real carta de legitimacion en favor de esa señora, y nos la signaremos de nuestro propio puño y letra y con nuestro gran sello de la puridad

y la haremos confirmar. Esto puede hacerse hoy mismo, y si os pareciere, y quisieréis que vuestra hija entre en la servidumbre de nuestra muy amada esposa la reina, hoy mismo podreis presentarla en la córte.

—¡Oh! yo acepto con todo mi contento, señor, esta nueva merced que vuestra alteza añade á las muchas que ya me ha hecho.

—Y decidme, mi buen don Enrique, ¿cuál ha sido la madre de esa señora?

—Es una desgracia para mí, señor,—contestó el marqués verdaderamente confuso,—no poder responder á lo que vuestra alteza me pregunta. Juramento solemne presté de no revelar jamás el nombre de la madre de doña Sol.

—Guardad, guardad vuestro juramento, marqués,—dijo el rey,—que no quiero yo que quebrándole ofendais á Dios; y extended, extended en mi cabeza esa mi real carta de legitimacion de vuestra hija; que se llame inmediatamente á los que han de confirmarla, y concluyamos este negocio, que no es bien que vuestra hija este apartada y relegada cuando puede ser uno de los más bellos ornamentos de mi córte. Y en verdad, en verdad, que me duele no acompañar mi carta de legitimacion con un presente digno de vuestra hija, que ya conoceis mi pobreza, marqués, y que vá siendo tal que dentro de poco, no ya tributos, sino limosna habremos

de pedir á nuestros reinos para atender á nuestro más necesario sustento.

—Pues en verdad, señor,—dijo tomando ya posicion el marqués,—hay una gran necesidad de poner remedio á todo esto y coto á tanta merced como al rey se ha arrancado y se arranca, que no parece sino que la lealtad se paga á peso, no ya de oro, sino de diamante.

—En grandes aflicciones nes vemos, marqués; sin sueldo nuestros soldados; obligados á sufrir injurias de todas partes; exhaustas las arcas reales, empobrecidos y desangrados estos reinos, la justicia al arbitrio del que más paga, los cohechos soterrando al deber, todo abandonado, todo arruinado, todo perdido. Y á fé, á fé, que si vos nos ayudárais, aún podríamos llegar á algo que nos permitiera llamarnos rey; que en verdad os digo, que una corona tal como la mia no es honra ni imperio, sino esclavitud y vergüenza.

—Consejos he dado á vuestra alteza...

—Que yo no he podido seguir, marqués, porque no tenia poder para ello. Hacedme vos una sombra de poder, y entonces yo os ayudaré.

—¡Oh! vuestra alteza llegará á ser tan grande como el más grande de los reyes,—dijo el marqués de Villena,—y con vuestra licencia, señor, voy á ocuparme de la carta de legiti-

macion con que nos favoreceis á mi hija y á mí.

Y el marqués salió soberbio, creyendo vencidos á sus enemigos, y triste y desesperado por el precio del favor real.



---

## CAPITULO XI

---

### El padre monstruoso.

Volvió el marqués á su casa á la hora del *yantar*, como se decia en aquellos tiempos, ó lo que es lo mismo, á la hora de comer que era la del mediodia.

Jorge Grimaldos recibió la órden de sacar de las pavorosas habitaciones del duende á doña Sol y llevarla al comedor del marqués.

Estaba éste solo sentado á la cabecera de la gran mesa servida con una ostentacion verdaderamente régia.

Otros dias acompañaban en la mesa al marqués gran número de caballeros, los principales de su parcialidad, porque el marqués que era uno de los reyes de hecho en Castilla, mantenía diariamente mesa de estado.

Los cubiertos estaban servidos, pero aún no se había recibido á nadie.

Entreteníanse los comensales del marqués allá en una cámara lejana.

Esperaban el aviso de los maestresalas para pasar al comedor, ó más bien, porque entonces no se conocía este nombre, á la gran cámara donde la comida se servía.

El sol entraba por las altas y rasgadas ventanas, tiñendo sus rayos con los colores de las vidrieras y daba un efecto maravilloso á aquella cámara enriquecida por tapices y por magníficas ornamentaciones.

Los cambiantes, los brillos, los reflejos, daban al conjunto un no se qué de fantástico.

—¿Qué es esto señor! ¿á la luz me sacáis?— exclamó profundamente seria doña Sol.—¿Cuáles son vuestros intentos? Os he suplicado tantas veces me sacaseis de mi lobreguez, sin conseguirlo, que me temo, que á la luz no me saqueis, sino para volverme á la hora á mis tinieblas, á mi soledad.

—Esta, hija mia,—contestó el marqués, que aparecía sombrío y vacilante,—es vuestra primera presentación á la corte.

—¡Mi presentación á la corte!

—Sí, doña Sol; despues de que hayamos *yantado*, vos os ataviareis como conviene, con vuestras más ricas galas, con vuestras más pre-

ciadas alhajas, y yo y mis deudos y nuestros amigos, en carroza de gala, con pajes y escuderos, y alabarderos, al alcázar os llevaremos, y os presentaremos á sus altezas, que os han hecho la merced de elegiros para la servidumbre de su alteza la reina.

—¿Y con qué nombre me presentareis en el alcázar, marqués de Villena?—dijo doña Sol con la voz opaca y mirando de una manera profunda é imponente al marqués.

—Como doña Sol de Aragon,—contestó el marqués balbuciente y estremeciéndose de los pies á la cabeza.

—Sí, cometiendo una falsedad,—dijo doña Sol,—puesto que vos me habeis dicho que no soy vuestra hija.

Se estremeció de una manera más poderosa el marqués, y mirando con ansiedad á doña Sol, la dijo:

—Razones poderosas tuve para llamaros hija bastarda en las córtes extranjerias,—dijo el marqués,—y razones más fuertes tengo hoy para presentaros en la córte como hija mía, no ya como mi hija de ganancia, sino como mi hija legítima.

—¡Vuestra hija legítima,—exclamó creciendo en severidad doña Sol.—Entonces me declarareis hija de vuestra esposa doña María de Albornoz.

—Los reyes de Castilla,—dijo el marqués, cuya perturbacion crecia,—pueden y deben legitimar como si provinieran de legítimo matrimonio los hijos de ganancia de los que bien los han servido, y el rey nuestro señor, atendiendo á los altos servicios que yo he prestado, que mis ascendientes prestaron á él y sus progenitores, me ha otorgado por demanda mia esta su real carta de legitimacion en favor vuestro.

Y entregó á doña Sol un pergamino enrollado, que hasta entonces habia tenido sujeto en su cinturon, de cuyo pergamino, rodado con el gran sello de la puridad, pendia en hilos de seda el sello real en plomo.

Desenvolvió doña Sol el pergamino.

Leyó la carta de legitimacion y vió que estaba confirmada bajo la firma del rey por el arzobispo de Toledo, por Alburquerque, Benavente, Alba de Liste, y como hasta otra docena de ricos hombres y prelados.

—Con Dios os las habreis por esto que habeis hecho,— dijo doña Sol dovolviendo la real carta al marqués,—y que yo acepto porque me favorece. Pero ¿qué negro pensamiento, marqués de Villena os ha inspirado Satanás, para hacer esto?

—Yo agonizo,—exclamó el marqués,—yo estoy desesperado: la duda, el miedo, se han apo-

derado de mí; yo he caído en la tentación, yo he enloquecido al verme acometido por todas partes. Perdóname ¡oh tú! que eres mi vida, porque yo estoy loco.

Era lo más determinante que hasta entonces había dicho el terrible marqués de Villena á su hija.

Primero, y hacia ya mucho tiempo, la había convencido de que no era hija suya, y la había dejado comprender la pasión que por ella le devoraba.

Pero la palabra directa de amor no había salido hasta entonces de sus labios.

Doña Sol sentía crecer su repugnancia hacia el marqués.

¿Cómo podía ella creer que aquel hombre era su padre?

¿Cómo hubiera podido creerlo nunca?

—Sí,—continuó el marqués, á cada momento más confuso, más contrariado, más trémulo;—la rabia y el temor por las asechanzas de mis enemigos, me hicieron caer en la tentación de servirme de vos, de vuestra irresistible hermosura, de vuestros celestiales encantos para influir sobre el rey. Perdonadme; os puse donde el rey os conociese, hice que comprendiese que de mi casa erais; pero el arrepentimiento ha sobrevenido. ¡Ah! no, no; vos para mí sois el alma, la eternidad, la condenación. Yo no podría sufrir vues-

tradeshonra; perezca mi ambicion, véame yo reducido á la suerte más miserable; pero vuestra deshonra, jamás. Casaos en buen hora si de vos se prendare un caballero y de él os prendareis; però amiga del rey nunca. Hé aquí porque he pedido al rey que os legitime; el rey se verá obligado á respetar á la hija del marqués de Villena, y si el amor por vos le ha mordido en el corazon, se verá obligado á sufrirle y no se atreverá á pasar adelante.

—¿Y no ha llegado aún el momento,—dijo doña Sol,—en que puesto que yo consiento en prestarme á estas vuestras malas artes, me creais merecedora de saber el nombre de mis padres?

—No querais saberlo, porque si lo sabeis alguna vez, os habrá acontecido una gran desgracia.

—Afirmadme una vez, juradme por vuestra alma, por Dios ó por Satanás, por lo que para vos sea más respetable ó más temible, que no sois mi padre.

—Os lo juro por Dios,—contestó con una gran energía el marqués,—por su madre la santísima vírgen María, por todos los santos, por Satanás que mi alma lleve si miento, y por mi amor desesperado, que no sois mi hija.

—Pues bien, señor,—dijo doña Sol,—si quereis que yo en algo os estime, que acabe al fin

por amaros, olvidaos de ese amor funesto que por mí sentís y que yo no puedo corresponder, y miradme como vuestra hija.

—Como mi hija os miro desde el punto en que no he podido esperar en la ventura de mi amor. Perdonadme otra vez, os suplico, este amor del alma que yo no he buscado, que á mí ha venido, que me ha enloquecido, y nada temais de mí.

—Y decidme, señor, ¿no habeis pensado en que puede serviros de algo el que yo entre en la córte?—preguntó doña Sol con un acento y una expresion que hacian la intencion de su pregunta incomprendible.

—Podriais servirme y serviros de mucho,—respondió el marqués;—el rey os ama; prevaliéndose de ese amor, sin dar ocasion á que ni el rey ni nadie pueda creeros liviana, podríamos llegar sin la violencia de vuestro corazon, sin menoscabo de vuestra honra, á vencer á nuestros enemigos, que enemigos vuestros son los míos, á servir al rey y á partir con él el gobierno de estos reinos.

—Os ayudaré,—dijo doña Sol.

Y dando la mano al marqués, añadió:

—Yo os perdono todo lo que me habeis hecho sufrir por desesperado: yo creo que persistiendo vos en tratarme como á hija, llegaré á amaros como á padre.

—Ye con ese amor, señora, seré feliz, y tal vez hallaré la salvacion de mi alma.

Y el marqués besó la mano á doña Sol.

—Esperan demasiado mis deudos y mis amigos,—dijo,—todos están impacientes por conoceros y voy á hacerlos llamar. Pero serenad vuestro semblante, apareced tranquila y contenta.

—¡Oh! Para estar contenta despues de lo que me habeis manifestado, no necesito hacerme violencia alguna.

Y sonrió al negro marqués de Villena, para el cual fué un tormento, una desesperacion, la sonrisa de su hija.

El marqués llamó á sus maestresalas, y estos fueron á decir á los comensales del marqués que éste y su hija doña Sol los esperaban.

Entraron hasta cincuenta caballeros, y además algunos prelados, jóvenes muchos, de edad madura los más, ricamente engalanados con todas sus preseas y divisas, con un lujo, en fin, insolente, puesto que asistian á la mesa del marqués de Villena, como hubieran podido asistir á la del rey, que en aquellos momentos comia pobremente y solo en su cámara.

Doña Sol obtuvo un éxito completo, causando muy diversos efectos.

Enamoró á los unos y puso en cuidado á los otros.

¿Para qué presentaba de improviso una tan hermosa hija el marqués en la córte?

Nadie estaba en la intriga, y aquellos recelosos cortesanos veían en doña Sol un poderoso auxiliar, un auxiliar formidable del marqués de Villena.

---

The following is a list of the books in the collection of the New York Public Library, which were purchased by the City of New York in the year 1847. The books are arranged in alphabetical order of the author's name.

The first book in the list is "The History of the United States of America, from the first discovery of the continent to the present time," by John Adams. This book is a comprehensive history of the United States, covering the period from the first European settlement to the present day. It is a classic work of American history, and is highly regarded for its accuracy and detail.

The second book in the list is "The Principles of Natural Philosophy," by Thomas Young. This book is a classic work of physics, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including mechanics, optics, and acoustics.

The third book in the list is "The Elements of Algebra," by Leonhard Euler. This book is a classic work of mathematics, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including arithmetic, algebra, and geometry.

The fourth book in the list is "The Elements of Geometry," by Leonhard Euler. This book is a classic work of mathematics, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including arithmetic, algebra, and geometry.

The fifth book in the list is "The Elements of Trigonometry," by Leonhard Euler. This book is a classic work of mathematics, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including arithmetic, algebra, and geometry.

The sixth book in the list is "The Elements of Arithmetic," by Leonhard Euler. This book is a classic work of mathematics, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including arithmetic, algebra, and geometry.

The seventh book in the list is "The Elements of Logic," by Leonhard Euler. This book is a classic work of philosophy, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including logic, metaphysics, and epistemology.

The eighth book in the list is "The Elements of Metaphysics," by Leonhard Euler. This book is a classic work of philosophy, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including logic, metaphysics, and epistemology.

The ninth book in the list is "The Elements of Epistemology," by Leonhard Euler. This book is a classic work of philosophy, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including logic, metaphysics, and epistemology.

The tenth book in the list is "The Elements of Ethics," by Leonhard Euler. This book is a classic work of philosophy, and is highly regarded for its clarity and simplicity. It covers a wide range of topics, including logic, metaphysics, and epistemology.

---

## CAPITULO XII

---

Hasta qué punto pueden llegar para un rey las miserias de todo género.

Después de la comida, que fué larga y magnífica, y en la que se desplegó un lujo maravilloso, comida durante la cual doña Sol fué galanteada, adulada, servida por todos aquellos prelados y caballeros, se retiró la jóven para ataviarse, en lo que no invirtió ménos de una hora, y fué poco tiempo, atendido lo rico de su atavío.

Eran ya cerca de las cuatro, y como en el invierno los días son muy cortos, cuando llegaron al alcázar caía ya rápidamente la tarde.

Recibieron el rey y la reina en la cámara real, rodeados de la alta servidumbre, al mar-

qués de Villena, á su hija y á los deudos y amigos que los acompañaban.

Y ciertamente era escandaloso ver que cualquiera de aquellas damas, no contando á doña Sol, la riqueza de cuyo atavío era imponderable, estaba mejor ataviada que la reina, y cualquiera de aquellos caballeros mejor puesto que el rey.

Esto podia pasar por simplicidad real, por descuido de grandeza; pero reconocia por causa la última y más punzante de las miserias, la miseria real, que era de tal manera que parecia increíble.

La reina acogió de la mejor manera del mundo á doña Sol.

Ni aún se la ocurrió que en ella podia tener una rival.

¿Qué la importaba de esto á doña Catalina de Alencastre, cuya naturaleza era de todo punto grosera?

Las señales de embriaguez cotidiana aparecian en su semblante vulgar por un enrojecimiento *sui generis* que se marcaba de una manera mucho más decidida en la nariz.

No era bella, pero sí lo que puede llamarse una buena moza, de formas enérgicas y protuberantes.

Sin la degradacion que en su fisonomía, habia impreso la embriaguez, hubiera parecido mejor y más jóven.

En cuanto al rey, aparecía fatigado, pálido, con la palidez impura de aquella enfermedad misteriosa, que no era la tisis, y que, sin embargo, como si lo hubiera sido, le mataba lentamente.

Terminada la ceremonia, hecho el reconocimiento de doña Sol, admitida en la servidumbre de la reina, quedóse como menina porque su juventud y su estado no consentían fuese dama, bajo la tutela de las dueñas de la reina, que en nuestros tiempos llevaban el nombre, de azafatas.

Se había entrado en una situación normal.

La intriga avanzaba silenciosa y de una manera segura.

El arzobispo de Toledo estaba contentísimo.

El marqués de Villena alentaba grandes y embriagadoras esperanzas.

El rey amaba y sufría, y como él sufría y amaba doña Sol, al par, que estaba contenta porque se veía dueña de una posición que la permitía hacer del adorado de su alma un verdadero rey.

Los resultados empezaron á verse muy pronto.

Tanto el marqués de Villena como el arzobispo de Toledo, hábilmente engañados por doña Sol, á la que ayudaba el rey, veían crecer su favor, aumentarse su estado, crecer su tesoro.

Doña Sol había acabado por reconciliar en

la apariencia á las diversas parcialidades, por establecer lo que hoy se llama una política de conciliacion, situacion transitoria que no dura más que el tiempo que dura la causa accidental que la motiva.

El rey, por otra parte, tenia libertad para ver largas horas durante la noche, sin escándalo, sin que nadie se opusiese á ello, dentro de su misma casa, á doña Sol.

Las dueñas de la reina eran tan complacientes como podian serlo, y siéndolo se creian las señoras más leales y más honradas del mundo.

Porque, ¿cómo una vasalla leal puede negarse á los deseos del rey, su señor?

Estas frecuentes, ó por mejor decir, diarias visitas nocturnas del rey y de doña Sol, estaban envueltas en una immaculada pureza.

Éra el amor de los dos jóvenes un amor de los cielos, aunque algunas veces el demonio de la sensualidad lanzaba una tentacion entre los dos amantes.

Sin embargo, la gran fuerza de la virtud y de la dignidad de doña Sol, la misma grandeza de su amor, sostenian aquella situacion de pureza, de amor soñado, de amor incomparable.

El rey se prestaba á los consejos de su doña Sol.

—Dejadlos, señor,—le decia ella;—dejadlos invadir el poder real; dejadlos acrecer en los es-

cándalos; dejad que pesen sobre vuestros reinos; llegará un día en que la desesperacion de vuestros reinos justificará el rigor con que castigareis sus crímenes.

—Con tal de que no lleguemos tarde...—decía el rey contrariado.

—Nunca se llega tarde para el escarmiento; entre esos traidores los hay hipócritas, infames que engañan á vuestros vasallos y les hacen concebir esperanzas. Dejad, dejad que esos infames se manifiesten, que vuestros reinos no puedan esperar nada de nadie más que de vos, y entonces podreis herir,

En fin, doña Sol influia en el rey, de tal manera que los ambiciosos, que ya despreciaban bastantemente á Enrique III, acabaron por despreciarle de todo punto.

Le creyeron un rey completamente nulo, dominado más que por la enfermedad por el amor de doña Sol.

Las parcialidades se enconaban las unas contra las otras.

Prescindian del rey como si el rey no hubiera existido, y doña Sol tenia el gran talento de engañar á todas estas parcialidades, sabia acerlas creer que cada una de ellas contaba con su influencia para con el rey y éste levantaba á los unos en perjuicio de los otros, y al día siguiente levantaba á cualquiera de los vencidos

los comprimía, los encizaba, los dividía, hacía imposible el triunfo decisivo de una fracción poderosa que hubiera determinado una situación estable que hubiera relegado definitivamente al rey vencido, haciendo de él una sombra.

Doña Sol practicaba á las mil maravillas el antiguo precepto proverbial: *Divide y manda*.

No podía decirse cuál era el bando dominante, ni cuáles en los bandos los jefes y los subordinados.

Todos se sentían llenos de la misma ambición, todos se creían capaces para todo.

Todos tendían al dominio, y ninguno se resignaba á la obediencia.

Las arcas reales, exhaustas ya, habían llegado á ser muebles inútiles.

Se pasaban días y aún meses sin que se abriesen para arrojar en ellas dinero.

¿Ni como?

Los impuestos no se cobraban.

Los magnates, á consecuencia de una y otra merced, de una y otra usurpación, se iban apoderando del patrimonio de la corona.

El débil se veía despojado por el fuerte.

Los grandes señores como el duque de Medinaceli y el conde de Niebla en Andalucía, se hacían la guerra de poder á poder como si hubieran sido soberanos.

Se asaltaban y se tomaban recíprocamente

sus villas y castillos, y tenían devoradas y aterradas las comarcas andaluzas.

En cuanto al rey, se veía obligado á conservar más de lo justo sus sayas y sus calzas y hasta sus borceguies.

No solamente no tenía dinero, sino que hasta el crédito lo había perdido.

No había nadie que se atreviese á prestar un maravedí al rey por aquello de que no tenía la seguridad de cobrarle.

Doña Sol hubiera ocurrido alguna vez á estas necesidades íntimas, á estos apuros de cada día que ponían la casa real al nivel de la más miserable casa de Castilla.

Pero el avaro marqués de Villena, si bien sostenía en su hija el fausto de su rango, no la daba dinero.

¿Ni como tampoco hacer aceptar á Enrique III, un donativo de amor?

Esto era imposible.

Sin embargo, doña Sol había hecho lo que había podido.

Había intimado, por decirlo así, por necesidad con el dispensero del rey, que era un buen hidalgo que se llamaba Julian de Letamendi.

Este hombre leal, antes de que al rey faltase en su mesa el sobrio alimento á que estaba acostumbrado, había echado mano de su pequeña hacienda.



Ni le daba dinero el mayordomo mayor, ni el tesorero, ni ninguno de los que podían hábersele dado.

El rey, sin embargo, continuaba sentándose á las horas de costumbre á su frugal mesa, y á doña Catalina no la faltaba vino.

Pero dió fondo, empeñada, la pequeña hacienda de Julian de Letamendi.

Dieron fondo las alhajas de su mujer, que no eran gran cosa.

Llegó un día en que el despensero se encontró sin pan para el rey.

Sabia él como sabia todo el mundo, porque hay cosas que no pueden ocultarse por mucho tiempo, la intimidad que existía entre doña Sol de Aragon y el rey.

Así es que el día que amaneció completamente negro para la cuestion de alimento del rey, Julian de Letamendi, se echó, como suele decirse, el alma atrás, se fué á buscar á doña Sol y avergonzado como si para él mismo la hubiese pedido, la dijo que á la hora del almuerzo él no podía poner en la mesa del rey más que los manteles y la vagilla, que era por cierto bien ordinaria, porque hacia ya tiempo que las vajillas de valor se habían vendido.

Doña Sol le dió una rica joya para que la empeñase.

Con aquello se tiró algun tiempo.

En fin, doña Sol fué dando al despensero joyas hasta que ya no pudo disponer de ninguna más que las que tenia que llevar sobre sí.

Se acercaba, pues, un día en que el rey debía ayunar por miseria como el último y más triste de sus vasallos.

No podia irse mas allá.

Habia necesidad de tomar una resolucion enérgica.

---



---

## CAPITULO XIII

---

En que se vé que las conspiraciones se han parecido en todos tiempos.

En efecto, llegó aquel dia, ó mejor dicho, su víspera.

Julian de Letamendi se fué á buscar á doña Sol y la dijo:

—Si vuestra merced, señora, no nos socorre, no será posible mañana servir la mesa del rey.

—Dejad, dejad,—dijo doña Sol,—yo no puedo disponer ya de nada, pero proveeré lo que deba hacerse. Esperad.

Aquella tarde doña Sol incitó al rey á que al dia siguiente se fuese de caza por las riberas del Arlanza.

El rey estaba triste, devorado por una profunda melancolía, natural en él, pero que habia llegado ya á extremarse.

Sus dolores se habian agravado por los sufrimientos que le hacia experimentar doña Sol negándose á la satisfaccion de su amor.

Ella le recibia todas las noches en alta hora, á solas, en su aposento.

Le amaba con delirio.

Era amada con locura.

Los amantes se manifestaban su amor.

El rey suplicaba, gemia.

Ella, sin embargo, se mantenía inflexible.

—Basta con que me crean vuestra manceba,—le decia;—pero no queráis, señor, que yo me desprecie á mi misma. Diga el mundo lo que quiera; yo desprecio su fallo no podeis despreciarme vos, y con que no me estimeis, me basta. No, no podreis decir nunca, señor, aunque tanto os amo, que por este amor que me abrasa el alma me he olvidado de mi dignidad. ¡Ah! No, jamás. Si yo fuese vuestra, acabaríaís por despreciarme, porque habria faltado á mi virtud y yo no quiero que me desprecieis. Amémonos, sí, pero con el amor del alma, con un amor completamente distinto de ese grosero amor de los sentidos. Así á nadie ofenderemos: y por otra parte, señor, para qué más felicidad que este amor?

Y para apreciar bien la virtud de doña Sol, es necesario que manifestemos que como su amor era un amor de la tierra, habia llegado á deter-

minar en ella sus legítimas y naturales consecuencias.

Si desesperado y loco estaba el rey don Enrique por doña Sol, desesperada y loca estaba doña Sol por don Enrique.

Pero su extraordinaria fuerza de voluntad dominaba las inescusables consecuencias de su pasión, y se mantenía pura en la forma, pero con el alma abrasada de voluptuosos sentimientos, de candentes aspiraciones.

¿Por qué el rey no era un hombre libre, un simple caballero, ménos aún, un hidalgo, aún ménos, un pechero?

Con tal de que doña Sol hubiese podido ser su esposa, ella no hubiera reparado ni en su alcurnia ni en sus riquezas.

Doña Sol era toda corazón.

Pero su mísero corazón la impulsaba, la arrastraba.

Doña Sol conocía el peligro.

Temía.

Empezaba á sentirse impotente para resistir á su amor.

Y sino había abandonado el alcázar, sino se había apartado completamente del rey é ídose á encerrar en un monasterio, había sido porque el rey la necesitaba.

Esforzaba, pues, su terrible voluntad doña Sol.

El marqués de Villena, que celoso, irritado, iba á visitarla todos los dias, la observaba profundamente.

Despues de esta observacion y de amonestarla, de aleccionarla, él que la creia adherida por ambicion al rey, despues de recomendarla no cometiera una imprudencia, porque podia suceder muy bien que á consecuencia de una borrachera muriese doña Catalina de Alencastre, y cuanto más empeñado, más apasionado, más ansioso estuviera por ella don Enrique, más fácilmente la haria su esposa, el marqués de Villena se retiraba tranquilo.

La pureza, la dignidad, la virtud, se manifestaban patentemente en el semblante de su hija.

Doña Sol se veia obligada á una doble lucha, á la lucha de su amor, y la á que le obligaba la ambicion de su padre.

A duras penas si lograba contener á don Enrique de Aragon para que artificialmente no hiciera tomar mal carácter á una de las embriagueces de doña Catalina de Alencastre.

Y doña Sol no se oponia, en la apariencia á los siniestros proyectos del marqués de Villena.

Por el contrario, parecia como que contaba con ser un dia reina de Castilla por el fallecimiento de doña Catalina de Alencastre, aunque fuese un tanto forzado este fallecimiento.

Doña Sol no hacia alarde alguno de virtud ante el marqués de Villena.

Tomaba, pues, otro camino para contenerle.

—La muerte de la reina,—decia el marqués de Villena,—no seria en estos momentos oportuna; Dios sabe á donde nos llevarian las consecuencias, y podria suceder muy bien favoreciésemos á nuestros enemigos á quienes tenemos contenidos. Hay que esperar.

Y doña Sol encontraba tales, tantas y tan buenas razones para apoyar su opinion, que el marqués de Villena se persuadia y doña Catalina de Alencastre seguia viviendo, sin otro peligro que el de embriagarse.

Sobrevinieron, en fin, circunstancias de todo punto dificiles.

El estado de miseria íntima doméstica, por decirlo así del rey, era lo ménos.

Los grandes, los prelados, los maestros, todos, en fin, los que componian el cuerpo político de Castilla, habian llegado á una especie de pacto de circunstancias, que debia ser transitorio, y no durar más que el tiempo necesario para llegar á su objeto.

Se trataba de incapacitar al rey por causa de enfermedad, esto es, de destronarle, para venir á la regencia del reino por la exaltacion al trono de un rey menor.

Esta conspiracion habia asustado al marqués

de Villena por una parte, y le habia halagado por otra.

A duras penas habia puesto él en contacto con el rey á doña Sol, y por otra parte, á los amores de doña Sol y del rey debia él la posicion que ocupaba en la política, siendo uno de los pro-hombres, uno de los múltiples reyes de Castilla.

Pero podian más en don Enrique de Aragon los celos y los temores, que le roian el corazon á causa de su amor terrible por su hija, y en el mal encubierto destronamiento de Enrique III, encontraria un medio para apartar definitivamente á doña Sol del rey, para descansar de sus rabiosos celos.

Pero esto no podia ser sin la pérdida de su posicion política.

Por esto hemos dicho que al conocer aquella conspiracion en que se dió una parte al marqués de Villena, éste se aterró y se alegró al mismo tiempo.

Lo que pasaba por el espíritu del marqués era de todo punto extraordinario y contradictorio; pero siempre terrible, porque vemos que él fluctuaba entre su pasion y su ambicion.

Estaba dispuesto á hacer pasar á mejor vida á la reina doña Catalina de Alencastre, teniendo la seguridad de que una vez viudo el rey, se casaria con doña Sol.

A veces la pasion amorosa lo dominaba todo en don Enrique de Villena.

A veces todo lo dominaba su ambicion.

Cuando pensaba en que su hija podia ser reina, se le ennegrecia el alma.

Pensaba en que otro hombre poseeria aquella divina hermosura, que era su condenacion, por la cual habia arrostrado y arrostraba la ira de Dios.

Pero decia:

—Un año de tormentos, un año de fuerza de voluntad, un año de infierno, un hijo de doña Sol. Entonces los infantes hijos de doña Catalina de Alencastre podrian ir tomando rápidamente el camino que habrá tomado su madre. El rey despues... Sí, la gran parte de los niños se mueren en la infancia, y los que están tan enfermos como su alteza, no viven mucho. Ella reina madre; yo regente con ella; una larga minoría.

Don Enrique de Aragon, pues, fluctuaba entre estas resoluciones.

El torbellino le envolvía.

No sabia qué hacer ni qué dejar de hacer.

Lo repetimos, á veces la sola idea de que otro poseyese á doña Sol le enfurecia y se entregaba al delirio, y otras, como hemos dicho tambien, el político y el ambicioso dominaban al enamorado.

Cuando empezó á fraguarse la coalicion de

todos los elementos contrarios en política, en derredor de Enrique III para emplear unidos sus esfuerzos en remover el gran obstáculo, esto es, los obstáculos tradicionales, don Enrique de Villena, siempre perdido en una contradicción de sentimiento, hizo un esfuerzo poderoso sobre sí mismo, y ajustó la cuenta para deducir lo que le convenia.

Caido el rey, relegado, anulado, destronado, pasada á su primogénito el infante don Juan la corona, podia apoderarse de nuevo de doña Sol, secuestrarla, desesperarla, vencerla.

Pero ¿qué seria de su posicion política?

El se hundiria con el rey.

El no tenia otra razon de ser que la influencia de doña Sol sobre Enrique III.

Su carácter atrabiliario, intransigente, dominante, le habia conquistado la enemistad de todos los otros políticos que le tendian un lazo cuando contaban con él como con un poderoso elemento para conspirar contra el rey de hecho.

El marqués de Villena conspirando contra el rey, conspiraba contra sí mismo.

Se decidió, pues, á sostener al rey y á dejar venir los sucesos.

Astuto, reservado, hipócrita, engañó á sus cómplices políticos y les hizo creer que entraba de buena fé en la conspiracion contra el rey.

—¿Y por qué no si se contaba con él para la regencia?

—Qué, ¿no habia sido él uno de los regentes de Enrique III?

—¿Por qué no habia de serlo tambien de don Juan el II?

—Iban de traidor á traidores y de traidores á traidor.

—Ayudadnos,—decian los otros,—que cuando hayamos vencido ya veremos lo que de vos se hace, señor marqués de Villena.

Y él decía:

—Confiad de mí, imbéciles, que ya veremos lo que el marqués de Villena hace de vosotros.

Deben estudiarse los paralelismos de la historia, ó mejor dicho, considerar la historia filosóficamente.

Encontraremos siempre la misma cosa, traidores de un mismo peso y calidad, enemigos á muerte entre sí, uniéndose en una coalicion fuerte para derrocar lo que á todos les estorba.

Todos firmemente dispuestos á hacer cada cual por su parte lo que pueda contra el otro, despues de vencido el enemigo comun.

El marqués de Villena se dejó llevar por la corriente, más aún, supo aparecer uno de los más decididos conspiradores, y trabajó de una manera enorme para asegurar los medios infames de aquella liga indigna en que se amal-

gamaban por el momento tan distintos intereses.

Puede decirse que él fué quien lo preparó, quien lo organizó todo.

Pero cuando todo estuvo dispuesto, se fué á su hija y la reveló por completo la situacion.

Es más, puso en sus manos los elementos de contraconspiracion que habia sigilosamente organizado.

Se podia contar con la escasa guardia que el rey tenia para la seguridad de su persona y con una gran parte de los ciudadanos de Búrgos.

Con estas fuerzas se podia dar un golpe en firme á la conspiracion, golpe por resultado del cual el marqués de Villena lo dominaria todo.

Pero debian cubrirse las apariencias.

Es bueno, siempre que se puede ocultar, los manejos para quedar siempre en posicion.

El marqués de Villena debia ser cogido en el foco con los otros conspiradores y ser castigado como ellos.

Con la diferencia de que á los otros se les castigaria á sangre, á excepcion de algunos pocos de los ménos temibles, entre los cuales se cóntaria al marqués, á los que sólo se castigaria con la confiscacion de sus bienes y su extraiamiento del reino.

Pasado algun tiempo se procurarian circunstancias que permitiesen el perdon del marqués,

su rehabilitacion, y la devolucion de sus estados.

La maniobra se habia llevado á cabo por procedimientos hábiles, y las circunstancias servian el encumbramiento del marqués de Villena á una privanza sin rival.

Esta situacion se determinó el mismo dia en que el despensero del rey dijo á doña Sol que para el dia siguiente era imposible servir la mesa del rey.

Todo iba á la par, la miseria política y la miseria privada.

Doña sol expresó al rey cuanto le seria grata una partida de caza para el dia siguiente.

El rey, que no sabia negar nada á su doña Sol, mandó aquella misma noche se preparase todo, para que al amanecer del otro dia se partiese para ir á caza á las selvas del otro lado del Arlanza.



---

## CAPITULO XIV

De como no hay fuerzas contra el amor.

Al romper el dia, el ruido de las trompas, los ladridos de los perros atrahillados, las voces de los cazadores atronaban el patio del alcázar.

El rey se vestia tal vez el mejor traje que tenia, porque como salia á cazar de tiempo en tiempo, su traje de caza era el ménos usado.

El rey, con aquel hermoso traje, y con su caperuza orlada por una pequeña corona de plata sobredorada, con sus largos y ricos cabellos blondos, ginete en una yegua blanca, y empuñando una jabalina de dos hierros, aparecia muy bien.

Doña Catalina de Alencastre se parecia por la caza, porque en las partidas de caza comia, bebia y se embriagaba al cielo abierto sobre al-

guna verde pradera, bajo los copudos árboles, en medio del alegre estruendo de la cacería.

El traje de caza de la reina estaba en mucho mejor estado que sus otros trajes por las mismas razones que hemos expresado ántes al tratar del traje del rey.

En fin, cuando bajaron á la plaza de armas del alcázar, ya bien de dia, el rey y la reina aparecian verdaderamente, y por sus atavíos, rey y reina.

La partida de caza indicada por el marqués de Villena á su hija para que esta la indicase al rey, habia tenido por objeto el que el marqués de Villena pudiese hablar al rey sin testigos.

En el alcázar esto no era posible.

No habia bandería que no tuviese un espía dentro del alcázar, y siempre habia un oido que escuchase las palabras del rey, un ojo que viese sus movimientos y aun sus menores gestos.

Solo cuando el rey iba de noche á ver á doña Sol, podia decirse que estaba libre de espías, porque á aquella hora la servidumbre se habia despedido y no quedaba mas que la modesta servidumbre interior de la cual doña Sol disponia.

Una vez abierta la caza, el caballo del rey podia adelantarse, morder el freno y partir.

Por distintos senderos podian partir tambien los caballos de doña Sol y del marqués de Vi-

llena para ir á encontrar al rey en un lugar convenido.

Esto podia hacerse sin que se reparase en ello, porque doña Sol debia ir por la misma parte que la reina, con las damas que á la reina acompañaban, y con los caballos que la servian.

El rey estaria en apostadero en un lugar distante, y en otro lugar el marqués de Villena con los cazadores de ojeo.

Así es que como hemos dicho, no podia repararse en que, á una hora dada, desapareciesen de sus respectivos grupos doña Sol, el rey y el marqués de Villena.

La entrevista debia ser rápida.

Cuanto bastase para que el rey y el marqués se pusieran de acuerdo respecto á ciertas condiciones.

Llegó la hora del almuerzo cuando ya se habia hecho el primer ojeo, y se habian matado algunas reses.

Pero nadie se acercaba á decir al rey que el almuerzo estaba dispuesto, ni el rey, temeroso de que pudiera ser lo que en realidad era, se atrevia á mandar que el almuerzo se sirviese.

Todo el mundo, aunque las damas y los caballeros llevaban repuesto, se quedó sin almorzar; solo algunos que se apartaron y de tapadillo, almorzaron amparándose de las espesuras.

Llegó la hora de la comida, cuando verificado el segundo ojeo, se habían hecho algunas otras reses, y nadie vino á decir al rey que la comida estaba dispuesta, ni el rey la pidió, temeroso de que se le contestase que no había de qué, como no se echase mano á alguna de las reses, y aun así faltando el pan, el vino y los condimentos.

Era un día negro, un día de miseria absoluta para el rey.

Los leales servidores de su casa, muchos de los cuales le habían visto nacer, tenían la cara larga y les asomaban las lágrimas á los ojos.

Los grandes señores habían tomado sus medidas, y cuál por aquí, cuál por allá, aunque de cualquier manera y deprisa, habían comido y bebido, pero los ojeadores y los monteros del rey, los de su baja servidumbre que de él comían, sintiéndose más de lo que les hubiera sido grato los estómagos afectados por el vacío, murmuraban, y no de una manera tan contenida que el rey no oyese sus murmullos.

La reina callaba.

Era materia pura y materia voraz.

La molestaba extraordinariamente el hambre.

Tenia el rostro nublado y ceñudo.

No lo veía esto el rey que lejos estaba, pero lo veía doña Sol y en vista del estado de la reina sufría, se irritaba, le sublevaba el alma

aquel vergonzoso estado de miseria en que el rey, el adorado de su alma se encontraba.

Ella, aunque hubiera podido comer, no habia comido ni sentia necesidad alguna.

Pero el hambre y la sed de justicia de su alma en nombre de su amado, se la hacian insoportable.

El rey era fuerte.

Tenia el alma grande.

Sufrido hasta un valor heróico para su enfermedad, para sus necesidades materiales, la humillacion en que se encontraba, aquella miseria llevada hasta el último extremo, en él, el señor, en él, el rey, le enfurecia, y su mayor sufrimiento era los esfuerzos que hacia para que el sordo furor que de una manera tan terrible se revolvía en su alma, no asomase ni á su mirada ni á su semblante, ni se revelase en su acento.

La terminacion del segundo ojeo, ó por mejor decir, el principio del tercero, era el momento convenido para que el rey, doña Sol y el marqués de Villena, cada cual desde los puntos que ocupaban, partiesen para ir á reunirse en un punto de cita.

En cuanto los cuernos y las trompas y los ladridos de los perros, anunciaron que se rompía el tercer ojeo, cada uno de nuestros tres personajes inquietó su caballo, y como dominado por él, sin poder gobernarle, se dejó llevar.

Algunos caballeros pretendieron seguir el caballo de doña Sol, creyéndole desbocado.

El caballo había encontrado una torrentera, pequeña en verdad, pero que determinaba un salto demasiado peligroso.

Doña Sol se aterró, no tanto por su peligro propio, como por lo necesaria que era al rey.

Sin embargo, no podía vacilar.

Si detenía su caballo, los caballeros que venían á auxiliarla, llegarían á ella y se vería obligada á volver á donde la reina estaba, á faltar á aquella importantísima cita.

No vacilo, pues.

Recogió el caballo, le espoleó y le obligó á saltar.

El animal, conociendo el peligro, hizo un esfuerzo y salvó la cortadura.

Aquella felicidad en aquel peligro, fué de muy buen augurio para doña Sol, que ya en un terreno practicable, aguijó más y más á su caballo.

Los caballeros que habían partido á socorrerla, por galantes que fuesen, y aun por mucho que alguno de ellos se interesase por doña Sol, al llegar á la torrentera, refrenaron sus caballos.

Midieron prudencialmente el salto, vieron que era decididamente peligroso, y propusieron bordear la torrentera para buscar un paso más fácil.

Pero la torrentera era muy larga, y convencidos al fin de que nada podían hacer por el momento, se volvieron á dar parte á la reina de la imposibilidad en que se habían visto de seguir á doña Sol.

Conocía ésta aquellos terrenos, que no era la primera vez que por allí había ido á caza.

El punto de la cita, era un lugar llamado la Fuente de la Liebre, un ensanchamiento de la selva, de terreno pedregoso y accidentado, en medio del cual, de unas altas rocas, caía un grueso caño de agua cristalina, que encontrando un recipiente de alguna extension en una concavidad del terreno, se llenaba, determinando una fuente apacible que desde allí se extendía en un arroyo.

Los peñascales estaban cubiertos de un musgo gris.

La yerba brotaba espesa sobre el terreno, y una orla de altos y tupidos árboles era el marco irregular de este espacio.

El cielo estaba radiante.

El sol, en la mitad de su carrera; inundaba con una luz dorada aquel bello paisaje, y millares de pájaros unían su canto al monótono ruido del caño que caía en el recipiente.

Todo era encantador y poético.

Todo convidaba al amor.

La soledad era absoluta.

Al entrar en aquel lugar doña Sol, vió que cerca de la fuente, bajo tres copudas ayas, orladas de una verde maleza, sentado sobre una de las piedras mohosas que asomaban acá y allá sobre la yerba, teniendo su caballo del diestro, estaba el rey.

Tan sumido en sus meditaciones se encontraba Enrique III, que no sintió el ruido de las pisadas del caballo de doña Sol.

Refrenóle ésta, y se quedó á distancia observando al rey.

La actitud de éste era la del abatimiento, la de la desesperacion.

A doña Sol se la abrieron las entrañas.

Comprendió lo que por el rey pasaba.

Desmontó.

Ató su caballo á un arbusto inmediato, y tomando un rodeo, se fué acercando al rey á espaldas de éste.

Tan levemente andaba doña Sol, que aunque el rey hubiese estado atento, no hubiera podido apercibirse de su aproximacion.

La túpida yerba ayudaba á doña Sol, apagando el ruido de sus leves pisadas.

Además, como en aquellos tiempos, y aun en tiempos muy posteriores, hasta el siglo pasado, las damas montaban á caballo exactamente como los hombres, los trajes de montar que las damas usaban eran cortos.

Así es que el rico traje de doña Sol no podía rozar sobre el terreno y producir el más leve ruido.

Llevaba unas preciosas botas altas de gamuza, bordadas de plata, y unas pequeñas espuelas de oro.

Conservaba una ligera jabalina de dos hierros y llevaba á la cintura un pequeño y cervo yatagan árabe.

Bajo su caperuza, ennegrecida con pedrería y adornada de plumas, flotaban sus luengos y sedosos cabellos, sueltos á impulso del ligero viento que movía con un leve murmullo las frondas de la selva.

Doña Sol llegó casi hasta tocar al rey.

Hay situaciones desesperadas en que una persona habla en voz alta consigo misma.

Esto es muy frecuente.

El rey, á solas consigo, se quejaba amargamente, y en voz alta, de su fortuna.

—¡La enfermedad del cuerpo!—decía en el punto en que se acercó doña Sol;—¡la enfermedad del alma, la humillación, la degradación, la impotencia! ¡Y ella, el hambre del corazón, el hambre de amor!... ¡Ah! ¡yo estoy desesperado; yo estoy loco, yo muero!

Y como si el dolor hubiese sido mayor en el rey que la fuerza de su resistencia, rompió á llorar desconsolado como un huérfano que se en-

cuentra solo en el mundo, débil, enfermo, triste, hambriento, sufriendo cuantas miserias son imaginables, las del cuerpo y las del alma.

Era la primera vez que doña Sol veía llorar á don Enrique.

Era la primera vez que escuchaba en su acento una tal y tan terrible desesperacion.

Don Enrique habia soportado con valor su desgracia.

Habia suplicado, insistido, rogado á doña Sol.

Pero nunca le habia mostrado una desesperacion tan punzante, tan conmovedora.

Ella además se sentia tan desesperada como el rey, tan herida de muerte en el corazon.

El amor, que no sufre rebeldías, habia vencido al fin la resistencia del rey para contener el dolor, la fuerza de doña Sol para continuar oyendo la voz de la virtud.

Doña Sol, en presencia del dolor del rey, sintiendo su dolor propio, como el rey desesperada, como el rey enamorada, por más que hizo no pudo contenerse y rompió á llorar á su vez con un llanto tan histérico, tan desgarrador como el del rey.

Volvióse sobresaltado Enrique III.

Se puso de pié de una manera nerviosa.

Los dos amantes se contemplaron por un momento de una manera infinita, avara, con una

pasion indescribible, y al fin cayeron el uno en los brazos del otro olvidados de todo, sobrepuestos á todo por la pasion, por la desesperacion, por el dolor.

Lo que estaba escrito se cumplia.

El amor es una fuerza expansiva, que, como todas las fuerzas expansivas, cuando se la comprime demasiado produce la explosion.

Un momento de olvido determina una situacion decisiva de consecuencias indeclinables.

Doña Sol no era ya la enamorada del alma, la criatura purísima que lucha con las tendencias sensuales de la materia y las vence.

Doña Sol era ya la manceba del rey.

Cuando sobrevino el marqués de Villena, su negra alma se ennegreció más y más.

Veia por la primera vez en el semblante de doña Sol una confusion que era para él una revelacion completa.

—Y bien,—dijo para sí en medio de las horribles bascas de sus celos y de su rabia,—esto decide lo que debe ser: primero la reina, luego reina ella, luego... ¡Oh, sí! ¡muriendo el rey!... ¡Ella reina madre, sí, reina madre! ¡tanto amor no puede ser estéril! ¡yo regante, regente y solo: yo rey!

El marqués de Villena buscaba por el momento un consuelo para su dolor inconsolable en su ambicion.

Su horrible razonamiento habia pasado por su alma, sin que su semblante se alterase en lo más leve.

El siempre habia tratado al rey con respeto, con un respeto hipócrita.

Siempre habia sido para él insinuante, adulator, y al parecer vasallo leal y apasionado.

Como si hubiera estado en el alcázar, como si no hubiera tenido motivo alguno de disgusto contra el rey, se acercó sonriendo, dobló una rodilla y le besó la mano.

El rey, y aún la misma doña Sol, se engañaron.

Supusieron que de nada se habia apercibido el marqués.

Tan perfecta habia sido la disimulacion de éste. Se rehicieron pues.

—Ha llegado la hora, señor,—dijo el marqués de Villena cuando el rey le hubo alzado,—esta noche los que contra vuestra alteza conspiran asistirán á una cena en mi casa, en esa casa se tratarán tales cosas que si vuestra alteza aparece de intento, ninguno podrá considerarse libre de ser acusado de traicion. Haced cercar mi casa por vuestra gente de armas: mi hija os introducirá hasta el lugar donde podeis oir oculto. Ha la hora, señor, sed rey. Y ahora volvámonos antes que se nos eche tanto de ménos que pueda creerse nos hemos reunido.

El rey se mostró entrañablemente agradecido al marqués de Villena por su lealtad, y sirviendo de caballero á doña Sol la tuvo el caballo para que montase.

Inmediatamente doña Sol partió.

Sirvió el nobilísimo marqués de Villena de escudero al rey, que montó á caballo y partió.

A su vez montó á caballo el marqués y partió murmurando:

—Librate de ellos, que despues yo me libraré de tí.

The first of these is the fact that the  
 country was not a united kingdom  
 at the time of the Norman conquest  
 in 1066. It was divided into  
 several small states, each of which  
 was ruled by a different lord.  
 The most powerful of these lords  
 was the king of the West Saxons,  
 but he was not the only powerful  
 lord. There were also the  
 lords of the East Saxons, the  
 lords of the Mercians, and the  
 lords of the Northumbrians.  
 Each of these lords had his own  
 army, and each of them was  
 ready to fight for his own  
 interests. This was the state of  
 the country when the Normans  
 came to the coast of Kent in  
 1066.

The second of these facts is that  
 the Normans were not the only  
 invaders of the country. There  
 had been several other invasions  
 in the past, and each of them  
 had left its mark on the country.  
 The most recent of these  
 invasions was that of the  
 Danes in the ninth century.  
 They had conquered the  
 East Saxons, and they had  
 established a kingdom in the  
 north of the country. This  
 kingdom was known as the  
 Kingdom of the Danes, and it  
 was one of the most powerful  
 kingdoms in the country at the  
 time. The Normans, when they  
 came to the coast of Kent in  
 1066, found the country in a  
 state of confusion. The king of  
 the West Saxons, Harold Godwinson,  
 was the only ruler who was  
 recognized by all the lords of the  
 country. But he was not the  
 only ruler who was powerful  
 enough to challenge the  
 Normans. There were other  
 lords who were powerful enough  
 to challenge the Normans, and  
 each of them was ready to  
 fight for his own interests.

---

## CAPITULO XV

**En que se vé quanto trabajo puede costar el dar de cenar á un rey.**

Volviéronse á Búrgos al oscurecer el rey, la reina, la córte, los monterós y los guardias.

Iba la reina de hambre que no veia, y se mostraba displicente, irritada, insoportable.

Fuese con su mal humor á sus aposentos y el rey se metió en los suyos en un estado de espíritu, harto diferente al de la reina, porque lo que aquejaba al rey no era el hambre, á pesar de que habia hecho ejercicio bastante para tenerla; lo que le traia fuera de sí, meditabundo, y triste, y alegre á la par, ruin y engrandecido á un tiempo, era la mísera situacion en que se encontraba.

Podia decirse que el rey no habia sido feliz

en toda su vida, ni un vislumbre de verdadera felicidad habia gozado hasta que habia tenido en sus brazos estremecida de amor, á la hermosísima doña Sol.

Pero como no hay dicha completa en este mísero mundo, y el rey tenia por desgracia suya el alma recta, (que es una desgracia la rectitud), en su misma felicidad encontraba su desgracia, porque amaba de tal manera á doña Sol y con tal ahinco y con tal vehemencia, que bien podía decirse que doña Sol era su alma.

Enrique III, habia nacido para sentir, como determina el sentimiento la santa madre naturaleza, la diosa inflexible, inalterable, fatal.

A su felicidad delirante, ya lo hemos dicho, por la posesion del sér entero de doña Sol, se mezclaba el dolor agudísimo de la deshonra de la mujer adorada y de la bastardía de los hijos que de ella pudieran provenir.

Era, pues, entonces el alma de Enrique III, luz y sombra, luz de gloria, sombra de infierno.

La única necesidad que sintió el rey al entrar en el alcázar, fué la de recogerse para entregarse á sus meditaciones de amor, á la posición de sus recuerdos, á la dilatacion de su corazón por aquella nueva y candente modificacion de su vida.

Pero como el despensero Julian de Letamendi, suponía que el rey habia vuelto al alcázar

con un hambre monstruosa, para prevenir la dura situacion que podia caer sobre él, presentóse al rey, y ante el rey se quedó inmóvil y mudo, mirándole de una manera penosa, y aun pudiéramos decir que mezquina, pálido y contraído y poco ménos que temblando, no de miedo, porque el buen rey don Enrique III, dado que algunas veces montase en cólera, no asustaba á nadie, y mucho ménos á vasallos tales como Julian de Letamendi, cuya lealtad estaba bien probada, sino de horror al ver que el rey de Castilla habia llegado á tal grado de miseria que no habia que ponerle á la mesa, ni aun la más villana sobra del dia anterior.

Con la caza no habia que contar, porque el rey, segun costumbre, la habia repartido á sus grandes vasallos, y la que él no repartia ellos se la tomaban, y los magníficos venados, los sabrosos jabalíes, aunque duros y con su husmillo montaraz, y las liebres y los conejos y las perdices, botin era de los cazadores, del cual el rey no tomaba su parte, como no se considerasen como parte real las codornices, á que el mismo rey era muy aficionado, y en cuya caza estaba muy diestro.

Un montero habia entregado al despensero unas diez ó doce codornices que habia cazado el rey.

Pero ni habia grasa para condimentarlas, ni

carbon á cuyo fuego ponerlas, ni pan, ni vino, con que servir las.

Y á más de esto, la reina sola no tenia con que empezar con la docena de codornices, ni aun con cuatro docenas que hubieran sido.

De aquí la confusion y el terror y aun el horror del buen Julian de Letamendi, que decia para sí mientras permanecia inmóvil delante del rey:

—¡Ah, señor! ¡Si yo tuviera vuestra corona, ciertamente no estariáis á estas horas en ayunas!

Y como el rey viese que puesto Letamendi delante de él no decia ni una sola palabra, sino que le miraba con los ojos enormemente abiertos y espantados, díjole:

—¿Qué os sucede ó qué quereis que así estais ante mí sin atreveros á hablar?

Hizo un gesto Letamendi, tragó saliva, se pintó al fin una resolucion en su semblante, y dijo aunque con voz desfallecida y cobarde:

—Tengo la desgracia de manifestar á vuestra alteza que no puedo servirle para cenar ni un solo mendrugo de pan duro.

Y tras estas palabras, que el buen Letamendi habia pronunciado con voz ahogada, se echó á llorar.

Sintió el rey toda la afrenta, ó por mejor decir, toda la injuria, toda la insoportable depression de la situacion en que se encontraba.

Le cogió la cólera y exclamó con la voz ronca y terrible:

—¡Ira de Dios! ¿Todos mis reinos no tienen un pedazo de pan para el rey?

—Señor,—contestó Letamendi,—cuando el rey tiene hambre, no están ciertamente hartos sus reinos, como no se llamen sus reinos unos pocos vasallos que los reinos devoran, comiéndose lo de todos, hasta el pan del rey.

—No ha de decirse que quedándome algo no se ha de comer un día en mi casa. Tomad, Letamendi, empeñad eso y dadnos de comer hasta donde alcance.

Y se quitó su gaban de caza, que como hemos dicho era rico, y le arrojó á Letamendi.

—¡Y vive Dios!—exclamó el rey,—que no me queda que empeñar más que mi espada, y si la empeño no sabré qué hacerme sin ella; fuerza será que mañana no tengamos necesidad de empeñar nada para comer. Y andad, Letamendi, que ya es tarde.

Dobló el despensero cuidadosamente el rico gaban, le redujo á la menor expresioun, le ocultó bajo su sayo, y compungido y con el corazon traspasado de dolorida lealtad, salióse del alcázar por un postigo y se fué á la judería, que aun no se habia cerrado, y dió con la prenda real casa de un judío que se llamaba Abacuc Yoraco, y que sobre el gaban del rey, y aún así con mu-

chas súplicas y regateos, aprontó cinco ducados y haciendo sufrir al buen Letamendi la pregunta insoportable de si aquel gaban era robado.

No paraba aquí la dificultad.

Para la cena frugal del rey y de su servidumbre inmediata ya se tenía.

Pero era el caso que á aquella hora las carnicerías y las tiendas de comestibles y las panaderías, y las otras tiendas donde debía encontrarse lo que era menester, estaban cerradas, y Letamendi tuvo que tomarlas poco ménos que por asalto y pagar más caro á causa de la incomodidad que habia causado.

Al fin Letamendi se volvió al alcázar, y entró en las cocinas con una mediana pierna de carnero, las codornices que el rey habia cazado y lo que era menester para improvisar una mediana cena; pan, queso, vino y no en gran cantidad, completaban la miserable provision.

Murmuraba el cocinero y murmuraban los marmitones.

Gobernaban en el fondo de la cocina con el dispensero el reino, y pensaban en resoluciones que á ser tomadas no hubieran agradado mucho á los nobles, á los señores.

—Tanta gente para una miserable pierna de carnero,—decía el cocinero preparándola por si mismo, mientras sus dependientes le miraban con los mandiles no muy limpios y con las ma-

nos á la espalda, y aún no habiendo ajo bastante para aliñarla; lo que el rey necesita comer para ponerse gordo y echar la miseria fuera de sí, es carne de noble, que como tanto se han comido y se comen, están cebados, y con mejor gusto aliñaría yo las entrañas de don Pedro Tenorio, del duque de Benavente, ó del marqués de Villena, que este gigote.

Y entre murmuraciones y maldiciones, acabóse de condimentar aquel escaso gigote, y al fin el despensero quitándose la capa, se fué á servir al rey, á puertas cerradas, despedida la servidumbre, la frugal parte de cena que al rey correspondía, y que el rey apenas gustó, pues no pasó de comer la pechuga de una codorniz y de beber un vaso de vino.

En tanto que el rey comía, el despensero se quejaba y repetía que muy de otra manera se trataban los grandes, y que mucho más que el rey se regalaban, porque aquella misma noche casa del marqués de Villena tenían banquete el arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de Trastámara, el conde de Medinaceli, el duque de Alburquerque, Juan de Velasco, Alonso de Guzman y otros señores, y ricos hombres, y que estos convites se hacían por turnos, y que como ellos eran muchos, se salía á banquete por día, con lo cual se mostraban orondos y frescos, con los mofletes bermejos y con grandes fuer-

zas para conspirar y comerse el reino, porque cuanto más se come más apetito se tiene.

Oía el rey y callaba; animado por el silencio del rey apretaba Julian de Letameudi, codicioso de que el rey se irritase é hiciese al fin algo que quitase las ganas de comer á aquellos voraces señores.

Levantada la mesa salióse Letamendi deseando muy buenas noches al rey, y éste sin volver á llamar á la servidumbre se echó vestido en su lecho esperando á que viniesen á llamar á la puertecilla de un pasadizo que daba á su cámara, y por cuyo pasadizo, que era de servicio, subía el rey todas las noches á sus entrevistas con doña Sol.

## CAPITULO XVI

De como un rey para defender su corona tiene que ponerse á veces en el terreno de los ratones y de los gatos, y aún podria decirse que de las arañas.

Aún no eran las diez cuando se dejó oír en la puertecilla de servicio un llamamiento recatado.

El rey que estaba cuidadoso, levantóse y tomando á falta de su gaban la capa de Letamendi que éste se habia dejado olvidada en la cámara y se la puso.

Cubrióse con un gran capacete redondo, liso, sin cimera ni crestón, que le ensombrecia el semblante.

Se ciñó su espada y su puñal.

Abrió la puertecilla donde le esperaba una doncella de la azafata encubridora de sus amo-

res con doña Sol, y siguiendo á la doncella á la cámara, llegó donde doña Sol le esperaba, y acobijada en un gran manto y dispuesta á servirle de guia.

Saliéronse del alcázar por una escalera de caracol, y un postigo que daba á una callejuela, y sin linterna ni farol para no ser notados, por la torcida calleja avanzaron hasta una plazuela inmediata.

Era la noche oscura, nebulosa, fria, de ventisca y agua.

Pero no tan oscura que no se pudiesen apercebir los bultos.

En la plazuela vió el rey bultos de muchos hombres, y comprendió que ellos eran los leales de su guardia ajuntados allí por el cuidado del marqués de Villena.

Dióseles á conocer el rey y mandó que le siguiesen.

Algunos minutos despues llegaban silenciosamente á la otra plazuela, donde se alzaba el palacio del marqués de Villena.

En las grandes vidrieras del piso principal aparecia el fuerte reflejo de la iluminacion del interior.

Se llegaba tal vez en el momento de más esplendor del festin.

Pero no sonaba género alguno de música, ni canto de juglares, que solian asistir á estos bau-

quetes para dar contentamiento á los convidados.

Mandó el rey al capitan de la gente que le escoltaba, cercase á la redonda el palacio del marqués, tomando todas las avenidas y estuviese atento por si escuchaba ruido de armas ú otra señal cualquiera que indicase que él estaba en peligro.

De todos modos, si el tardaba dos horas, debian acercarse al palacio, llamar á él, tomarle al asalto, si no abrian y averiguar lo que hubiese acontecido.

Despues de esto, el rey avanzó solo con doña Sol hasta el postigo del palacio que estaba al principio de la callejuela, al pié mismo de la torreçilla en cuya parte superior tenia su laboratorio el marqués de Villena.

Llamó al postigo doña Sol y al punto se abrió apareciendo doña Paloma, que condujo á los dos amantes á un lugar desde donde podian ver con seguridad y oír todo lo que en el festin hicieran ó digesen los comensales.

Era aquel lugar una especie de desvan al que daba uno de los rosetones calados que se veian en los dos extremos de la gran sala de honor del palacio, rosetones que caian sobre las dos magníficas puertas de entrada.

Habia un hueco á la altura de cada roseton porque las antecámaras eran de techo mucho más bajo que el salon.

Estos rosetones eran pues dos tribunas.

A través de los vidrios que cerraban los huecos de la calada labor, se veían el salón y lo que en él había, teñidos del color que tenía el vidrio á través del cual se miraba.

Acertó el rey cuando miró la primera vez, con un cristal rojo, y parecióle que todo lo que veía brotaba sangre.

Todo era rojo y siniestro, hombres, manteles, ramilletes, candelabros, bajillas, muebles, tapicerías.

Apartó el rey con horror sus ojos de aquel vidrio, y buscó otro que no le prestase un espectáculo tan horriblemente fantástico.

Pero se espantó más.

Había dado con un vidrio azul y todo aparecía amarotado, lívido.

Parecía aquello una reunion de espectros.

Por cualquiera de los vidrios que el rey mirase el espectro era siempre extraño y pavoroso; verdes, amarillos ó rojos, los cristales descomponían la luz, y lo fantástico y lo terrible duraba.

Por otra parte, por la interposicion de los vidrios no se oía más que el murmullo de las voces y era necesario oír y ver de una manera precisa y distinta.

El rey desnudó su puñal y desemplomando silenciosamente con él uno de los vidrios, le arancó.

Quedó entonces un espacio irregular como de un pié de extension, por el cual, como enviados por los leales écos de los ángulos de aquel salon ricamente ornamentado y accidentado con la bizarras proyecciones góticas, entraban las voces claras y distintas, sin que se perdiese una acentuacion ni una sílaba.

Desplomó el rey otro cristal para que su adorada viese.

A la mesa no asistian más que ocho personas.

Se habia eliminado, sin duda por ser la junta de gran importancia, á toda la gente de segundo órden.

Tenian las dos cabeceras de la mesa, la una el arzobispo de Toledo, la otra el marqués de Villena.

El arzobispo de Toledo estaba de espaldas al roseton donde observaban el rey y doña Sol.

A la derecha del arzobispo estaban, primero, el duque de Alburquerque, luego el maestre de Santiago despues el conde de Trastamara.

A la derecha del marqués de Villena aparecian, primero, el duque de Benavente, el maestre de Calatrava y el conde de Medinaceli.

Una multitud de pajes y camareros servian la mesa, cubierta por una espléndida, por una admirable bajilla de oro y plata, y con dos grandes candelabros, asimismo de metal precioso, cargados de velas perfumadas.

En torno del salon, y en ricas arandelas, habia otra multitud de luces.

Los manjares esquisitos se sucedian.

Las copas de rico cristal veneciano, objeto de gran lujo entonces, se llenaban con frecuencia de generosos vinos, y la conversacion importaba poco, porque como no habia terminado la cena, y asistia la servidumbre, no podia hablarse con la reserva que era necesario.

Hacian el gasto de la conversacion los lances de la caza de aquel dia y la crónica escandalosa.

El relato de los lances de amor en que habia sido cogidas en renuncio por poco cuantas algunas damas muy conocidas, prendadas algunas de ellas, no de algun gentil caballero, sino tal vez de algun paje, cuando no palafrenero, rufian de su servidumbre.

Nunca habia oido el rey tanto cinismo ni tanto escándalo, ni aún habia llegado á imaginarse que hasta tal punto estuviese corrompida su córte.

Afortunadamente para que esperasen ménos para oir cosas de más tamaño, cuando llegaron á su acechadero el rey y doña Sol, la cena estaba en sus postrimerías, y media hora despues, habiendo servido los aguamaniles, retiróse la servidumbre.

Cerró el marqués de Villena las puertas de

manera que nadie pudiese oír lo que se hablase en la extensa cámara, y una vez solos los conspiradores, se entró en materia, tomando aquello la severa forma de consejo.

Tomó la palabra el arzobispo de Toledo, manifestando que el rey, incapaz para el gobierno era un perpétuo obstáculo, porque no sabiendo gobernar, no dejaba con las desigualdades de su carácter, con sus veleidades y caprichos, gobernar á nadie.

Extendióse largamente en probar lo que acababa de exponer, y acabó proponiendo la union leal de todos los bandos, para declarar incapacitado al rey y obligarle á que renunciase la corona en el infante don Juan, con lo que los allí estaban formarían la regencia y gobernarían el reino á gusto de todos.

Naturalmente, como la proposicion del arzobispo de Toledo favorecia á todos aquellos nobles señores, fué aprobada por unanimidad, y despues de esto, se pasó á discutir los medios que debían ponerse en práctica para llegar al objeto deseado.

El rey no necesitaba saber más.

Parecia como que la reunion de los conspiradores, por la conformidad de sus pareceres, debía durar poco, y no queria el rey que las gentes de su guarda que rodeaban en aquel momento la casa del marqués de Villena, no ha-

biendo recibido otras órdenes, de tuviesen á aquellos magnates cuando de la casa del marqués saliesen, lo cual contrariaria los proyectos del rey.

Dijo, pues, á doña Sol que era conveniente se retirasen.

Salieron del desvan, á cuya entrada los esperaba doña Paloma, que los condujo hasta el postigo.

Salieron, y recogiendo el rey su gente y dejando libres las salidas del palacio del marqués de Villena, se retiró al alcázar.

## CAPITULO XVII

De qué manera puede hacer un rey para asustar por una vez á todo un pueblo.

Al dia siguiente se alegraron extraordinariamente los conspiradores cuando habiendo ido temprano cada cual por razon de su cargo al alcázar, se encontraron con que el rey no recibia porque habia pasado la noche muy mal y habia amanecido muy enfermo.

Al amanecer habia mandado llamaran á los médicos.

No deliraba en verdad el rey, pero lo fingia para confiar mas á sus grandes vasallos.

Agobiaban estos á preguntas á los médicos, y en la que más insistian era en la de si el rey podia otorgar testamento, á lo que se encogian los médicos, no sabiendo si de aquel estado sal-

dria ó si dominaria al rey hasta la muerte, que encontraban muy eventual.

Todo era confusion y alarma en la córte.

Las combinaciones políticas en que hacia poco se habia convenido no tenia ya objeto.

Cada cual procuraba volver la situacion á su provecho y andábanse engañando los unos á los otros y procurando inspirarse confianza para por este medio sorprender mejor cada cual á su enemigo.

Habia corrido la noticia del grave peligro del rey como un relámpago por Búrgos, y los pelones y los burgueses todos de la ciudad, pobres y ricos, grandes y pequeños, en la plaza del alcázar se juntaban, y buscaban con ansiedad noticias, porque sabian que la muerte del rey podia traer tales trastornos, que de todo el mundo se hiciesen sentir poniéndolos á todos en aprietos cada cual en la medida de sus intereses.

Las grandes masas que viven de la agricultura, de los oficios y de la industria, necesitan del grande elemento de la paz, y todo género de trastornos, aun el temer de ellos, las aterra.

Al mediodía se vió que los archeros y los ballesteros de la guardia del rey tomaban posiciones en la plaza del alcázar y en algunos lugares inmediatos y que en las avenidas se ponian guardias de hombres de armas, lo cual aumentaba la ansiedad de los burgueses, que creyeron

que el rey había muerto y que se tomaban aquellas precauciones para evitar trastornos.

Pero inmediatamente sobrevino algo de sosiego para la multitud, porque corrió la noticia de que el rey estaba mejor, que había cesado el delirio, y que para evitar males á sus reinos había determinado otorgar testamento.

Esto se dijo también á todos los prelados, ricos hombres y dignatarios que estaban en Búrgos y á quienes se llamó para que en aquel solemne momento asistieran á la cámara real.

Esto impresionó vivamente á los conspiradores.

El testamento del rey podía estar ó no dentro de sus aspiraciones, convenirles ó no la regencia que el rey nombrase para gobernar el reino.

Pero Búrgos estaba en armas.

El regimiento de la ciudad había juntado su milicia, y en la plaza del alcázar la había puesto, y los burgueses, cada cual había acudido á su ballesta, á su partesana ó á su pica.

No era aquella situación para estarse tranquilamente mano sobre mano y sin prevenirse, por lo que pudiera acontecer.

Veíanse entrar cuidadosos y meditabundos en el alcázar uno y otro prelado, uno y otro grande, uno y otro dignatario, ya en caballos, ya en sillas de manos, porque el tiempo andaba re-

vuelto, y acompañados de sus pajes y servidores como en una ocasión de ceremonia; y el pópulo iba contándolos y reconociéndolos y deduciendo los que faltaban, hasta que al fin el último de estos, que lo fué el alférez mayor de Castilla, personaje tal vez el más importante, si el rey moria, porque él debia pregonar la muerte del rey y dar el primer viva por el rey nuevo, entró en el alcázar.

Sin duda en sus puertas se llevaba tambien la misma cuenta, porque apenas el alférez mayor entró, las filas de ballesteros, archeros y hombres de armas, se cerraron, tomando todo el frente del alcázar y guardando sus salidas.

Pero no habian echado bien la cuenta los del pópulo, porque faltaba un personaje del cual no se habian acordado y que sobrevino á poco en medio de dos filas de archeros reales.

Y este tal era maese Gilon el Chato; maestro de altas obras, jurado de la muy noble y muy ilustre ciudad de Búrgos, que vestido con su capisallo rojo, descubierta la cabeza y el cuchillo de degollar á la cintura, marchaba sinietro y tremendo, bravío y salvaje, y al alcázar se encaminaba.

Iba detrás de él, cargado con la silla de hacer justicia y con un tapiz negro echado sobre el hombro, Pedralvillo el Cortador, aspirante á verdugo, que cuando maese Gilon estaba enfer-

mo y habia necesidad de hacer justicia, le reemplazaba.

Sobre todo, cuando la ejecucion era de horca, hacíaala Pedralvillo, porque maese Gilon hacia tiempo se habia reservado para las altas obras, esto es, para la ejecucion de los caballeros, de los nobles ó de los hidalgos, de los cuales su lúgubre grandeza no bajaba.

Abriéronse primero las filas de los soldados, y despues las puertas del alcázar, y desaparecieron por allí maese Gilon con su cuchilla, con su silla y su tapiz, Pedralvillo.



## CAPITULO XVIII

En que se vé que el rey don Enrique, cuando se le obligaba, sabia ser rey, pero que el ser rey le quitaba la vida.

Se les habia hecho entrar á los magnates en la gran cámara de honor donde estaba el trono, y allí se les habia hecho esperar.

Pretendian algunos, los más altos, los que habian sido tutores del rey, penetrar hasta su lecho.

Pero no se les permitió.

Decian los médicos que su señoría estaba muy de peligro, que todo dependia de una crisis favorable (entónces no se decia crisis, se decia mudanza) y que era necesario evitar que esta mudanza se impidiese por la presencia de gen-

tes que podían alterar en gran manera el ánimo del rey.

Con estas mismas razones se negaba la entrada en la régia cámara á la reina, mujer del rey, y á la otra reina mujer del rey de Navarra, doña Leonor, que huida de su marido por los malos tratamientos que la habia hecho sufrir, andaba por la córte de Castilla infestándolo todo.

Su influjo era enorme á causa de que todos la temian.

Y como estaba acostumbrada á romper por todo y á arrollarlo todo, la irritaba en aquella situacion en que el rey habia caído tan de repente tan enfermo, el que un camarero impasible la dijese estorbándola el paso:

—Mi noble señora, vuestra señoría no puede ver al rey; su alteza está grave, muy grave.

—¡Su alteza ha muerto!—exclamaba la reina de Navarra,—y se nos está engañando yo no sé con qué fin perverso.

Y se despegaba del camarero para ir á decir por todas partes á todos los que encontraba por el alcázar:

—El rey ha muerto y su muerte se oculta por unos cuantos traidores, yo no sé con qué torcida intencion, y es necesario entrar á todo trance en la cámara del rey y averiguar lo que haya.

Doña Catalina de Alencastre, que no sabia

si era casada ó viuda, estaba un tanto alarmada, cuanto podia estarlo á causa de la laxitud que en sus órganos habia determinado la embriaguez.

Estando en esto, y ya bien pasada una hora, desde que los magnates se habian reunido en la cámara de honor del alcázar, donde aparecia el rojo trono de Castilla con su gran dosel, sus dos sillones dorados de alto respaldo y con dos leones al pié de las gradas, se abrió una puerta y el rey de armas Castilla, cubierto con su gran dalmática, su yelmo de oro, su espada real dorada, y seguido de cuatro farautes, asimismo con dalmáticas y las grandes mazas al hombro, dijo, como en los grandes dias de ceremonia, por tres veces, y con la voz pausada y breve:

—Su alteza, el muy alte, muy temido y muy poderoso señor don Enrique el III, rey de Castilla.

Creyeron grandes y prelados que el rey iba á aparecer, cuando no muerto, sobre algunos cogines conducido por sus servidores, moribundo y llevado en un sillón, que todos habian creido en la gravedad de la dolencia del rey, cuando por entre las calles que formaban á ambos lados de la puerta heraldos y guardias, apareció Enrique III, no llevado por nadie, sino andando por su pié, y con gran seguridad y vigor y armado de todas armas, con la espada desnuda y el yelmo coronado en la cabeza.

Quedáronse perplejos los grandes, y el rey, sin detenerse, precedido por el rey de armas Castilla y por los cuatro farautos que á ambos lados del trono se colocaron, subió á él y sin sentarse en el sillón, de pié y apoyada la punta de la espada en el estrado del trono, altivo y erguido, dijo:

—Tengo que agradeceros mucho, mis buenos prelados y señores, la solicitud con que habeis acudido á mi alcázar conociendo el peligro en que me hallaba, y en verdad que este peligro ha sido tal y tan en él me encuentro todavía, que mi muerte seria segura si yo por mí mismo no acudiese al remedio; tal la miseria en que me veo es de grande, que si no se la ataja ha de dar fin, y muy pronto, conmigo y con todos mis reinos, que mi vergonzosa miseria comparten; pero yo confío en que vosotros me ayudareis, mis buenos señores, mis buenos prelados y compañeros, en la curacion de esta nuestra miseria. Así, pues, en consejo estamos; decidme, os ruego, lo que para salir de la enfermedad que nos aqueja se os ocurriere como buenos y leales.

Estaban todos aquellos próceres, prelados y magnates con los semblantes largos, los ojos extraordinariamente abiertos, las bocas entreabiertas y trémulas, sin darse cuenta de lo que acontecia.

Y no se les ocurrió ni una sola palabra que decir al rey porque no había ni uno solo de ellos ni aún el más atrevido, á quien no se le trabasen las palabras en la lengua, porque veían á la una y á la otra parte del salon grupos de hombres de armas y se conocian presos, y se aterraban, porque todos sabian que el rey tenia motivos bastantes, aún contra el menor culpable, para descabezarle en justicia.

Viendo el rey que ninguno le contestaba, y que todos estaban como figuras de cera, inmóviles y aún sin alientos, volviéndose reposado, pero terrible en su reposo, al arzobispo de Toledo le dijo:

—Padre en Cristo, alto y poderoso arzobispo de Toledo, ¿cuantos reyes habeis conocido vos en Castilla?

—Conocí, señor,—contestó don Pedro procurando dar seguridad á su voz y compostura á su semblante,—al señor rey don Juan el I, vuestro exclarecido padre, al señor don Enrique II vuestro noble abuelo, y aún al rey don Pedro, magüer que yo era muy niño cuando aquel fortisimo rey fué en Montiel vencido y muerto.

—No muriera él entonces,—dijo Enrique III,—y con algunos años más que viviera nos dejara libres de muchos inconvenientes á sus sucesores. Pero no importa que si él murió sangre igual á la suya y de un mismo origen venida tenemos

en las venas, y aún puede ser que con la ayuda de Dios hagamos algo semejante á mucho de lo que hizo aquel á quien con tanta razon, padre en Cristo, llamais fortísimo rey.

Y por más que el rey Enrique III procuraba aparecer sereno, le temblaba un poco la voz y mucho más la mano crispada con que asía la empuñadura de oro de su luciente y largo montante de batalla, heredado de sus primogénitos, á juzgar por la antigüedad de su estilo.

—Y decidme vos, primo de Alburquerque continuó el rey,—¿cuantos reyes habeis conocido vos?

—Niño era cuando murió el señor rey don Enrique II, y mozo aún cuando Dios llamó así por una desgracia al señor rey don Juan el I, vuestro valiente y generoso padre, señor.

—¿Y vos, primo de Benavente?—dijo el rey.

—Conocido hé al señor rey don Pedro I, que siendo aún mozo en Montiel serví.

—Leal fuisteis al rey don Pedro, y leal habeis sido á su hermano don Enrique, á su sobrino don Juan el I, mi padre, y leal espero que seais para mí, primo duque. ¿Y vos, mi buen amigo marqués de Villena, habeis conocido muchos reyes?

—Con vos tres,—dijo el marqués de Villena,—y espero que vuestra alteza estime en más mi

lealtad que lo que la estimaron los dos esclarecidos reyes padre y abuelo de su alteza.

Siguió el rey preguntando á este y al otro, y hubo alguno que dijo haber conocido al rey don Alonso el XI.

—Pues mirad, mis buenos primos y excelentes amigos, vosotros todos con doblarme la edad, el más jóven habeis conocido muchos menos reyes que yo, porque yo á apesar de que soy mozo he conocido y conozco más de veinte reyes en Castilla, y como esto ser no puede sino con gran daño perjuicio y desdoro, porque Dios ha hecho los reinos para que tengan un solo rey, he resuelto ser el único rey en Castilla; y como para esto es necesario que yo herede á esos veinte reyes hasta ahora mis señores, fuerza es que mueran, y para ello mirad.

Y á una seña del rey se corrió la cortina de una puerta y de la misma manera que habia atravesado la plaza del alcázar, detrás de un capitán armado entre filas de hombres de armas, con las partesanas al hombro, entró Gilon el Chato sombrío, salvaje, vestido de rojo, desmenado, espantable, sombrío, en paso lento, con el cuchillo de justicia á la cintura, y detrás de él Pedralvillo, con la silla de justicia sobre la espalda y su paño negro sobre el hombro.

—Poned ahí el patíbulo, frente á mi tro-

no,—dijo don Enrique III,—y que el duque de Alburquerque vaya con mi capellan á poner su alma bien con Dios,—dijo el rey.

Pedralvillo dejó su silla en el suelo y extendió el paño negro delante del trono, colocando en medio la silla, la formidable silla de justicia.

Lo que pasó fué tremendo.

A todos aquellos nobles y prepotentes señores que, un momento antes, no solo se atrevían á Dios y al mundo, sino que llevaban su provocacion hasta Dios, les flaquearon las piernas, se les heló el corazon, y el espanto y la agonía de la muerte les hicieron caer de rodillas.

No quedaron de pié más que los oficiales y los hombres de armas, los camareros que á un lado y á otro del trono se veían, y allá en el hueco de una puerta entreabierta la reina doña Leonor de Navarra, asombrada, pálida y temerosa.

—¿Qué es esto,—exclamó el rey,—abatidos los soberbios, humildes los amenazadores, temblando los que se creían invencibles? ¿Vosotros los que habeis puesto vuestros piés en mi grandeza, ansiosos de lo mio y de lo de mis buenos vasallos, miserables, infames, cobardes sin conciencia, réprobos y sacrílegos, os atreveis á Dios en el rey que es su imájen sobre la tierra? alzaos, viles, que yo no quiero vuestra perniciosa

sangre; alzaos y salid, salid de mis reinos en el plazo de tercero dia, que yo no os vea en ellos, porque si os veo, á vosotros me volveré y sobre vosotros caerá mi ira; pero para no tener á mis buenos servidores sin sueldo, para no verme obligado otra vez á empeñar mi gaban para poder tener un miserable alimento despues de largas horas de hambre, mientras que vosotros conspirabais contra mi y contra mis reinos en espléndidos banquetes, vuestros estados os confisco. Ea, salid, quitaos de delante de mi no sea que la ira me ciegue y con justicia os descabece.

Y á una señal del rey, los hombres de armas de su guardia abrieron calle á un lado y otro de las puertas, y todos aquellos nobles señores, aterrados, cabizbajos, como lobos espantados, salieron del salon de honor y despues del alcázar.

Muchos de ellos ni aun se detuvieron en Búrgos más que para preparar rápidamente su viaje.

Pero la reina doña Leonor de Navarra se habia quedado en la misma puerta desde donde habia presenciado, altiva, muda y sembría todo lo que habia acontecido.

Entregó el rey su espada al rey de armas Castilla.

Se quitó el manto real y el yelmo coronado, y los dejó sobre el sillón.

Se fué recto hácia la reina doña Leonor, la asió de la mano, y llevándola á la cámara inmediata, donde quedaron solos, la dijo:

—Mi buena y mi noble tia, si permanecierais aquí en mi córte os aburririais, porque ido todos esos nobles y leales señores, no tendríais quien á vos viniese para rendiros el homenaje debido á vuestra discrecion y á vuestra hermosura; y como yo no quiero que os enojeis, y como por otra parte, mi buen pariente y hermano el rey de Navarra, vuestro marido, está piando por vos, que sin vos no vive ni reposa, y me ha prometido además que no levantará sobre vos la mano, más que para acariciaros enamoradísimo, he determinado que allá os vayais, y hoy mismo á Tudela, que á efecto de que el rey vuestro esposo, mi muy querido pariente y hermano, salga como conviene á recibiros á la frontera, ya he enviado corredores. No, no os inquieteis ni os esforceis por mostrarme vuestro agradecimiento, mi muy querida tia, que yo no hago más que lo que debo, y no debeis agradecerme.

—Acabareis mal,—exclamó la reina doña Leonor,—yo os lo aseguro; vos no habeis nacido para la tiranía y la tiranía os matará como si fuera una ponzoña.

—Entre morir de hambre y de vergüenza, señora, y de despecho y de dolor al verme más

pobre y más impotente que al último de mis vasallos, ó morir de ponzoña, prefiero esto último. Y basta ya, señora, é idos á revolver vuestros reinos, y á que el rey vuestro marido os revuelva á vos si así le placiere, y dejadme á mí con los cuidados del gobierno de mis reinos y los quebrantos de mi pobre salud, y no se hable más, y ved que todo está preparado ya y de una manera honrosa y digna para vuestro viaje.

Miró la reina doña Leonor al rey don Enrique como hubiera podido mirarle un basilisco y sintió tentaciones de arrojarse á él y estrangularle.

Pero no se atrevió.

Y con un—¡Ay de vos, que un día me las pagareis todas juntas!—se salió de aquella cámara y se fué á la suya hecha una furia.

El rey salió por otra puerta.

---



## CAPITULO XIX

### Conclusion.

Amaba el rey á despecho suyo á aquellos traidores, no sabemos si por una cuestion de costumbre ó una condicion de carácter.

Sabíanlo bien ellos y habian suplicado y rogado al rey los perdonase.

Y habíalos perdonado el rey y llamádoles á su córte, andando el tiempo.

Pero tal habia sido el pavor que les habia causado el pasado acto de firmeza del rey, y tan recelosos los tenia de que nuevos desafueros volbiesen á irritar al rey llevándole á un extremo mayor que aquel á que habia llegado, que se portaban medianamente, y habia algo de paz y de buen acuerdo.

Contribuía también á que este estado de cosas se mantuviese de una manera aceptable el haber muerto el inquieto y ambicioso don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo.

Pero era tan incurable la enfermedad del rey como la del reino.

El rey se agravaba y continuaban los apuros de la cosa pública.

Convocó el rey Córtes de Castilla en Toledo, Córtes que fueron de una gran importancia por el gran concurso de diputados que acudieron de todas partes y por los negocios que en ella se trataron, que fueron ante todo que el reino diese un buen servicio de dinero con el que se pudiese asoldar catorce mil hombres de armas y cincuenta mil peones.

Ya al principio de las Córtes, se agravó de tal manera la dolencia del rey, que no pudo asistir á ellas, presidiéndolas en su lugar su hermano el infante don Fernando.

Aun duraban las Córtes cuando llegó de Roma la noticia de la muerte del pontífice Inocencio y la elección del cardenal Angel Coracio que en el pontificado se llamó Gregorio XII.

Al saber el rey esta noticia se entristeció.

—No tardaré yo mucho en seguir al papa,— dijo,—la vida se me acaba; siento la mano de Dios que se posa sobre mi cabeza justiciera y terrible.

Y el pobre rey decia estas palabras aterrado como si su conciencia le hubiera remordido á causa de un grave crimen.

En efecto, la conciencia del rey estaba pavorosamente perturbada.

Se habia cometido con él una grande infamia.

El marqués de Villena que engañado por doña Sol habia ayudado al rey á que diese un golpe de gracia á los grandes, al sentirse tratado como todos los otros, se habia emponzoñado, y de tal manera que se habia resuelto á lo más horrible, á lo más criminal que puede suponerse.

Preso aún como los otros grandes en el castillo de Búrgos, á pretesto de que tenia que hacer al rey una gravísima revelacion, obtuvo del rey una audiencia.

Una vez ante el rey, se arrojó á sus plantas conmovido, lloroso, aparentando con su astucia y su disimulacion de zorro un dolor tal que el rey que, como se ha visto, cuando no se le irritaba era dulce y bueno como una paloma, se conmovió y dijo al marqués que si en su mano estaba remediarle en su cuita le remediaría.

—Perdon, señor, no tiene,—dijo el marqués de Villena,—el crimen que contra Dios, contra la naturaleza y contra vos he consentido que prosiga; y digo que he consentido que prosiga por-

que no fui yo ciertamente quien causé aquel crimen, sino el renegado y condenado arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio, que hizo que vuestra alteza conociese á la señora que vuestra alteza cree y cree todo el mundo por mi reconocimiento hija mia.

—Pues qué,—exclamó el rey sobrecogido,—¿no es vuestra hija doña Sol?

—Pluguiera á Dios que lo fuese,—dijo el infame don Enrique de Villena.

—¿Y de quién es hija doña Sol?—exclamó el rey con acento cobarde.

—No osaria yo revelar por mi propia lengua á vuestra alteza ese secreto; pero si vuestra alteza venir conmigo quiere á mi casa yo tomaré de ella ciertos papeles que no leerá vuestra alteza sino cuando al alcázar conmigo haya vuelto y yo de la presencia de vuestra alteza me haya ido.

Excitado y cuidadoso con estas preñeces del marqués el rey, consintió en ir con él aquella noche á su casa.

Llegado que hubieren al palacio del marqués de Villena, y en él á una recámara apartada, abrió el marqués un cofre, y de él sacó unos papeles que entregó al rey.

Volvióse el rey al alcázar y al marqués le volvieron á la torre en que se le tenia preso.

Entretanto el rey en su cámara habia abierto

con ansia aquellos papeles y habia encontrado en el primero lo siguiente:

El rey:

«Vos nuestro muy querido y leal don Enrique de Aragon, marqués de Villena, nuestro condestable, sabeis bien la pasion y comercio amoroso que tenemos con doña Athaniel nuestra muy amada amiga. Sabeis tambien que ella se encuentra por Nos en cinta y que pronto habrá de dar á luz un infante ó infanta, nuestro hijo bastardo. Nuestra voluntad es que vos cuideis desde ahora de éste negocio, y que cuando el dicho infante ó infanta naciere le hagais bautizar con nuestro real apellido mediante reconocimiento solemne y en forma, aunque secreto por nuestra parte, para lo cual os otorgamos éste nuestro real poder y mandamiento; de cuyo reconocimiento hareis librar testimonio y me dareis copia á fin de que yo la guarde entre los papeles secretos de la corona. Fecha en este nuestro alcázar de Valladolid 5 de Mayo de 1389.

EL REY.»

Habia agonizado Enrique III, durante esta lectura.

Cien veces se le habian nublado los ojos y habia tenido necesidad de hacer un supremo esfuerzo para continuar.

El rey dominando su vértigo, su agonía, su desesperacion, examinó otro papel.

Era la partida de bautismo de doña Sol de Castilla, hija bastarda, secretamente reconocida por el rey su padre por poder ámplio y bastante otorgado al condestable de Castilla marqués de Villena.

Ya no habia duda.

La revelacion se habia completado.

Doña Sol era su hermana.

El rey no podia creer otra cosa.

No sabia, como lo saben nuestros lectores, que el marqués de Villena habia engañado inícuamente al rey don Juan el I, haciendo creyese hija suya á la que no lo era ni podia serlo.

Aquel engaño habia producido documentos fehacientes, indudables, pruebas irrecusables que se convertian en un tósigo mortal para el pobre rey Enrique III.

Examinaba una y otra vez la forma y la rúbrica de su padre y las encontraba auténticas.

Despavorido, casi moribundo, teniendo necesidad de apoyarse á veces en la pared para no caer, se fué á buscar el arca de hierro donde se guardaban los papeles secretos de la corona, los papeles de Estado.

Buscó, revolvió, y encontró al fin la comprobacion.

En el testimonio que allí existia y en otros

papeles se expresaba con mucha mayor claridad el supuesto origen real de doña Sol.

Habia tambien un testimonio en que se revelaba que por lealtad al rey, el marqués de Villena habia reconocido públicamente á doña Sol de Castilla como su hija bastarda, no embargante caucion por la cual un dia si así fuese el buen placer del rey don Juan el I constase que doña Sol era su hija bastarda.

Los que podian haber deshecho esta miserable infamia del marqués de Villena, es decir, el arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio y Jorge Grimaldos, escudero y confidente del marqués de Villena, habian muerto.

En vista de unas tan irrecusables pruebas, el rey se creyó maldito de Dios y obligado á separar de sí á doña Sol para no volver á verla más.

Esto habia de ser sin que doña Sol participase del horror que á él le mataba.

¿Y cómo decir á doña Sol:—Vete, te relego; hoy encuentro monstruoso y criminal lo mismo á que he cerrado los ojos por tener algun aliento de vida y de amor?

Lo enorme de la situacion, una vez expresada, se concibe.

Pero se niega al análisis.

Hay cosas espantosas, para hacer apreciar á las cuales, es impotente el lenguaje humano.

El rey, enloquecido, asesinado, recurrió á su confesor, y éste, juzgando como debia aquella situacion terrible, prescribió al rey mandase á doña Sol fuese á encerrarse en el convento de las Huelgas de Búrgos, donde debia tomar el hábito por grandes y poderosísimas razones que el rey guardaba en el secreto de su alma; que este mandamiento fuese secreto y particular y como suplicatorio del rey á doña Sol; pero que al marqués de Villena debia conminarse y obligarse, so pena de un severísimo castigo, á que su hija aparente encerrase en el real monasterio de Búrgos, y la obligase á hacerse allí monja.

Otrosí que el rey no debia volver á ver á doña Sol.

Temeroso Enrique III de perder su alma si el mandato de su confesor no obedecia, por medio de éste, y sin decirla la causa, comunicó á doña Sol aquel mandato terrible.

Doña Sol no preguntó la causa de aquella extraña determinacion del rey.

Oyó al prelado pálida, cadavérica, y cuando hubo concluido le dijo:

—Sentencia de muerte del rey, habeis venido á traerme, padre mio; que cuando él de sí me aparta y volver á verme no quiere, es que muy próximo á la tumba se conoce. Y esto no me sorprende, que yo no vivo ni reposo, y cuando rara vez durante la noche me duermo rendida de

fatiga, sobresaltada despierto porque me parece que el rey agonizando me llama, y puesto que su conciencia aconseja al rey separarme de sí, no es menester ciertamente el mandato de mi padre para que yo vaya á encerrarme al claustro y á Dios consagre mi pobre corazon desventurado, que muerto el amado de mi alma, nada para mí queda en el mundo, y no tardaré mucho en seguirle.

Y por su propia voluntad, pero con el corazon desgarrado, herida de muerte, la desventurada doña Sol pidiendo la licencia de su supuesto padre salió al dia siguiente del alcázar de Búrgos para ir durante la noche en litera cerrada al monasterio de las Huelgas, que debia ser para ella un breve tránsito á la tumba.

Por este medio horrible el marqués de Villena se hizo formidable al rey.

Temia el rey que aquel miserable vendiese el secreto.

Se le dió el maestrazgo de la órden de Calatrava por fallecimiento de don Juan Nuñez de Prado, cargo altísimo, pingüe, envidiable, que valia bien la pérdida de la condestablia, que pasó á otro traidor, al célebre condestable don Ruy Lopez Dávalos.

Como se ha dicho, de tal manera era el mal del rey grave, que no pudo presidir las Córtes,

habiéndolas presidido su dolorido hermano el infante don Fernando.

Llegó, en fin, el día 25 de Diciembre del año de 1406, y cuando en su mayor calor se debatían los negocios públicos en las Cortes de Toledo, aquel día, en medio de un horrible delirio, murió don Enrique III el Doliente y el Hambriento, como nosotros, creyendo que con gran razón, le hemos sobrenombrado, cuando tenía veintisiete años de edad, habiendo reinado de ellos diez y seis, dos meses y veintiun días.

¿Qué pasó por la acongojada, por la desventurada, por la aterrada alma del rey don Enrique, durante aquel su terrible delirio de agonía?

Solo Dios lo sabe.

Amortajado con el humilde hábito de San Francisco y sobre ceniza, le enterraron en su capilla real de la catedral de Toledo.

Veamos lo que dice de él al dar cuenta de su muerte en su *Historia general de España* el buen padre Juan de Mariana:

«El sentimiento de los vasallos fué grande; las lágrimas muy verdaderas. Veíanse privados de un príncipe de valor en lo mejor de su edad, y el reino como nave sin piloto y sin gobernalle, expuesta á las olas y tempestades que en semejantes tiempos se suelen levantar. Fué este príncipe apacible de condicion, afable y liberal,

de rostro bien proporcionado y agraciado, mayormente antes de que la dolencia le desfigurase; bien hablado y elocuente, y que en todas las cosas que hacia y decia, se sabia aprovechar de la maña y del artificio. Despachaba sus embajadores á los príncipes cristianos y moros, á los de cerca y á los de lejos, con intento de informarse de sus cosas y de recojer produccion para el buen gobierno de su reino y de su casa, y para saber todo, representar majestad, á que era muy inclinado.»

Concluye el docto Mariana diciendo que le gustaba residir en Búrgos y que era muy aficionado á la caza de codornices.

FIN.

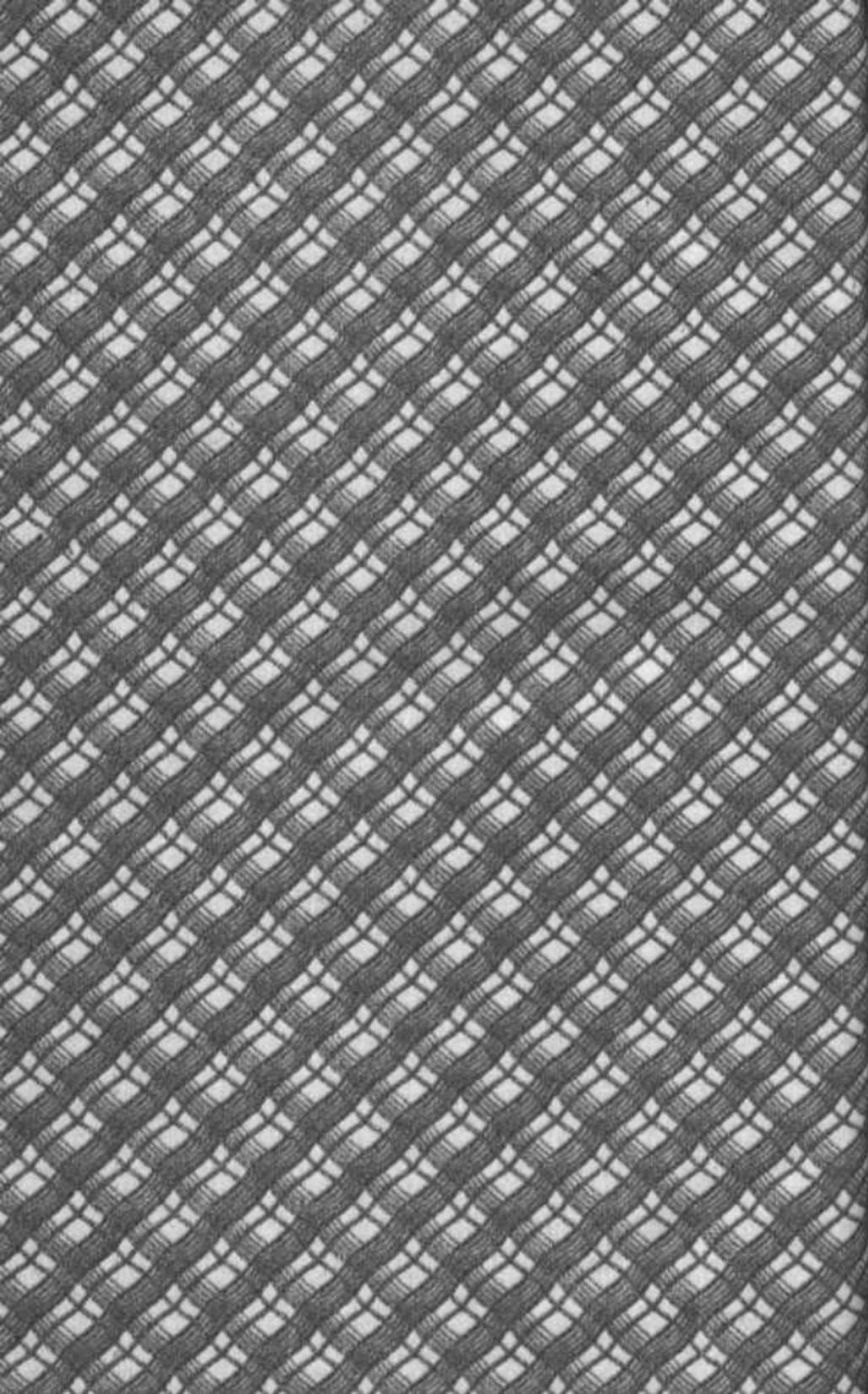


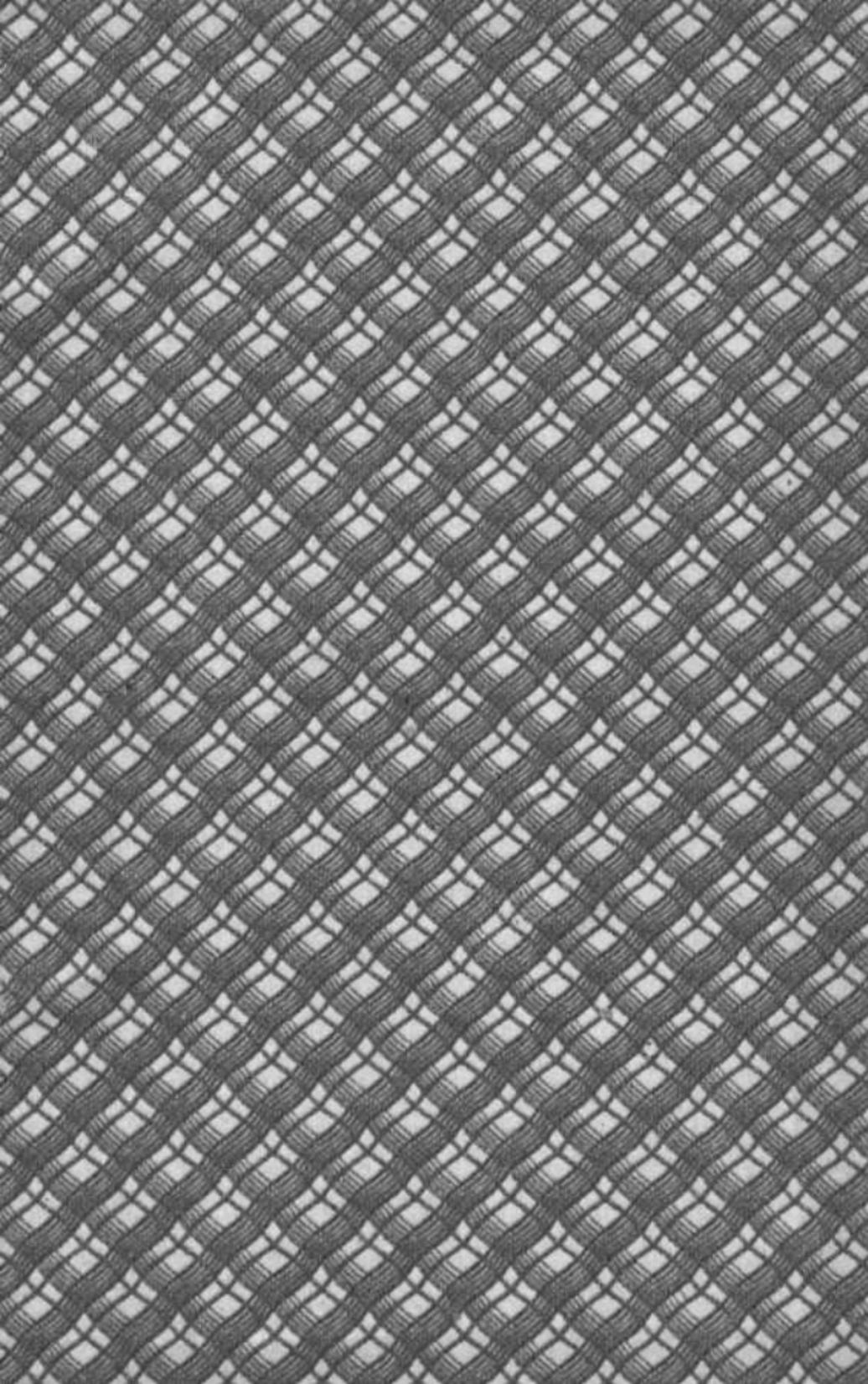
# INDICE

	<u>Págs.</u>	
CAP. I.....	En que se ven entrar como á traición en una noble casa, dos desconocidos de aspecto completamente noble.....	5
— II.....	Un esbozo del arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio.....	13
— III.....	Algo sobre el rey don Enrique, sobre una hermosa doncella desconocida y sobre las hechicerías del marqués de Villena.	25
— IV.....	Lo que se puede fiar en la lealtad de los servidores.....	43
— V.....	Hasta qué punto puede estar metido el demonio en el cuerpo de un arzobispo, aunque éste sea el primado de Toledo.....	63
— VI.....	En que el escudero concluye la historia de Athaniel, y el arzobispo continua tegiendo su baja intriga palaciega.....	75
— VII.....	De como el mayor de los tiranos es el amor.....	117
— VIII.....	En que el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena se engañan, creyendo cada cual ha-	

	ber encontrado, aunque por distinto modo, la piedra filosofal.....	127
CAP. IX.....	De cómo diez y seis años pueden ser más experimentados y más astutos que cincuenta.....	155
— X.....	De cómo el rey supo representar bien el papel que le había tocado en la intriga.....	171
— XI.....	El padre monstruoso.....	179
— XII.....	Hasta qué punto pueden llegar para un rey las miserias de todo género.....	189
— XIII.....	En que se vé que las conspiraciones se han parecido en todos tiempos.....	199
— XIV.....	Da como no hay fuerzas contra el amor.....	211
— XV.....	En que se vé cuanto trabajo puede costar el dar de cenar á un rey.....	225
— XVI.....	De como un rey para defender su corona tiene que ponerse á veces en el terreno de los ratones y de los gatos y aún podría decirse que de las arañas.....	233
— XVII.....	De qué manera puede hacer un rey para asustar por una vez á todo un pueblo.....	241
— XVIII.....	En que se vé que el rey don Enrique, cuando se le obligaba á ser rey, pero que el ser rey le quitaba la vida.....	247
— XIX.....	Conclusion.....	259







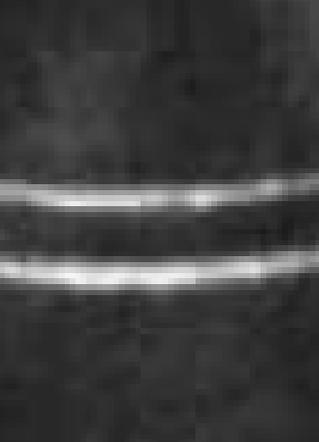


G 182228



LIBRARY OF CONGRESS

PHOTODUPLICATION SERVICE



LIBRARY OF CONGRESS

PHOTODUPLICATION SERVICE